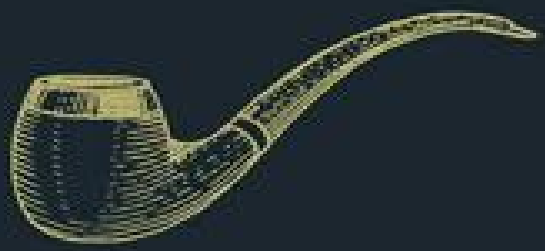
# El PLACER de SEDUCIR a LORD JAKE



Ruth M. Lerga

Los incasables Beau 1

Selecta

# El placer de seducir a lord Jake

SERIE
Los incasables Beau 1

*Ruth M. Lerga*

Selecta

*A quienes durante estos tres años me habéis seguido animando a escribir, GRACIAS*

# Prólogo

Arrancaba la Pascua de 1816 y las mansiones londinenses rezumaban optimismo. Encerrado Napoleón en Santa Elena y habiendo regresado, victoriosos, los soldados a sus hogares tras la contienda europea, muchos hijos de la nobleza se incorporarían a los bailes, *al frescos*, mascaradas y demás entretenimientos que la Temporada pudiera ofrecer, engrosando las posibilidades de las señoritas casaderas de atrapar un esposo de alcurnia. Como el año anterior, no había damas Beau solteras en edad de merecer, siendo que la mayor de las cuatro hijas de la duquesa de Avonshire, lady Daisy, cumpliría dieciocho veranos en septiembre y era posible que esperasen un año más a presentarla. Se rumoreaba, incluso, que la joven se mostraba reticente a acudir al palacio de Saint-James, ya fuera aquella temporada o la siguiente. Era aquel 1816, por tanto, un año propicio para que las debutantes conquistasen pronto un buen marido y las que comenzaban a ser señaladas como solteronas pudieran convertirse en esposas.

Chismorrear sobre los Beau y sobre la mayor de las hijas de la duquesa viuda de Avonshire llevaba a todas las matronas, indefectiblemente, a especular sobre los planes que pudiera tener el

joven duque de Avonshire para aquella primavera, siendo que su hermano mayor, el conde de Hill, su compañero de correrías durante años, estaba ya bien establecido en el campo con su familia.

Lord Jacob Seymour era, sin duda, el mejor partido de la nobleza. Si ser el único duque disponible hacía de él el blanco de las madres, su innegable atractivo y su carácter divertido lo convertían en el centro de atención de todas las jovencitas solteras y, también, de las no tan jóvenes ni tan solteras. La temporada anterior, Avonshire no había sido visto en ningún salón de la ciudad, aunque sí en los clubes masculinos habituales de Mayfair y en otros lugares menos respetables e igual de frecuentados únicamente por caballeros.

¿Habrían perdido poder de persuasión lady Grace, lady Charity, lady Faith, lady Felicity y lady Hope? Las matronas esperaban que no fuera el caso y que las Cinco Virtudes, como se conocía a las madres de los primos Beaufort, pudieran devolver al soltero de oro al redil, esto era, a las mansiones más prominentes de la ciudad. Y que lord Jacob se hiciera acompañar, además, por sus dos primos solteros, los otros Beau que permanecían tan alejados de las damas como él, lord Nathaniel Montague y lord Derek Cavendish, barón de Oslow y vizconde de Sheffield, respectivamente.

Con suerte, para julio aquellos tres escurridizos lores dejarían de ser conocidos por *Le Ton* como los «incasables» Beau y harían felices a tres afortunadas —y envidiadas— señoritas.

# Capítulo 1

*Londres, un día antes del inicio de la Temporada de 1816*

La mansión ubicada en el veintitrés de Regent Street era tan hermosa, con su fachada blanca, sus enormes ventanales y su techo de pizarra gris, como infranqueable. Únicamente los Beaufort podían entrar sin ser invitados y el mayordomo se aseguraba de abrir las puertas de la casa solo a los miembros de tan célebre familia. Cancerbero no vigilaría la entrada al Inframundo con la misma eficiencia que aquel viejo celaba la de la residencia del duque de Beaufort.

Nadie moraba allí, en realidad, pues el duque, enfermo, era ya un noble septuagenario, odiado por los suyos y desterrado al campo. El marqués de Denver, heredero del viejo y verdadero cabeza de familia, vivía cerca, pero mantenía aquella enorme mansión, construida pocos años antes, abierta y preparada para que sus cinco hermanas y sus vástagos pudieran pasar los días en ella. También las noches, si deseaban pernoctar en la moderna residencia, pero la realidad era que cada cual tenía su propio hogar y consideraba el veintitrés de Regent Street una especie de cuartel general: el lugar de reunión de toda la familia, ya fuera para tratar asuntos serios o

para divertirse.

Lord Jacob Seymour, duque de Avonshire y conocido como Jake por los suyos, franqueó la entrada en aquel último día antes del inicio de la Temporada, justo cuando el reloj rompía el silencio con una solitaria campanada, y pidió al mayordomo que lo llevara ante su tío. Había sido convocado por este para un almuerzo relajado, solo ambos caballeros.

«Nunca pensé que llegaría a odiar la primavera», protestó. Pero así era. Desde que regresaran del *Gran Tour* con su hermano Robert algunos años antes y comenzara a pisar los salones de la nobleza y, especialmente, desde que tuviera que acompañar a su hermana primero y a sus primas las siguientes temporadas a modo de carabina, tanto Robert como él se habían convertido la presa preferida de muchas madres en la cacería del matrimonio; y la cazadora favorita era la suya propia, lady Grace Seymour, condesa viuda de Hill, quien había volcado todo su empeño los cuatro últimos años en tratar de casar a sus hijos, estando ya Mary, la menor de los Seymour, felizmente casada. La boda de Robert y el posterior nacimiento de dos nietos la habían calmado durante un par de años, pero esa parecía ser la primavera en la que volvería a la carga con un único objetivo: su hijo menor.

—Jake, llegas justo a tiempo —lo saludó, satisfecho, William Beaufort, sacándolo de sus pensamientos, lo que agradeció, pues no eran agradables en absoluto.

No obstante, o mucho se equivocaba o la comida con su tío versaría exactamente sobre la misma cuestión: el matrimonio en general y el suyo en particular, y con urgencia.

El mayordomo entendió que, si era el «tiempo justo» para el marqués de Denver, debía servir la comida. Cabeceó, indicando a nadie en particular que así lo haría, y salió, cerrando la puerta tras

de sí. Cuando regresara, acompañado de varios lacayos, lo haría con un discreto toque, depositaría varias bandejas de comida sobre la mesa auxiliar y dejaría a los caballeros sin más compañía que la propia. No era habitual que el señor de la casa se citara a solas con alguno de sus sobrinos y se entendía que debía ser por una cuestión capital y necesitada, pues, de la máxima intimidad.

—No sé si no es de mal gusto ser tan puntual en mi propio funeral, tío —lo saludó de vueltas él, jocoso.

Nadie negaba una reunión al cabeza de familia ni le hacía esperar, tampoco. Su tío respondió a la broma con una sonora carcajada y lo invitó a sentarse.

—Pretendo una charla seria, mas no lúgubre. No obstante, en la cena que mis hermanas han organizado para mañana por la noche solo se os espera a Nate, a Derek y a ti. No puedo garantizar que las campanas no tañan a muerto a eso de las siete de la tarde de mañana.

—De momento, hoy tocan a rebato —siguió él la broma, a la espera de que llegara la comida y no fueran interrumpidos.

Justo entonces, un pequeño séquito entró cargando bandejas a rebosar de viandas. Se marcharon tras servirlas, silenciosos.

—Pediré que escondan todas las bandejas de plata de la casa —dijo Denver, sin poder esconder una sonrisa.

—Será lo mejor. Con suerte, las Cinco Virtudes no tendrán dónde servir mi cabeza ni la de mis primos, y desistirán de su empeño —contestó Jake, con un tono cargado de ironía.

Que sus tías los dejaran tranquilos era tan difícil como que el corso escapara de aquella remota isla perdida en el Atlántico.

Lord William no se anduvo con rodeos:

—El próximo año Daisy debutará.

Su prima Daisy Warrior tendría que ser arrastrada a Londres, pues

llevaba años diciendo que prefería entregarse a la Iglesia a hacerlo a un marido. No, no tenía un carácter religioso, sino un severo rechazo al matrimonio. Sería trabajo de Jake guiarla durante su presentación en sociedad y, en especial, que la joven pudiera encontrar un buen esposo.

—Como duque de Avonshire seré yo quien se asegure de que acepte su destino y, sobre todo, lo haga de buen grado.

Prefirió no decir lo obvio: que un soltero apodado de «incasable» por la alta sociedad no era lo más conveniente para una jovencita negacionista de las virtudes de una boda.

—No envidio tu labor, Jake —le dijo sinceramente Denver.

Negó con la cabeza él, sabiendo a qué se refería.

—No hay mucho que envidiar, aunque quien más sufrirá será, sin duda, Daisy. Las Warrior venían con el título. Las muchachas, un ducado, un montón de propiedades y una vasta fortuna. Quizá lord Avonshire fuera el único capaz de competir en poder y riqueza con el abuelo.

—Seguramente por eso el viejo le regaló a su hija menor.

Lord William masticó cada palabra. Recordaría siempre los llantos de su hermana Hope la noche anterior a la boda con el viejo Avonshire y su sensación de impotencia e inevitabilidad. Nada pudo hacer él, todavía joven, por detener aquel matrimonio. El intento le costó, de hecho, una paliza y un encierro de más de un mes en los sótanos de la finca familiar en Yorkshire.

El destierro del duque de Beaufort y el despojo de todo lo que atesoraba le seguían pareciendo al marqués poco castigo.

Ajeno a los pensamientos de su tío, Jake, resignado, tomó una porción de faisán y se la sirvió, dispuesto a darse un festín. No podía esquivar su futuro, como su prima Daisy tampoco lograría evitarlo al año siguiente, así que no desperdiciaría un buen banquete con

lamentaciones fútiles.

—Haré todo lo posible por casarme este año.

Denver no podía pedir más: si un Beaufort, hombre o mujer, se comprometía a algo, lo hacía con todas las consecuencias.

Asintió, más tranquilo al saber que no se libraría una batalla campal en la mesa. Confiado, continuó con sus preocupaciones. No diría nada a Avonshire que él mismo no supiera ya, pero se sentía en la obligación de asegurarse de que su sobrino era consciente de su situación social: del reconocimiento y de la falta de este, también.

—No es solo por la niña, Jake, o no por ahora. Si no encontraras una buena esposa, una que te convenza … No me mires así; tus primos, los casados, fueron afortunados y encontraron amor en el matrimonio. No quiero menos para ti. —No esperó Denver la réplica de su sobrino; ambos sabían que era su mayor deseo que todos los Beaufort hallaran, de un modo u otro, la felicidad—. Si para cuando Daisy llegue a Londres sigues soltero —continuó, impertérrito—, mis hermanas pueden hacerse cargo de la joven. Y si la asfixian demasiado con su… su… —No estaba seguro de cómo describir el empeño de sus hermanas.

—¿Intensidad? —lo ayudó el duque, divertido.

—Si la asfixian demasiado con su intensidad, sí —prosiguió con una sonrisa—, puede ser amadrinada por mi esposa con la ayuda de tu hermana Mary. Incluso tus primas Thynne podrían ser de ayuda. Después de todo, Rachel es una princesa.

Thynne era el apellido de solteras de Rachel y Esther, quienes, sin duda, estarían encantadas de acompañar a su prima menor en la aventura de su debut.

—Te agradezco un año de gracia, tío.

Lord William negó con la mano, quitando importancia a su gesto.

—Me preocupa la consolidación de tu título, Jake.

Suspiró el duque, molesto no por sus palabras, sino por la verdad de estas.

—Ya.

Poco más podía decir.

Los Beaufort habían sido agraciados por Jorge II con una excepcional prebenda por su ayuda a la Corona: podían heredar el título de un familiar político en caso de no haber heredero de sangre. Fue esa la razón de que el patriarca de los Beau se asegurara de casar a sus hijas con cinco poderosos nobles con pocos familiares cercanos y varones.

En su caso, fue el título del marido de la hermana menor de su madre. Cuando lord John Warrior falleció sin haber engendrado un hijo varón, pues tuvo cuatro vástagos, niñas todas ellas, Jorge III —la reina Carlota, en realidad— entendió que debía otorgar el título al mayor de sus sobrinos políticos que no tuviera una herencia propia. Era la primera vez que tal privilegio se ponía en práctica y fue muy criticado en cada casa de Westminster y Mayfair.

Pasó Jake de ser el heredero de repuesto del conde de Hill a convertirse en duque de Avonshire con apenas veintitrés años. Era, de la noche a la mañana, el familiar de mayor rango entre los Beaufort y había heredado una fortuna y un heraldo antiguo y muy codiciado. Que hubiera sido concedido el ducado por la reina, una mujer extranjera, firmando dicha concesión con el sello de un rey que sería poco después declarado incapaz, seguía siendo una decisión que algunos círculos ponían en duda. Un nuevo heredero del ducado, o varios, en realidad, acallarían los rumores y asentarían el ducado de una vez por todas.

Nadie, claro, le negaba deferencias a Jake, pues implicaría enemistarse no solo con un duque rico, sino también con el marqués de Denver y la familia Beaufort, entre la que se contaban, aun por

matrimonio, desde barones hasta un príncipe ruso. No, nadie negaría a lord Jacob Seymour la legitimidad de su título, pero acallar las críticas antes de que las hijas del anterior duque de Avonshire debutaran sería lo mejor para las jóvenes.

—Encontrar una dama casadera cuyos orígenes se remitan a Guillermo el Conquistador sería muy conveniente —dijo su tío por él, expresando en voz alta lo que tantas veces había concluido el propio duque.

No respondió porque no era necesario. Tampoco lo era decir que, en última instancia, lord Jacob era dueño de su propio destino y tenía una casa propia con responsabilidades que en nada atañían al marqués de Denver. Un caballero, por cierto, de rango inferior al suyo.

Sin embargo, la realidad era bien distinta, pues, durante los años de excesos del anterior duque y los primeros años de Jake como nuevo cabeza de la casa de Avonshire, había sido lord William Beaufort quien se responsabilizara de las obligaciones del patrimonio de su sobrino; también del de Robert, convertido en conde de Hill a los veinticuatro.

El tío William era el cabeza de familia porque así lo había decidido cada descendiente del duque de Beaufort y todos seguían sus consejos no por un sometimiento consentido, sino porque había demostrado saber mejor que nadie lo que convenía a la familia y porque amaba y respetaba a cada uno de sus miembros, buscando siempre el equilibrio entre lo necesario y lo deseado.

—¿No tendrás, por casualidad, una lista de las señoritas más convenientes? Porque me ahorraría mucho tiempo y bailes innecesarios saber quiénes son las damas a las que cortejar.

Lord William torció el gesto.

—Serán tu madre y tus tías quienes la preparen. Si las conozco

algo, mañana te entregarán un cuaderno debidamente cumplimentado. —Ante la mueca horrorizada de Jacob, soltó una risa seca—. Si te sirve de consuelo, esta noche se han invitado a cenar y, sin duda, su plan es discutir conmigo a quién incluir y a quién no como candidata a duquesa.

Fue el turno de Jake de reír. El marqués de Denver huía de la alta sociedad durante la Temporada y sus hermanas, inclementes, intentaban hacerle partícipe cada año «por el bien de los niños», como se referían a sus sobrinos.

—Trata de que no incluyan a debutantes, tío, por favor. La idea de casarme con una niña de la edad de Daisy me produce escalofríos.

Asintió lord William.

—La idea de que te cases con una joven de dieciocho años me produce el mismo horror. No obstante, una diferencia de edad de doce años entre cónyuges se considera adecuada.

—Aun así, asegúrate de que incluyan viudas o solteronas. Mejor una dama con experiencia, sea por haber tenido ya un esposo o por saber huir bien de uno; es preferible a una niña recién salida del aula.

—Haré lo que pueda.

De nuevo, un compromiso Beau y, por tanto, una garantía de ayuda.

Poco más quedaba por decir.

—Disfrutemos del banquete, tío.

—Todo lo que no disfrutaremos mañana, Jake —respondió, medio divertido, medio resignado, el marqués.

Cambiaron de tema y pasaron a charlar de lo que realmente les gustaba: política y patrimonio.

# Capítulo 2

Era difícil que los primos Beau coincidieran lejos de las actividades que ofrecía Londres durante la Temporada. Ni siquiera la Navidad era garantía de concurrir los quince, pues ocho de ellos se habían casado en el último lustro y tenían ahora una familia propia con costumbres nuevas.

No obstante, en cuanto Almack's abría sus puertas, comenzaban las cenas en casa de unos y otros, para delicia de todos ellos. No acudían las cuatro menores, claro, las florecillas Warrior, porque todavía no tenían edad suficiente para vivir en la capital del Reino Unido de Pascuas a agosto. Tampoco solía visitarlos Jane, pues residía en Escocia y tenía dos hijos pequeños. El resto, en cambio, consideraba la cita un acontecimiento inexcusable. Aquella primera noche, los condes de Hill, Robert y Helena, ejercían de anfitriones para los primos que habían llegado a Londres, en una cena plagada de buena comida y mejor humor.

Así pues, en cuanto lord Jacob Seymour, lord Nathaniel Montagu y lord Derek Cavendish salieron del veintitrés de Regent Street, tomaron sus monturas y, sin necesidad de hablar, pusieron rumbo a la casa del mayor de los primos. Tras una cena que no eran capaces

de definir, consideraban una bendición una corta cabalgada hasta la mansión de Robert y una copa… O varias, serían necesarias varias copas, en realidad, a pesar de no ser bebedores asiduos, para poder narrar lo ocurrido esa noche al resto de sus primos y prepararse, además, para lo que estaba por llegar, esto era, Almack's cada miércoles durante cuatro meses eternos. Sí, definitivamente el brandi era lo más aconsejable, estando la huida —al menos por el momento— descartada.

En cuanto Jake avistó la fachada de la casa de su hermano, sonrió, aliviado. A pesar de tener una vivienda propia desde hacía siete años, sentía la mansión de los condes de Hill como una especie de hogar. Y no porque hubiera sido el de los Seymour, pues ninguno de los hermanos Seymour consideraba haber tenido un hogar mientras vivió su padre, un hombre deleznable, sino porque había pasado cada temporada en la casa de Robert hasta que este se casara, un par de años atrás, con Helena.

La nueva condesa de Hill insistía a menudo en que siguiera sintiéndose como en su casa, que considerara su dormitorio habitual como su dominio y que no dejara de acudir allí solo porque ahora tuviera una cuñada. No obstante, ya no era lo mismo. Su hermano se había casado muy enamorado, tenían un hijo y Robert ya no era su acompañante de correrías por la ciudad. No, sonrió, ahora sus cómplices eran los dos primos que lo acompañaban, cada uno en un flanco. Sonrió al verlos, ambos rubios y tan distintos a él y, sin embargo, tan iguales en carácter.

Aun así, su hermano era su mejor amigo y en quien más confiaba, y esa noche, después del mazazo que había sufrido tras la presión de su madre, dirigida, sin saberlo ella, al único punto que hacía tambalear la serenidad de Jacob, necesitaba tener a Robert cerca.

Encontraría el momento de mostrarle la infame lista y, con ello, no

necesitaría siquiera hablar del tema. Robert le comprendería y eso sería suficiente para sentirse mejor.

El mayordomo los acompañó hasta el comedor con una sonrisa de bienvenida y allí fueron recibidos como héroes. No merecían menos después de una cena con las madres de todos ellos, en la que la única conversación había versado sobre la necesidad de casarse de los tres caballeros.

En cuanto lady Mary Milton, antes Seymour, vio a su hermano, se lanzó a sus brazos, feliz. Jake los abrió de par en par, contento de recibirla, y la elevó, dando vueltas con ella para la hilaridad de la dama y las risas de los demás. A pesar de que ya no era una niña, Mary seguía dejándose abrazar y voltear por sus hermanos y disfrutaba de su complicidad.

Cuando la devolvió al suelo, le besó la frente y saludó a su cuñado, el marqués de Herbert.

—Eres demasiado mayor y estás demasiado casada para abalanzarte sobre mí y esperar piruetas.

A pesar de sus palabras, no la alejó de su lado.

—Tonterías. ¿Cómo ha ido la cena? —Y miró Mary también a los otros dos recién llegados, quienes se habían servido ya una copa—. ¿Han tenido piedad de vosotras?

—No debe de haber sido así cuando mi hermano ha priorizado el brandi a saludarme —se quejó Elisabeth, mirando al vizconde de Sheffield—. Derek, no sé si podrás besarme la mejilla con el mismo mimo que le estás prestando a esa botella.

Sheffield no se inmutó. Respondió sin mirarla siquiera, sabiendo que ese gesto incrementaría la indignación de su hermana, sonriendo por dentro a la espera de su reacción.

—Estás demasiado embarazada como para que te tome en brazos.

Ahogó ella un grito, ofendida.

—Espero que mamá os haya puesto en vereda —respondió, en cambio, con una mirada ladina.

—No sabía que Els fuera tan rencorosa —se quejó Nate, dándose por aludido.

Jake compuso un gesto quejumbroso.

—Para los que os hayáis podido preocupar por nosotros, la cena ha sido un infierno; no sé por qué les pusieron nombres de virtudes cuando pueden ser demoníacas sin siquiera proponérselo.

Hubo risas y asentimientos de cabeza.

—Esther estaba organizando ya un plan de rescate.

—Esther no necesita organizar nada —se quejó lord Beckett, su marido y uno de los pocos que sabía cuán lejos podían llegar los planes de su esposa.

—Un rescate hubiera sido más que bienvenido —suspiró Derek, simulando una tristeza que no sentía en realidad.

Era difícil hacer caer el ánimo de Sheffield, un optimista nato.

—¿Tan mal? —quiso saber Rachel, otra de las primas Beau presentes.

—Infernal, ya os lo he dicho —repitió Jake, tomando la copa que su cuñada le ofrecía y sentándose.

—¿Infernal? —Mary hizo una pausa dramática y todos supieron qué iba después: su juego de utilizar palabras que empezaran por la misma letra, una costumbre Beaufort con tantos años que era ya una tradición—. ¿Tan impenitentes han sido las tías?

—La situación ha sido insoportable —contestó Jake, aceptando el reto y abriendo el juego.

—Las tías pueden ser muy inquietantes cuando se lo proponen —apuntó Robert—. Intrigantes, de hecho.

Eran los Seymour los que solían jugar desde niños a elegir y definir algo con la misma inicial y los expertos, por tanto; el resto

había acabado apuntándose a la broma.

—Nuestra soltería les parecía muy indignante —rio Derek.

—Muy imposible, sin duda —aseveró George, el menor de los primos y heredero del tío William, como si hubiera estado presente en la cena del veintitrés de Regent Street.

—Infame.

—Indescriptible.

—Im…

—Disculpad que no os deje seguir con el jueguecito, pero tengo algo aún mejor.

Mary se cruzó de brazos, molesta con Nathaniel por interrumpirla cuando todavía no había ganado. Porque estaba convencida, desde luego, de que nadie allí podía vencerla.

—¿Mejor que qué? —inquirió con fingida petulancia.

—Mejor en términos absolutos —afirmó Nate, aumentando la expectación. Se sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo mostró al resto, agitándolo—. Adivinad qué hay escrito aquí dentro.

Solo Robert se dio cuenta de que Jake se tensaba al ver el papel que el barón de Oslow mostraba. Los dos Seymour se cruzaron una mirada rápida que reconocieron: lo hablarían a solas en cuanto tuvieran ocasión.

—¿Una lista de todas las fiestas a las que vais a tener que acudir? —apuntó Esther, divertida.

—Casi, pero no, es todavía más maquiavélico —les advirtió Derek, sacando un sobre igual de su chaqueta—. Porque en el mío también hay una lista, pero el contenido es distinto al que nuestras madres han dirigido a Avonshire y Oslow…

Hubo un momento de silencio.

—Venga, no subestiméis a las Cinco Virtudes —siguió animándolos

Derek a especular, guiñándoles un ojo.

—No se atreverían —dijo George, intuitivo. Miró al duque de Avonshire antes de continuar, con tiento—. ¿Tú también tienes una como esa, Jake? ¿Una personalizada?

Resignado, sacó su sobre.

—Ya os lo ha dicho Derek; tenemos una cada uno.

—¡Dios mío, esta vez se han excedido! —se quejó Rachel.

Ninguno de los cuñados se atrevió a preguntar qué contenía la lista, pero todos ellos, algo apartados desde que comenzara el juego de las iniciales, se miraron. No era tan sorprendente lo que sus suegras habían hecho; en muchas casas de Mayfair ocurría. La diferencia era que, en el caso de los Beaufort, no había amenazas reales ni exigencias imposibles.

—¿Podemos leerlas? —preguntó Rachel con tiento—. Entiendo que os han hecho una lista a cada uno con las mujeres que más os convienen.

Asintieron. Nate le tendió a su prima la suya, encogiéndose de hombros. No tenía ninguna intención de obedecer.

La abrió la dama y comenzó a leer los nombres en voz alta. Rachel, conocida también como la princesa Romanova, era la anfitriona preferida de Londres dado que se había casado con un príncipe ruso, hijo del zar. Conocería, de vista al menos, a todas las jovencitas sugeridas y, sin duda, iba a asegurarse de averiguar todo sobre ellas: las de Nate, las de Derek y las de Jake también.

—¿No quieres mi lista, alteza? —le preguntó Derek, simulando sentirse ofendido; era, de los tres solteros, el más indolente.

La tomó su hermana Elisabeth y la colocó sobre la mesa, a la vista de todas las damas, que ya rodeaban a Rachel. La princesa extendió también el papel para que el resto pudiera valorarlo a la vez.

—¿Jake? —le pidió Mary la suya sin mirarlo siquiera, convencida

de que le sería entregada en el mismo momento en que había extendido la mano.

Este, en cambio, se la dio a Robert. Todos pensaron que lo hacía para hacer rabiar a la marquesa de Herbert. Su hermano, sin embargo, intuyó que era importante de algún modo y la leyó con atención.

No necesitó más de cinco segundos para entender a Jacob. El segundo nombre, escrito con pulcritud, le puso la piel de gallina: lady Claire Thomas, vizcondesa viuda de Halsey.

Pasó la lista a Mary, quien comenzaba a impacientarse, y, en cuanto esta la recibió, la extendió junto a las otras misivas.

Ninguno de los dos caballeros Seymour cambió de expresión, ambos sonreían, pero Helena, que conocía casi tan bien a su cuñado como a su esposo, supo que algo no iba bien. También Mary se habría percatado de haber estado mirando.

Mientras tanto, las primas, ajenas a la tensión entre ambos hermanos, seguían ahogando gritos de indignación conforme se mencionaban nombres.

—¿Rosamund Woods con Derek? ¡Tiene que ser una broma! Creo que sería mejor para Jake, la verdad.

—Saca también de la lista a Penelope Blackley, es demasiado seria. Es mejor para Nate.

Lord Andrew Beckett abrió la puerta y pidió al mayordomo un tintero y varios folios. Cuando cerró, muchos lo miraban, unos escandalizados, otros divertidos.

—¿Qué? —se justificó, encogiéndose de hombros—. Es obvio que van a rehacer las listas. Han criticado arduamente a sus madres, pero ahora están convencidas de poder hacerlo mejor.

El príncipe Andrei soltó una carcajada.

—Estoy convencido de que tienes sangre cosaca, Andrew. Solo así

se explica ese lado salvaje que tan bien ocultas.

Los tres perjudicados por la lista miraban a sus primas, incrédulos.

—¿En serio vais a hacerlo?

Mary, la mayor, los miró con fastidio. Las dos primas Beau por matrimonio, Helena y Blanche, se habían acercado con discreción al lugar donde se hallaban las infames listas, movidas por la preocupación y la curiosidad. Incluso Sarah, la prima menor, siempre silenciosa, había señalado un par de nombres, negando con la cabeza.

—¿En serio vais a ignorarlas? —respondió Rachel a Nate sin levantar la vista, más interesada en lo que las damas tuvieran que decir que en la opinión del propietario de uno de aquellos inventarios de señoritas—. Después de todo, entre las tres listas está la práctica totalidad de las damas casaderas.

—A Derek, por ser el menor, le han caído todas las debutantes —se quejaba Elisabeth, ignorándolos, inevitablemente más centrada en la lista de su hermano.

—Quítalas; no les convienen. Ellos no convienen a las debutantes —especificó Esther, por si alguien no había entendido la obviedad.

—Creo —dijo Robert— que vamos a necesitar más brandi. ¿Me acompañas a por más a mi estudio, Jake?

—¡Nada de brandi! —advirtió Rachel—. Hay que estar en Almack's antes de las once y, siendo la primera noche, sería de mal gusto no acudir.

—Tan de mal gusto como hacerlo borrachos. Nada de brandi —la secundó su hermana.

Pero los Seymour hicieron oídos sordos y desaparecieron.

Esperó Robert a entrar en su estudio para hablar.

—¿Sabías que la vizcondesa viuda estaba en la ciudad?

No simuló Jake no saber a quién se refería.

—No, no tenía ni idea.

—¿Cómo es posible?

—No lo sabía porque hace años que dejé de prestarle atención.

Robert no se refería a cómo era posible que no supiera que la dama estaba en Londres, sino al hecho en sí de que lady Claire estuviera en la ciudad. No le corrigió, de todos modos. Tampoco se creyó que la ignorara por completo. Habría sabido, sin duda, que había enviudado y que, por tanto, volvía a estar en el fértil jardín del matrimonio inglés.

—¿Crees que ha venido a buscar un marido? —No recibió respuesta—. Debe de ser así cuando está en una de las listas. ¿Cómo han podido elegirla como candidata para un matrimonio contigo, precisamente contigo?

Se encogió de hombros, excusándolas a su pesar.

—Porque no saben que me rechazó hace ocho años. Solo tú viste aquella nota.

Lo dijo con crudeza, tratando de no añadir ninguna emoción. Robert, sin embargo, notó un cierto toque de amargura, si no en su voz, sí en su gesto. El estómago del mayor se revolvió al recordar la carta que lady Claire enviara años atrás a su hermano.

—¿Estás bien?

Había preocupación en su tono. Soltó el otro una risotada seca.

—Dios, Rob, era un crío en aquel entonces. Un tonto romántico que creía que podría casarse con la mujer que eligiera a pesar de no tener nada que ofrecer. Fui muy imprudente al ofrecerle matrimonio.

—¿La estás disculpando? —le inquirió con indignación, incrédulo —. ¿Estás disculpando a una mujer que te rechazó para casarse con un hombre veinticinco años mayor solo porque tenía un título?

—Jamás perdonaría algo así.

La frialdad en sus ojos, y no solo en su voz, le dio a Robert la

respuesta a la única cuestión que realmente importaba: no, su hermano Jake no estaba bien.

# Capítulo 3

Claire observó aquella estancia con rencor. El despacho de la mansión había sido el lugar preferido por su esposo cuando deseaba instruirle. Allí le había explicado que era demasiado inocente, demasiado vulgar, demasiado impulsiva, demasiado… demasiado joven para él, en realidad. Le concedería a Samuel el mérito de haber hecho de ella una dama intachable. Había puesto más esmero en la educación de Claire que el que mostraron sus propios padres, que la casaron con el primer caballero con título que pidió su mano.

Creyó que, una vez muerto Samuel, se acabarían las regañinas, pero estaba equivocada. Al parecer, era también la sala elegida por su cuñado, lord Arthur Thomas y actual vizconde de Halsey, para aleccionarla. La miraba con petulancia, a la espera de que se sentara ella para poder hacerlo él.

—No nos has preguntado por qué te hemos traído a Londres este año, Claire; por qué, después de ocho años sin pisar la capital, mi esposa y yo hemos decidido que es hora de que regreses.

Odiaba aquel tono condescendiente. Lord Arthur no preguntaba, hacía que le preguntaran a él, tan pomposo era. Aun así, le siguió el juego. Después de todo, no tenía otro remedio, era preferible decir

lo que él quería escuchar y acabar cuanto antes. Prolongando la conversación, lo único que conseguiría sería castigarse. O quizá morir de aburrimiento.

—¿Por qué he venido a Londres, Arthur?

No notó su desdén. O era demasiado vanidoso o Claire se había convertido en una actriz excelente tras años de ocultar lo que sentía.

—Hemos estado pensando mucho y, dado que Margaret y yo no tuvimos hijos, hemos decidido que Anna podría ser nuestra heredera.

Si no hubiera mencionado a su hija, habría dejado de escuchar. Sin embargo, que tuviera planes para su pequeña de dos años la hizo ponerse alerta.

—¿Cómo…? ¿Cómo sería posible? —Arthur la miró con suficiencia, no sabía si porque creía que le interesaba de verdad el dinero de los Halsey o porque la consideraba una ignorante—. Anna es una niña, las mujeres no heredan.

Era injusto y era cierto; quejarse sería una pérdida de tiempo. Los Thomas habían sido agraciados con el vizcondado en tiempos del primer Tudor y, por primera vez en más de cuatro siglos, no existía un heredero varón, por lo que, a la muerte de lord Arthur, el título regresaría a la Corona. El título y todos sus bienes, pues treinta años antes se había ampliado el mayorazgo.

Lady Margaret, la propia Claire y su hija quedarían al amparo del rey Jorge a la muerte del vizconde, y dudaba de que, dadas las deudas del monarca y su despreocupado estilo de vida, se interesase en absoluto por ellas más allá de instalarlas en una pequeña casita lo más alejada posible de Londres y de concederles una asignación exigua.

—Debes de conocer a los Beaufort.

Por un momento se puso alerta: ¿qué sabría ella de su relación

con el duque de Avonshire? Se rio de sí misma: no existió tal relación, solo fueron dos semanas de coqueteo que terminaron cuando ella se prometió con Samuel. Sí, él le propuso…

—Claire —la devolvió a la realidad su cuñado.

Pensó durante unos segundos, desistiendo. Él no quería saber de sus conocimientos, quería enseñarle los suyos.

—No mucho. Solo he oído que los Beaufort son una de las familias más influyentes de Inglaterra.

—El rey Jorge II les concedió un privilegio por el que podrían heredar el título de los Halsey.

Era cierto, así era como Jake se había convertido en duque de Avonshire poco después de que Claire se casara. El destino era, a veces, retorcido.

—Pero… —Reaccionó, al fin—. Pero Anna tiene solo dos años. No podemos casarla con un hombre más de veinte años mayor. No —se corrigió—, no podemos casarla, siquiera. Todavía no ha cumplido…

No diría que podían casarla a los doce años, le parecía aberrante.

—El conde de Hill.

¿Qué pasaba con el conde de Hill?, quiso gritarle. Odiaba las charlas con aquel hombre y, en ese momento, podía perder el control y lanzarle algo a la cabeza. Lord Robert Seymour, conde de Hill, casado con lady Helena dos años antes… ¿Qué?, ¿qué era?

—Tiene un hijo de dos años, también. Podríamos prometerlos.

Quiso gritarle de nuevo que la familia Seymour no aceptaría un matrimonio para su hijo, pero ¿y si sí lo hacían? El actual duque había casado a sus hijas con hombres deleznables solo para aumentar su patrimonio e influencia. ¿Y si sus nietos querían también aprovechar la prebenda real para acumular más riquezas y títulos?

No los conocía, después de todo. Había visto en varias ocasiones a

lord Robert cuando era joven; cuando todos ellos eran jóvenes. Le había parecido un hombre poco preocupado por su estatus, pero, claro, era un caballero con título y riquezas, daba por sentado que su vida sería siempre así. Incluso Jake, a pesar de no ser el heredero, vivía con despreocupación.

¿Y si…? Se le ocurrió una idea. Era desesperada, pero la idea de que intentaran vender a su hija la desesperaba. Si lord Robert no aceptaba, igualmente habría rumores de que cualquiera podía casarse con Anna, quién sabía si otro caballero, uno mayor y que gozase de las más jóvenes, la pretendería y aceptaría prometerse durante diez años antes de tenerla.

Poco podría hacer ella, mientras lord Arthur viviese… Y no, el asesinato no era una opción. Ser la hija de una asesina tampoco ayudaría a Anna.

—¿Y si me caso yo con uno de ellos? Hasta donde sé, son tres los Beau solteros ahora mismo, todos ellos con un título propio. Tal vez uno de ellos desee también el de los Halsey para sus hijos. El vizcondado también podría heredarse si soy yo quien se casa, no Anna, ¿no es cierto?

Arthur la observó durante más de un minuto. Valoró su idea primero y después a ella. Claire se dejó evaluar, por más que odiara sentirse un objeto. Sabía lo que su cuñado estaría mirando. A una mujer rubia y esbelta, hermosa a pesar de no ser ya joven, con una buena figura y unos hermosos ojos azules. Una rosa inglesa, después de todo.

—Tal vez —le concedió—. Solo tal vez…

La mera posibilidad le servía.

Ahora bien, ¿cómo acercarse a los Beau después de su amistad de juventud? Ese sería el siguiente reto y era un gran reto, por cierto.

***

Miró a su alrededor, con nostalgia. Las mismas alfombras y cortinas de color azul, los mismos candelabros de similor, el mismo ponche aguado, la misma cena exigua… Ella, sin embargo, ya no era la misma.

Tampoco quienes estaban a su alrededor parecían ser los mismos. Apenas pasó dos meses en la ciudad antes de casarse y regresar al campo. Así que había conocido solo a algunas de las damas de sociedad. Le sonaban las caras de varias de las que estaban ya allí: las matronas de edad que manejaban los hilos y la información de cada salón. Le aterraron cada noche durante aquellas lejanas diez semanas, quizá por eso le había sido sencillo reconocerlas esa noche.

Había un par de mujeres de edad similar a la suya y cuyos rostros le resultaban familiares, también. Estudió con una de ellas en el colegio de señoritas al que acudió durante un año, pero no habían sido cercanas; a la otra no podía ubicarla. Al resto de las casadas no creía haberlas visto jamás. Y a las debutantes, desde luego, no las conocía; eran siete años más jóvenes que Claire.

En cuanto a los caballeros… había pocos; aquello era Almack's, después de todo, nadie acudía allí por placer. Así que prefirió no enfrentar sus miradas, evitando que la señalasen como interesada en los hombres. No necesitaba que se supiera que deseaba casarse, con que los Beaufort tuvieran conocimiento de sus intenciones era suficiente. Y la idea de que la tildasen de ser una viuda buscando un *affaire* era ofensiva. Por tanto, obviaría, de momento, a los caballeros presentes.

Claro, se reconvino con cierta amargura, como si estar allí no fuera una muestra clara de intenciones. Casi un grito de sus

intenciones, en realidad.

Tenía que ser práctica, se recordó. Necesitaba conocer a alguna dama influyente que la ayudase a acercarse a Jake, pues dudaba de que Jake se acercara a ella. A Jake, a lord Nathaniel o a lord Derek, se recordó. El duque de Avonshire no era su objetivo, debía descartarlo. Solo necesitaba tener una relación cordial con él para que no alejara a sus primos de ella.

¿Sabría su familia de lo ocurrido años atrás? Dudaba de que lo hubiera contado, pues de otro modo no la habrían invitado esa noche a aquel sagrado salón, no considerando sus patrocinadoras a Claire bienvenida. Lo que no sabía si habría callado para proteger la reputación de ella, como el caballero de nacimiento que era, o la suya propia, para salvar su orgullo.

Pronto lo sabría. Si cuando la viera el resto de Beaufort, huían de Claire, significaría que el duque había contado a sus primos lo ocurrido. Y si la echaban de los salones, entonces significaría que lo había contado a toda la sociedad.

Rogó en silencio para que lord Jacob Seymour, duque de Avonshire, no fuera un hombre rencoroso.

***

*Ocho años antes*

Aquella sería la última noche en aquel club; dos días después, iba a casarse con lord Samuel Thomas, vizconde de Halsey, un caballero veinticinco años mayor que ella. Cumpliendo su amenaza, su padre la había prometido con lord Samuel Thomas, pues le corría prisa desposarla para poder regresar al campo. Tenía ya tres hijos varones establecidos, había elegido por ella al transcurrir dos meses sin que Claire pudiera encontrar un hombre con el que casarse. No era que

no hubiera tenido pretendientes; era que ninguno había logrado despertar un interés real en ella.

O no hasta dos semanas antes, cuando lord Jacob Seymour, segundo hijo del conde de Hill, acudió a la ciudad tras casi dos años viajando. Se conocieron en una fiesta y desde entonces no había dejado de buscarla. La había visitado en su casa, le había enviado flores y la había invitado a bailar cada noche.

La madre de Claire fue la primera en advertirle del error que significaría enamorarse de alguien como el menor de los Seymour: era demasiado joven, no sentaría la cabeza con solo veintidós años. No cuando no tenía por qué hacerlo. No heredaría un título y tenía una fortuna propia que su tío, el marqués de Denver, le proveería cuando cumpliera los veinticinco años. Flirtearía con ella y, una vez acabada la Temporada, regresaría al condado de Hill con su familia y la olvidaría.

No era algo que Claire no supiera, pero escucharlo de la voz de su madre sin ambages le resultó especialmente cruel.

Aquella noche, pues, sería la última vez que coincidieran.

En cuanto lo vio entrar en el salón, supo que había leído la noticia del *Times* de esa tarde: el matrimonio estaba ya dispuesto. Le pidió un vals. No quería bailar con él, era demasiado cobarde, pero nunca habían valsado juntos e iba a ser su única oportunidad. Sabría después que había sido un error aceptar.

—No te cases con él, Claire.

¿Sería Jake consciente de que su tono amagaba un ruego? Hizo aquel deje de desesperación que el corazón de la joven se encogiese. No fue capaz de alzar la vista y enfrentar su mirada. Tampoco sabía qué responder. Así que se limitaba a contar los pasos mientras trataba de mantener la compostura.

«Un, dos, tres. Un, dos, tres. Un, dos, tres…».

—Claire —insistió Jake—. ¿Acaso estas dos semanas no han significado nada para ti?

«Un, dos, tres. Un, dos, tres. Un, dos, tres…».

—Quédate conmigo, te lo ruego —le dijo, una súplica descorazonada filtrándose en su tono.

Fue esa súplica la que le hizo buscar sus ojos, aunque solo pudiera mantener la mirada fija en sus pupilas durante medio segundo.

—Ya estoy prometida —le confirmó en un susurro—. En dos días me convertiré en la vizcondesa de Halsey.

—Huyamos esta madrugada. No, huyamos ahora mismo, subamos al norte y casémonos.

El corazón de Claire deseaba asentir, pero su cabeza sabía que le faltaba valor… y también convicción.

—Los dos sabemos que eso no es posible, Jake.

Y, sin que él pudiera evitarlo, Claire se apartó de su abrazo, dejándolo plantado en medio de la pista, y se marchó sin mirar atrás, saliendo primero de Almack’s y después de su vida.

Afortunadamente, lord Samuel nunca pareció guardarle rencor por el escándalo que supuso dejar a un pretendiente plantado en medio de la pista. Sospechaba, sin embargo, que Jake iba a odiarla durante décadas por aquel rechazo.

# Capítulo 4

Supo el momento exacto en que la familia Beau entró en el salón. No necesitó mirar para adivinar que llegaban, pues hubo un instante de silencio que provocó que muchos se volvieran hacia la escalera de entrada y, al siguiente, comenzó un rumor de cuchicheos casi frenético. Para cuando el maestro de ceremonias quiso anunciarlos, ya era tarde. Lady Jersey se había acercado a recibirles. Detenidos al pie de la escalera y estando la vizcondesa en una esquina próxima, podía Claire permitirse el placer de mirarlos con discreción sin que pudieran reparar en ella.

Repasó los rostros uno a uno, con forzada paciencia. No conocía a las damas, pues eran más jóvenes que la vizcondesa y, por tanto, todavía debían de haber estado en el aula de estudio o en alguna academia de señoritas para cuando ella debutó. Sabía por las columnas de sociedad que las hermanas Thyne se habían casado; también la hermana de Jake, lady Mary, que iba del brazo de su esposo. El marqués de Herbert, así como lord Beckett, le habían sido presentados ocho años antes; recordaba la apostura de ambos, acentuada con la madurez. A los demás hombres, sin embargo, no era capaz de ubicarlos en su memoria. Imaginó que el de aspecto

más tosco debía de ser el americano casado con la hija del marqués de Denver, así como que el hombre de rasgos afilados tenía que ser el príncipe Andrei Romanov.

Reconoció, desde luego, a lord Robert Seymour, conde de Hill y hermano de lord Jacob. Era un caballero alto, de cabello rubio y mirada directa. Lo acompañaba una dama hermosa y de aspecto sereno.

Paseaba sus ojos de unos a otros, postergando el momento definitivo en que se posaran en el duque de Avonshire, obviando las mariposas de anticipación que revoloteaban en su estómago. Era normal, después de todo, que una dama se pusiera algo nerviosa cuando podía reencontrarse con un antiguo pretendiente, ¿acaso no era así?

Por fin, su mirada llegó a Jake. Estaba de perfil y, aun así, Claire pudo apreciar cómo los rasgos jóvenes de años atrás se habían vuelto más viriles. Poco quedaba del Jacob Seymour de 1808. El caballero que charlaba de manera distendida con, supuso ella, uno de sus primos, un caballero atractivo al que ella no conocía pero que, a juzgar por su aspecto —todos los Beaufort tenían el cabello rubio pajizo y los ojos verdes, todos excepto lord Jacob y lord Derek, que eran morenos y tenían los ojos de un profundo azul índigo—, tenía que formar parte de aquella notoria familia.

Quiso el destino que, justo en aquel momento, aquella hermosa mirada, quizá sabiéndose invocada, se volviera hacia ella. Las pupilas de ambos se encontraron y tuvo Claire la impresión de que, más que coincidir, colisionaron.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba y le faltaba el aire. Temió desmayarse en el mismísimo Almack's, lo que sabía que no era posible, o no, al menos, por encontrarse con unos ojos preñados de rencor.

Tenía que salir de allí, se dijo, para dejar de observarlo con descaro, pero ni sus pies parecían querer obedecer ni su cabeza volverse, tampoco. ¿Por qué no apartaba él la vista, al menos? ¿Se habría dado alguien más en el salón cuenta de la intensidad con la que parecían haberse atrapado el uno al otro con solo un cruce de miradas?

¿Había, de todas formas, alguien más allí, además del duque de Avonshire?

Para su fortuna, alguien se interpuso entre ambos. Iba a dar gracias al cielo cuando vio de quién se trataba: lord Robert Seymour, conde de Hill y hermano de Jake, se acercaba a ella con decisión. ¿Era demasiado tarde para huir? Sí, lo era, pues con apenas diez largas zancadas ya la había alcanzado.

—Vizcondesa viuda de Halsey —la llamó, extendiendo la mano para saludarla. Su voz era educada, sus labios sonreían, su mirada, sin embargo, parecía amenazante—. Ha pasado mucho tiempo desde que viniera a Londres por última vez.

Hizo Claire una ligera reverencia y compuso una sonrisa trémula. No quería mostrar cuán frágil se sentía.

—Milord, es un placer volver a verle.

Tomó la mano que él le ofrecía y sintió cierta calidez. ¿Habría notado el conde cómo la de ella temblaba? En ese momento sonaron los acordes de un vals.

Robert aprovechó para prolongar su charla, pues su objetivo era alejarla de su hermano el mayor tiempo posible. O el necesario, al menos, para que Jake se recompusiera. Pasaría aquella mujer por encima de su cadáver antes de notar alguna debilidad en su hermano, el hombre al que había rechazado.

—¿Me concedería el honor?

No esperó respuesta, aprovechó que sus manos todavía estaban

unidas, las alzó y, con el otro brazo, le rodeó la cintura y comenzó a mecerla al ritmo de la alegre música.

Hacía años que Claire no bailaba, pero, a pesar de la falta de práctica y de la situación, no pudo evitar sentirse bien. Siempre había disfrutado de la danza y su acompañante era, sin duda, un bailarín experimentado.

Pasaron varios minutos antes de que el conde, al fin, le hablara.

—Permítame, milady, señalarse la conveniencia de que aprendiera a ocultar sus pensamientos si va a moverse por los salones de la ciudad. Hace un momento han sido varios los nobles testigos de la indiscreción de su mirada y mañana habrá rumores maliciosos al respecto. Considérelo un consejo con buena voluntad.

—Yo…

Iba a disculparse, pero se detuvo a tiempo. Después de todo, también Jake había sido indiscreto. No obstante, no se lo señalaría a lord Robert. No dijo más porque no sabía qué decir.

No pareció satisfacer al conde su silencio, pues prosiguió con sus veladas acusaciones disfrazadas de… ¿Cómo había dicho? De consejos con buena voluntad.

—No me malinterprete, no es de mi incumbencia si hablan de usted o no. Es a mi hermano a quien quiero alejar de los comentarios maliciosos. —Esperó a que ella lo mirara para seguir hablando—. O de comentarios que lo relacionen con usted, tampoco. Imagino que entiende mis reservas, milady. —La forma en la que dijo la última palabra sonó a mofa.

El ánimo de Claire decayó. Su cuñado quería unirse a los Beaufort por la vía matrimonial sin importarle si era ella o su hija quien se desposaba. Dado el trato que estaba recibiendo del conde de Hill, el mayor de todos los primos de aquel numeroso clan, iba a ser difícil que le presentaran a lord Nathaniel Montagu o a lord Derek

Cavendish, siquiera.

Aturdida, perdió un paso. Fue Robert ágil y cubrió su error. Avergonzada, se explicó, aun sin necesidad. El silencio se le estaba atragantando.

—Parece que he perdido práctica en el vals, milord.

—¿Desea que dejemos de bailar? Puedo acompañarla con su chaperona, si lo prefiere.

La voz de lord Robert dejaba claro que aquel era su mayor deseo. Ya le había dicho lo que quería y, de poder, la hubiera dejado en la pista en ese mismo momento. Como hiciera ella años atrás con Jake, recordó.

Supuso, pues, que el conde estaba tan tentado a detener la danza como ella y, al mismo tiempo, igual de obligado a seguir meciéndose al son de los acordes. La nobleza tenía memoria y, aunque su esposo jamás le preguntó por qué plantó aquella noche al menor de los Seymour, supo que algo pasaba. Y, al igual que lord Samuel, toda la alta sociedad también. Un segundo plantón, esa vez al hermano mayor, sería considerado un escándalo y removería antiguos recuerdos o, lo que era lo mismo, el antiguo, escueto romance que Jake y Claire vivieron.

—Creo que estamos ambos atrapados hasta el final de esta eterna melodía, milord —contestó en todo quejumbroso.

—Y ¿de quién es la culpa, milady? —siguió presionando él.

A punto estuvo la dama de responderle que no le había pedido que se acercara a ella ni, desde luego, aquel vals; que toda la situación la había propiciado él solito. Sin embargo, atacarle sería una muestra de estupidez.

—De los austríacos, milord —le respondió, al fin—. La culpa de que la melodía sea eterna es de los austríacos, que hacen unas composiciones demasiado largas.

Sorprendido por su tono socarrón y por la ingeniosidad de su salida, el conde de Hill no pudo amagar la carcajada, que fue escuchada por toda la sala, lo que hizo que algunas cabezas volvieran a mirarlos.

—Será este asunto el único del que no podamos culpar a los franceses, pues, lady Claire.

Siguieron bailando en silencio. Al menos, se dijo ella, la agresividad de lord Robert había desaparecido y los presentes no podrían cuchichear sobre una mala relación entre la vizcondesa viuda de Halsey y el mayor de los primos Beaufort.

***

Jake miraba con incomodidad cómo su hermano bailaba con Claire.

La había divisado nada más llegar. No era ningún tonto; sabía que ella estaría allí. Si su madre la había colocado en la parte alta de su lista de damas casaderas, también lo habrían hecho las patrocinadoras de Almack's. Quizá la casa Thomas no fuera especialmente rica, pero venía de un linaje antiguo, tanto como lo hacía la familia de Claire, y siendo que no debutaba, era lógico que la primera noche ya hubiera sido invitada al club de lady Jersey y sus amigas.

El tiempo le había sentado bien, tuvo que reconocer. Había algo en ella, una cierta madurez, que la hacía más atractiva. La edad solía traer consigo serenidad y elegancia, o así debía de ser. Si bien los rostros jóvenes eran hermosos, de piel fresca, cuando Jake miraba a las debutantes veía poco más que niñas con pensamientos románticos e infantiles. Recordaba que, cuando su hermana Mary debutó, temió que fuera todavía pequeña. Y Mary había cumplido veinte años cuando pisó por primera vez los salones de Londres.

Lo mismo opinaba cuando pensaba en sus primas, las florecillas Warrior. Qué podía ver un hombre con treinta años en unas muchachas tan jóvenes no lo entendía, pero sabía que no podría sentirse jamás atraído por damas de la edad de Daisy, la primera que debutaría de sus cuatro primas y pupilas.

Y, sin embargo, cuando conoció a Claire ocho años antes, sí pensó que tenía la edad perfecta para el matrimonio. Un matrimonio que finalmente la muchacha eligió celebrar con un hombre más de dos décadas mayor que ella, se recordó, sintiendo una molestia desagradable en el pecho.

Los recuerdos de aquella noche se aglutinaron en su cabeza: el error de pedirle bailar frente a toda la nobleza, situación en la que iba a ser imposible convencerla de nada, su temor a perderla, el persistente silencio de Claire, su declaración apresurada y, finalmente, su rechazo.

La molestia se transformó en malhumor.

Escuchó a su hermano Robert reír a carcajadas y regresó a la realidad de 1816, a Almack's y a quienes le rodeaban. No sabía si había mirado con rencor a la pareja que valsaba con elegancia, pero se aseguraría de que, a partir de ese momento, ningún miembro de la nobleza pudiera relacionarle de ningún modo con lady Claire Thomas.

Derek se acercó y le susurró con admiración:

—Rachel me ha dicho que la dama con la que está bailando Robert está en tu lista. La vizcondesa viuda de Halsey, creo. Espero que mi madre haya tenido el mismo buen gusto a la hora de elegir. Si no es de tu agrado, házmelo saber. ¿Quién sabe? Tal vez podría cortejarla.

No podía saber el vizconde de Sheffield hasta qué punto se estaba ganando una cita en el ring a la mañana siguiente.

—No deberías mencionar ninguna lista en este lugar; aquí incluso las paredes escuchan. Y, Derek —se aseguró de tener su atención antes de continuar—, mantente alejado de esa mujer —le espetó con dureza, arrepintiéndose al momento de sus palabras. Le iban a costar, sin duda, explicaciones o burlas.

Su primo, siempre jovial, lo miró con socarronería.

—Así que somos posesivos con nuestras posibles…

Jake debía rebajar el tono, lo sabía, y, a pesar de ello, se volvió todavía más hostil, incidiendo en su advertencia.

—Y avisa a Nate de que tampoco la mire. Lady Claire Thomas está fuera de vuestro alcance. Y del mío, antes de que digas más estupideces.

Se ganó una mirada interrogante. Diablos, en algún momento tendría que explicarle por qué o inventarse una excusa, y no quería mentir a su primo ni tampoco contarle la verdad.

—Hablando de Nate —cambió Derek de tema—, ¿sabes dónde está?

La música paró entonces y Robert regresó donde ambos primos estaban. Derek no pudo evitar decirle al conde de Hill, en tono misterioso:

—No vuelvas a bailar con ella: lady Claire Thomas está fuera del alcance de los Beaufort. Intenta averiguar por qué. Mientras tanto, yo buscaré a Nate y se lo diré de parte de tu hermano.

Y se marchó Sheffield, convencido de que había dejado al mayor de los Seymour desconcertado y al menor buscando cómo explicar la amonestación sobre la vizcondesa.

Una vez solos, en efecto, Hill quiso saber qué había querido decir su primo.

—¿Qué le has dicho?

—El muy… —No quiso soltar ningún improperio, su cara ya

mostraba su mal humor—. Derek ha insinuado que podría querer cortejarla. ¿Por qué le has pedido un vals? —Se apresuró a preguntar, no queriendo que su hermano hiciera mella en el interés de Derek y en su comentario.

—No sabía que sería un vals.

Resopló, obviando el sentido del humor del mayor.

—¿Por qué la has invitado a bailar, ya fuera un vals o una cuadrilla? —Robert miró a Jake, valorando su respuesta—. ¿Por qué te has acercado a saludarla, siquiera? —insistió el duque.

Hill optó por ser sincero, no sin antes asegurarse de que no podían escucharle. Se acercó más para contestar en un susurro.

—Porque no le quitabas los ojos de encima y estabais llamando la atención.

—También ella me miraba —se quejó Jake, sabiéndose infantil.

Afortunadamente, su hermano decidió dejarle en paz.

Se acercó en ese momento Rachel a interceptar al conde para averiguar por qué había bailado con aquella dama y no con otra. Mucho habían tardado sus primas, pensó Jake intentando contener su malhumor, en acercarse a cotillear. Después de todo, se recordó, tenía que agradecer su interés, pues serían ellas las que averiguarían todo lo que él no podía preguntar sobre Claire y, sin duda, estarían encantadas de contárselo.

—La dama con la que has bailado es la vizcondesa viuda de Halsey, Robert. Está en la lista de Jake. Imagino que ya lo sabías, claro.

—¿Podríamos dejar de hablar de listas de mujeres, por favor? —pidió, con fastidio, Avonshire—. No es discreto. Y recordádselo a Derek; parece fascinado con la idea de tener un registro de señoritas «casables».

Si alguien los escuchara, sería su muerte social. Se harían

apuestas con las damas elegidas por las Cinco Virtudes, se vigilaría cada baile, cada conversación, cada movimiento del duque. Aun así, no era esa la razón de su enfado. Era Claire y solo Claire.

—Uy, perdón —reconoció su error la princesa, para continuar con su charla—. ¿Por qué le has pedido un vals?

—No sabía que era un vals —dijo una vez más el conde de Hill, divertido por su propia ocurrencia.

Como hiciera antes Jake, también Rachel amagó un bufido.

—Bueno, como sea. ¿De qué la conoces? ¿Por qué no has aprovechado y se la has presentado a tu hermano? Ah, y ¿de qué te reías? Parecíais tener mucha confianza, como si fuerais viejos amigos. Tu hermana Mary dice que solo la conoce de vista, y ello a pesar de que deben de tener edades similares. Estamos buscando un pretexto para invitarla a tomar el té a casa. Si tú la conoces, creo que estaría bien si…

No quería escuchar las elucubraciones de Rachel, sino las respuestas de Robert y tenía claro que no las recibiría, o no allí y no sin insistir. Su hermano había encontrado un modo de fastidiarle y no lo dejaría pasar. Sabía que Robert solo se acercaría a Claire para protegerle a él; tan bien como sabía que le haría la vida imposible mientras tanto. Se obligó a sonreír y miró a Rachel, guiñándole un ojo antes de contestar por Robert:

—Haced lo que consideréis e invitad a quien queráis… ¡Como si fuerais a tener en cuenta nuestra opinión, después de todo! Solo avisadnos del día y la hora para que los condenados lleguemos a tiempo.

Su prima no pareció creer que bromeara, o no del todo. Solo esperaba que asociara su ira a la situación y no a la vizcondesa, aunque lo dudaba. Maldita fuera su suerte, otro primo más a quien explicar por qué lady Claire le alteraba.

Miró el reloj: las once y cuarto. Primera noche, primera hora en sociedad y ya sentía que toda la temporada sería un maldito infierno por culpa de cierta dama a la que la edad había vuelto más hermosa y desenvuelta.

# Capítulo 5

Desde que lady Mary se casara seis años antes, era difícil encontrar a los tres hermanos Seymour juntos a solas. Lo habitual era ver a la dama del brazo de su marido, el marqués de Herbert, y, desde hacía tres años, también al hermano mayor de la familia, el conde de Hill, lord Robert, acompañado de su esposa, lady Helena. Que el mediano, lord Jacob Seymour, soltero, los acompañara era poco frecuente.

Que aquella tarde fueran a dar un paseo juntos en carruaje por Hyde Park era, pues, excepcional. Excepcional y un fastidio para ambos hermanos, que sabían que serían regañados por la marquesa. O, peor todavía, interrogados. Y no habían preparado ningún guion. Podían engañar a muchos sin proponérselo, dada la complicidad que compartían, pero no a Mary. Mary, a pesar de la diferencia de edad, los había idolatrado desde niña y perseguido cada vez que volvían a casa. Los conocía tan bien como lo hacía su propia madre.

Acomodados en el carruaje, la dama esperó hasta entrar en el parque para hablar. No es que temiera que alguno de ellos fuera a apearse antes de entrar en Hyde Park, pero, sin duda, no se

atreverían a semejante infamia una vez llegados allí. Iba ella de espaldas para evitar tener que saludar a los que venían y poder así concentrarse en Jake y en Robert.

—¿Qué me perdí anoche? —les preguntó con voz exigente en cuanto dejaron atrás Park Lane.

Se recordó rebajar el tono. Después de todo, no estaba enfadada con ellos, solo preocupada. En cualquier caso, ninguno de los dos hermanos se sintió ofendido.

—Nada interesante, en realidad —respondió Robert con voz monocorde—. Cuando Herbert y tú os despedisteis, ya se habían marchado más de la mitad de los invitados. Solo hubo un vals más y ninguna pareja repitió danzas, así que fue un miércoles insulso. Como cada miércoles de ayer en adelante.

Aun así, no podía ocultar la inquietud en sus ojos. Sabía a qué se refería su hermana, pero no se lo diría. O no tan fácilmente. Tendría que recurrir Mary a la tortura para que contara un secreto que ni siquiera le pertenecía, pues era la historia de Jake, después de todo.

—Ni siquiera se emborrachó lord Mordant, lo que me hizo perder quince guineas —protestó el duque, esquivando también a Mary.

Suspiró la dama y cerró los ojos, simulando estar al borde de su paciencia.

—En tu casa, Robert: qué me perdí en tu casa.

Miró Hill a Avonshire.

—¿Se dejó algún plato por probar o fue el…? ¡Ay! —El abanico de su hermana podía ser un arma útil en caso de necesidad, como acababa de comprobar—. No lo sé, Mary, me rindo. ¿Qué te perdiste anoche?

Miró la marquesa, sin embargo, al menor de ellos, aunque respondiera al mayor.

—La charla que tuvisteis Jake y tú en la biblioteca. Esa charla a la

que no invitasteis a nadie. Esa en la que no estuve incluida. Esa charla es la que me perdí.

—Si hubiéramos querido que supieras de qué… ¡Ay, Mary! —se quejó, quitándole el abanico de la mano—. Debatimos sobre las candidatas.

—No te creo. —Lo miró con fijeza mientras lo decía.

Pero también ellos la conocían bien. Era fiera, sí, pero sus hermanos eran su debilidad. Nunca se enfadaría con ellos, no de verdad, aunque la excluyeran.

Y sí, Jake estaba seguro de que quería excluirla de cualquier asunto que tuviera que ver con lady Claire Thomas. Anoche, aun sin querer, ya había revelado demasiado a Derek primero y a Rachel después.

—¿De qué íbamos a hablar si no, Mary? —insistió Avonshire—. Acababa de llegar con una lista de candidatas; Nate, Derek y yo lo hicimos. Y vosotras os lanzasteis a sus nombres como si fueran las posibles esposas del rey Jorge.

—El rey Jorge está casado…

—Sí, bueno, pues la nueva amante.

—¡Jacob! —le advirtió Mary, sulfurada—. No deberías mencionar algo así, menos todavía aquí, en Hyde Park, donde incluso los árboles escuchan.

—Entonces no hablemos de candidatas, de listas o de la conversación que mantuvimos él y yo anoche.

Mary se molestó y lo dejó patente con una mirada acusadora.

—Tiene razón, por más que me cueste dársela —lo apoyó Robert —. Por cierto, ¿por qué nos has traído al parque? Podrías habernos interrogado en el veintitrés de Regent Street.

—En el veintitrés de Regent Street os hubierais escapado tras mi primera pregunta.

Se miraron los Seymour como si valoraran huir justo en ese momento, haciendo que la marquesa se tragara una risa.

—Ni se os ocurra apearos y dejarme sola aquí. No os lo perdonaría.

Rieron ambos hermanos. Después se miraron, más serios, y Jake negó con la cabeza. Adoraba a Mary y le confiaría la vida, pero, por alguna razón que prefería no analizar, no quería que supiera que Claire lo rechazó ni, menos todavía, por qué. Y poco tenía que ver con su orgullo y mucho con la reputación de la dama. Era, se felicitó con ironía, un caballero, después de todo.

—No vais a contarme de qué se trataba, ¿no?

—Es un asunto del pasado con una de las damas de la lista, nada importante.

—Por un «nada importante» no os hubierais ausentado. Por un «nada importante» no…

—¿Por qué repite lo último que dices, Rob? ¡Ay!

Esa vez Jacob recibió un golpe en el muslo con la mano abierta.

—Jake, te aviso de que…

—No te enfades, Mary, estás fea cuando lo haces.

—No estoy enfadada. No, no lo estoy; estoy preocupada. No me gustó tu cara cuando entraste en el salón y menos todavía…

—Prueba a cenar con tu madre y sus hermanas, que te acosen con… —Calló de pronto, consciente de que Mary había vivido algo similar siendo mucho más joven.

—¿Solo ahora caes en la cuenta?

—Precisamente porque lo has vivido deberías entender el gesto de mi rostro cuando llegué —se defendió.

—Nate mantuvo el rostro impávido y Derek sonreía. Por cierto, ¿alguien sabe dónde se escondió Nate el miércoles? Desapareció antes de que cerraran las puertas. Hubiera creído que había huido si

no fuera porque reapareció tres horas más tarde…

—No cambiéis de tema —advirtió Mary.

Enrojecieron ambos.

—Nate —se defendió Jake— tiene veintiséis años y dos primos mayores aún solteros; puede no importarle nada la presión. Y Derek siempre sonríe. Se acabaría el mundo y Derek seguiría sonriendo.

—Es cierto en ambos casos. Y, al igual que tú hace seis temporadas —le concedió Robert a Mary—, Jake tiene que casarse este año sí o sí, pues el próximo, la primera de las hermanas Warrior debutará.

—No creo que Daisy…

—Debute o no, Jake debería estar casado para entonces.

Se hizo el silencio. Robert mantuvo el gesto demudado, pero el duque sabía que por dentro se felicitaba por haber conseguido derivar la atención de Mary hacia el asunto del matrimonio y no hacia el de las debutantes.

—¿Y quién había en la lista que te causó tanto disgusto? —Volvió la marquesa a la carga.

¡Demonios! Su hermana era como un terrier con un hueso: cuando mordía, ya no soltaba. Robert no había tenido éxito en su desvío.

—Todas ellas —respondió, presto.

Era intuitiva, además de testaruda. No la dejaron replicar, por temor a que acertara el nombre de Claire y los sorprendiera en un renuncio.

—Mary, piénsalo, había muchachas de menos de veinte años, damas a las que no conozco y otras a las que preferiría no conocer; mujeres raras, raras de verdad, y no pongas mala cara, lady Talbot es rara. Había también otras que…

—Aun así —lo interrumpió—, estoy convencida de que…. ¡Lady

Claire!

Al escuchar el nombre de la vizcondesa de Halsey ambos hermanos dieron un respingo, ojipláticos.

—¡Lady Claire! —repitió Mary, saludando con la mano a un punto tras ellos.

Se volvieron ambos hacia donde ella miraba, para ver a Claire devolver el saludo, dubitativa, observándolos a todos.

—La invitaré a subir al carruaje —susurró Mary a sus hermanos mientras hacía un gesto a la vizcondesa para que se acercara a la calesa—. Mañana nos veremos en el veintitrés de Regent Street solo nosotros tres, a la hora del té, y me explicaréis por qué os habéis asustado tanto al oír el nombre de la vizcondesa viuda. Oh, lady Claire, buenas tardes, ¿está usted sola? Acompáñenos, por favor.

Y se bajó del carruaje, convencida de que los otros dos Seymour la seguirían.

***

Claire había decidido salir a Hyde Park en un impulso. En el campo solía pasear todas las tardes, disfrutaba del ejercicio, así como de la sensación de estar al aire libre. La ciudad era ruidosa, pero prefería el ajetreo de Londres al silencio opresivo de la mansión Thomas.

Así que, poco antes de las cuatro, tomó su sombrilla y, acompañada de su dama de compañía, se adentró en el enorme jardín, decidida a disfrutar.

Al igual que ocurriera la noche anterior, apenas reconocía los rostros de quienes, como ella, habían decidido ir a la hora elegante a dejarse ver. Debería, reflexionó, pedir a su cuñada que la acompañara durante aquellos primeros días. Lady Margaret había residido todo el año en la ciudad antes de que su esposo se

convirtiera en el nuevo vizconde y tomaran posesión de la mansión en Cumbria. Conocía, por tanto, a la práctica totalidad de la alta sociedad. Si bien era cierto que no había poseído un título en aquel entonces, provenía su cuñada de una buena familia y eran muchos los salones que le abrían sus puertas.

No obstante, la idea de pasar las veladas con ella, de sentir su mirada vigilante… No sabía cómo lo haría, pero entablaría amistad con algunas damas que…

—¡Lady Claire!

Escuchó que la llamaban y, sorprendida, levantó la vista en busca de la voz que, alegre, exclamaba su nombre. Cuando reconoció a los Seymour, la sorpresa la superó y, por un instante, no hizo nada. Solo cuando la marquesa de Herbert la llamó por segunda vez, agitando la mano, salió de su estupor y respondió al saludo, componiendo una sonrisa y tratando de disimular sus nervios. Vio que le hacía un gesto, animándola a acercarse, al tiempo que se ponía en pie con la intención de apearse. Se adelantó Claire para alcanzarlos.

Junto a la dama, que no recordaba que le hubieran presentado —no entendía, pues, por qué razón la invitaba—, estaban sus dos hermanos. Y las miradas que le dirigían no eran tan amables como la de lady Mary.

—Milady —la saludó cuando llegó al carruaje, cerrando la sombrilla y forzando el cuello para poder verla—. Caballeros. —A ellos, en cambio, no los miró.

Con un gesto, la marquesa hizo que los otros dos se encogieran para bajar del carruaje. Extrañada, se hizo Claire atrás para dejarle espacio. ¿Acaso iba a advertirle también ella que se mantuviera alejada de los Beaufort? Si así era, tendría que rendirse incluso antes de haber comenzado a intentar, siquiera, casarse con uno de ellos.

O suplicarle por su hija; la marquesa era madre de un niño

pequeño también, con suerte sería generosa y la ayudaría de algún modo.

—Lady Claire, buenas tardes. ¿Ha venido sola? Bueno, no sola, claro, no sería correcto salir sin su dama de compañía… quiero decir, ¿no la escolta nadie? Siendo así, ¿quiere pasear conmigo? Mis hermanos podrían acompañarnos. O podemos ir en el carruaje, si lo prefiere.

Intentó mantener su rostro impávido. No era habitual que una marquesa invitara a una vizcondesa viuda y sin influencias a pasear con ella.

—No necesita responder, lady Claire. Mi hermana puede mantener una conversación sin respuestas —dijo el conde de Hill, que había bajado del landó para acompañarla.

Vio por el rabillo del ojo que Jake se apeaba también, obligado por las circunstancias.

—No se sienta cohibida por mi hermano —le pidió Mary—, por favor, disfruta burlándose de mí. Se conocen, ¿no es cierto? Robert —se dirigió al conde—, bailasteis anoche, ¿verdad? No sabía que hubierais sido presentados, no recuerdo que la vizcondesa haya estado en la ciudad estos últimos años.

Hill miró primero a Claire, dándole tiempo para explicarse si quería. Ante el silencio de ella, respondió a su hermana.

—No sabía que la conocieras tú, en realidad. Lady Claire debutó el año que Jake y yo regresamos de Europa. Tú, en cambio, estabas todavía en el campo.

—Estaba en la escuela para señoritas de lady Acton, en realidad.

Entendió entonces Claire la situación.

—Estudiamos juntas, es cierto.

—Usted es un año mayor que yo, si me permite señalarlo —le confirmó Mary—. Supongo que estaba más preocupada por aprender

francés y el vals que por las alumnas más jóvenes.

—Imagino que, si no la recuerdo, no debió de ser por las clases, sino porque tendría la cabeza llena de ideas románticas sobre la Temporada.

Rieron ambas con nostalgia.

—¿No nos ocurre a todas, acaso?

Ninguna quiso señalar que la realidad solía ser bien distinta.

—¿Coincidisteis, entonces, en Londres? —preguntó Jacob, uniéndose a la conversación.

—Claro que no, Jake. Te recuerdo que padre murió cuando iba a debutar y lo retrasamos. Para entonces la vizcondesa de Halsey ya estaba casada con lord Samuel, su difunto esposo.

Por supuesto que Avonshire sabía que Claire no había regresado a Londres, la había esperado cada año, tragándose la rabia de no poder enfrentarla.

—Casada no significa excluida de la temporada, Mary —indicó Robert con tono de burla—. Si así fuera, ¿cómo te entretendrías tú de marzo a agosto?

—Como le decía, milady —ignoró a sus hermanos la marquesa—, ¿le gustaría acompañarnos?

Hubiera preferido irse a casa. La idea de pasar un par de horas con dos caballeros que parecían aborrecerla no le atraía en absoluto. Sin embargo, la amistad con lady Mary sería conveniente, bien para acercarse a los otros dos Beau solteros, bien para que ampliara su círculo y le presentara a algún caballero a quien no le importara casarse con una viuda que tenía una hija pequeña. De un modo u otro, tenía que casarse y asegurar el futuro de Anna.

Así que, por extraña que fuera la invitación de lady Mary, la aceptó.

—Sería un honor pasear con usted.

Eligió andar, pues el carruaje implicaba estar demasiado cerca del duque y del conde y, tras la noche anterior, prefería mantener las distancias con aquellos dos caballeros en concreto en la medida de lo posible.

—Caminemos, entonces.

Mary la tomó del brazo y recorrieron el parque, deteniéndose a saludar a quienes se acercaban a ellas, seguramente atraídos por los dos hombres que las escoltaban. Sintió todo el tiempo la mirada admonitoria de Avonshire sobre ella, pero trató de ignorarla y deleitarse con la compañía de la dama. Si bien se había sentido algo intimidada al principio —pues el acercamiento había sido poco sutil y no entendía qué sentido tenía que la marquesa de Herbert la buscase—, desde que comenzaran a pasear, la conversación se había suavizado, hablando de las fiestas venideras.

Regresó a casa dos horas más tarde, con la invitación para tomar el té dos días después en el veintitrés de Regent Street. Incluso ella, que no había pisado la capital en años, sabía que era un extraño privilegio.

¿Qué pretendía lady Mary? ¿Era una enemiga o una aliada?

# Capítulo 6

Jacob no sabía si sentirse feliz o sofocado. Por segundo día consecutivo se reunía a solas con sus hermanos, esa vez para tomar el té. Para él resultaba un placer; para todos ellos, lo era. Sin embargo, que la reunión versase sobre la búsqueda de una prometida rebajaba el carácter festivo de aquel té. Que el tema principal pudiera ser Claire le provocaba desasosiego.

No pudo elegir dónde sentarse, para cuando llegó —se retrasó, fue tan ingenuo que llegó tarde a un interrogatorio con Mary— no pudo escoger su lugar, había un único sillón vacío; el resto debían haber sido retirados por orden de la marquesa. Sus hermanos estaban frente a él, en un sofá; él permanecería apartado. Era como enfrentarse a un tribunal. Robert le dedicó una mirada de disculpa que le sirvió de consuelo, al menos.

—Quizá deberías sentarte tú en el sillón, Mary —quiso burlarse de ella—, y dejarnos a Robert y a mí juntos.

Se arrepintió de su burla cuando vio que su hermana lo valoraba con seriedad.

—Sí, tienes razón.

Para su pasmo, le cambió el sitio. El conde de Hill soltó una

carcajada antes de hablar, en tono divertido.

—Llegar tarde y no elegir dónde sentarse es una cosa, Jake, pero ofrecer a tu hermana una ventaja que había perdido permitiendo que nos vigile de cara a ambos, ¡eso ha sido estúpido!

No quiso responder, solo podía darle la razón y no estaba de humor para ello.

—¿Por qué habría de acecharos a los dos al mismo tiempo, Robert? ¿Qué habéis hecho…? No, ¿qué ha ocurrido que yo no sepa y que hace que tengáis que ocultármelo?

Jacob se volvió al mayor con una ceja en alto. ¿Quién era el estúpido ahora? No era que Mary no hubiera sabido cómo comenzar, pero le había dado pie a que fuera directamente al meollo de aquel asunto.

—Porque saber qué hacemos te hace feliz, Mary. Por eso nos vigilas a la menor ocasión.

—Y nosotros simulamos tener secretos ocultos para proveerte de felicidad.

La marquesa suspiró. Sus hermanos tenían una complicidad digna de mejores amigos, que también lo eran. Y un encanto demasiado sobresaliente para el bien de los demás. Admiró de nuevo a su cuñada Helena por haber aprendido a quererlos; a quererlos y a soportarlos.

—Pues hacedme feliz y contadme de qué conocéis a lady Claire.

Pudo notar cómo ambos se tensaban y se congratuló. Su intuición no le había fallado. La noche del miércoles se dio cuenta, estando en casa de los Hill, de que ambos hermanos habían abandonado el salón, sin duda para hablar de una dama en concreto, la que fuera.

Ya en Almack’s, Robert había bailado con la vizcondesa viuda de Halsey, a quien la familia no conocía porque llevaba años sin acudir a la Temporada. Así pues, ¿cómo podía un hombre como su

hermano mayor, soltero empedernido hasta que Helena irrumpió en su vida por sorpresa, haber conocido a una joven debutante?

Y Rachel le había contado más tarde que, tras ese baile, había sentido mucha tensión entre los hermanos Seymour.

Sí, estaba convencida de que lady Claire Thomas era la cuestión.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —Deseó haberse mordido la lengua, aquello había sido demasiado directo incluso para ella.

Por suerte no vio estupor en las miradas de los caballeros. Mary leyó cautela en la de Robert e ira en la de Jake. Volvió los ojos al mayor y leyó en ellos una petición: que fuera más despacio.

—Porque —prosiguió ella, con más tiento— Rachel dice que, por lo que ha escuchado, es una dama discreta y de buen trato. Y a la vista está que es muy hermosa.

Quería halagarla más, para hacer entender a su hermano menor que, si era lady Claire la elegida, contaba con su apoyo. Contaría con él fuera quien fuese, y debía saberlo, pero parecía necesitar Jake que se lo reafirmasen.

Se hizo el silencio.

Avonshire valoró con calma qué contar y qué callar. Cuando supo lo que quería explicarle, comenzó a hablar con un tono que rayaba la nostalgia y que no pasó desapercibido para ninguno de los otros dos hermanos.

—La conocí cuando regresé del *Grand Tour* y me pareció la mujer más hermosa que nunca hubiera visto, así que la cortejé. No de un modo amable y relajado, fue más bien acoso y derribo. Acudía a todos los lugares en los que estuviera ella, mañana, tarde y noche. —No pudo evitar una sonrisa cansada al decirlo—. La perseguí como lo hace un jovenzuelo inexperto y lleno de energía.

Sin querer, su mente regresó a cada momento pasado con ella. Ni siquiera la había besado y, sin embargo, había sido muy importante

para él. Jake, que venía de recorrer Europa con despreocupación, aprendiendo tanto de su arte e historia como de sus mujeres, de repente creía más intenso un romance inocente que noches de pasión con muchachas experimentadas.

La había cogido de la mano una tarde, en los jardines de lady Berstein, mientras paseaban, algo alejados de la multitud, aprovechando la protección de un parterre alto. Y le había acariciado la mejilla en Vauxhall, auspiciados por la oscuridad.

—¿Qué ocurrió, entonces? —preguntó con tiento Mary, mirando a Robert—. ¿Por qué no le pidió matrimonio?

El conde se mantuvo impertérrito. Por supuesto, su hermana daba por sentado que Jake no se declaró. Porque, para Mary, Jake —y también él— era la mejor opción y ninguna dama lo rechazaría. Quizá no recordaba que en aquel entonces no era el duque de Avonshire, sino el heredero de repuesto del conde de Hill.

Esperó Robert a que fuera el otro quien respondiera, pero el silencio seguía prolongándose y temió que Jake, de algún modo, se resquebrajara, que los recuerdos lo superaran por un instante y hablara de más, que contara algo de lo que después se arrepintiera. Prosiguió él, buscando explicar lo mínimo sin mentir.

—Los padres de lady Claire parecían tener otras ideas.

Asintió la marquesa, comprensiva.

—He oído que los Kirk querían casarla cuanto antes.

Jake alzó la vista ante el comentario, volviendo a la conversación.

—Lo dudo.

—También me cuesta creerlo a mí, Mary —lo refrendó Robert—. Proviene de una familia acaudalada; sus padres no necesitaban venderla.

Fue Mary quien compuso un gesto triste.

—Del mismo modo que nuestra prima Jane provenía de una

familia rica e influyente y, no obstante, faltó poco para que la forzasen a un matrimonio con un caballero de la edad del abuelo. —Se detuvo un segundo, antes de inquirir—: ¿Era lord Samuel así de viejo?

—No, era de la edad de nuestro padre, en realidad —le respondió Robert.

Mencionar al anterior conde de Hill hizo que todos ellos torcieran el gesto por un instante, tan malos recuerdos tenían de él.

—¿Por qué harían algo así los Kirk?

—Según Rachel, Claire tiene tres hermanos mayores, mucho mayores que ella. Nació cuando ya nadie la esperaba y fue más una molestia para su padre que una alegría.

—¿Su madre…?

Quizá su madre había fallecido y, por eso, el padre no quiso hacerse cargo, razonaba para sí Jake, queriendo creer que lo había rechazado por… No, no era posible, ella fue clara en sus motivos.

Ajeno a sus pensamientos, su hermana continuó hablando.

—A su madre solo le interesaba su hijo mayor, el heredero. Y había dos más, ya casados. No son una familia que se prodigue en sociedad. Que se prodigue, en general. Enviaron a Claire solo unos meses a la academia para señoritas de lady Acton y, según los rumores, en cuanto llegaron a Londres, le buscaron un esposo. El primero que la pidió, se la llevó. Ella tenía solo diecisiete años. Claro, que eso ya debíais de saberlo.

Por unos segundos, Robert la compadeció. Entonces recordó la carta y cualquier sentimiento de lástima se evaporó.

—En todo caso, tuvo lo que deseaba, Mary: un caballero que le dio un título —espetó el conde, dando la conversación por terminada, levantándose del sofá.

—No todas las damas quieren eso, Rob. Hay señoritas que

prefieren el romance o la tranquilidad a la riqueza.

—Ella no —sentenció Jake, poniéndose en pie, furioso.

Mary se dio cuenta de que había algo más, algo que no le contarían. Se posicionó, sin querer, del lado de lady Claire. Era imposible que, de poder, no hubiera elegido a su hermano. Y era imposible que le hubieran dado opción de elegir.

—¡Esperad! —les pidió, a la desesperada—. ¿Está bien si la invito a tomar el té mañana? Ante la incredulidad en sus ojos rectificó—. No solo a ella, a varias de las damas que nuestras tías han elegido. Y aviso también —improvisaba y los tres lo sabían— a Nate y a Derek.

—¿Vas a subastarlos allí mismo? —preguntó Robert, sarcástico.

Al mismo tiempo, inquiría Jake:

—¿Robert no vendrá?

Ahora que habían detenido su marcha, se serenó Mary y volvía a ser cabal.

—Organizaré un té para mañana con varias damas y caballeros de nuestra familia y amigos cercanos. Iré ahora mismo a casa de Rachel, avisaré a las demás y organizaremos algo sencillo.

—Vosotras no sabéis hacer las cosas sencillas —se quejó Robert.

—Nadie acude con tan poco tiempo de antelación —objetó el otro.

La marquesa los miró, engreída.

—Nadie niega una invitación a un Beaufort. ¿Queréis apostar?

Se guardó Mary para sí que al día siguiente no había ningún baile por la noche y que toda la nobleza buscaría dónde pasar la tarde.

—Olvídalo —atajó el conde.

—Avísame a mí esta noche si quieres que venga mañana; no me gustan las sorpresas de última hora —se despidió Jake.

Y salieron juntos, en dirección a White's.

Poco después saldría Mary a casa de su prima Rachel, donde, sin duda, estarían también Esther y Elisabeth. Si tardó algo más que sus

hermanos en marcharse, fue porque primero bajó a las cocinas a avisar al ama de llaves y a la cocinera de que comenzaran a aprovisionarse para la tarde del día siguiente.

***

A solas en White's, los Seymour esperaron a estar acomodados y con un brandi en sendas manos antes de comenzar a hablar.

—¿Irás al té de mañana? —le preguntó Robert.

—Y tú vendrás conmigo, ya lo has oído. Eso sí, pondré una única condición y avisaré esta misma noche a Nate y a Derek para que la refrenden.

Rio el conde.

—¿Ni rastro de damas solteras?

—Ni rastro de las Cinco Virtudes.

Asintió Robert. Cuanto más alejadas mantuvieran a las madres de todos ellos, más sencillo sería.

—Ahora avisaré a un mozo de que traiga papel y tinta y enviamos ya mismo una misiva a cada uno. —Alzó la mano y se acercó un muchacho, a quien le encargó lo necesario. Volvió después Robert a la cuestión que más le preocupaba—. ¿Crees que irá lady Claire?

A punto estuvo Jake de replicarle que, según su hermana, nadie se negaba a un Beaufort, pero calló. Por motivos obvios, no era cierto, no en el caso de la vizcondesa viuda de Halsey. Ella había sabido negarse a su petición y era también un Beau.

—Creo que a Mary le gusta Claire.

—¿Solo lo crees, Rob? —bufó el duque, molesto, tomando un sorbo de su vaso.

—Quizá le hemos dado una idea romántica de lo que ocurrió.

—Mary es una romántica, me temo.

No replicó el mayor que los tres lo eran y que, de todos ellos, seguramente el que más creía en el amor verdadero era el hermano del medio.

—Finalmente, ¿qué harás mañana, Jake?

—Si los dioses no se compadecen de mí y me regalan unas fiebres —ironizó—, iré al té y aprovecharé para conocer a alguna de las señoritas que hay en mi lista, dado que, sin duda, serán invitadas. Quizá la suerte se alíe conmigo y alguna de ellas me tiente.

—¿Y qué harás con respecto a Claire?

—A ella ya la conozco y no me tienta en absoluto.

Y aquello era el fin de la conversación, supo Robert.

Tal vez debiera pedir consejo a Helena. Si le contaba esa noche a su esposa lo ocurrido años atrás, al día siguiente sería su condesa, una mujer sensible y, sobre todo, inteligente, quien le diera una visión nueva sobre aquel entuerto.

Porque, o mucho se equivocaba, o su hermano sentía algo bastante más complejo que furia hacia su antiguo amor. Pero ¿qué era lo que la vizcondesa sentía? ¿Qué no había podido Robert descifrar en la mirada de la dama aquella noche en Almack’s?

# Capítulo 7

Lady Claire se detuvo unos segundos para contemplar la hermosa fachada blanca de la mansión del veintitrés de Regent Street, con el techo de pizarra y los balcones. Habían reformado la casa un par de décadas antes y era, sin duda, la más hermosa de aquella calle. Resultaba irónico que nadie residiera allí. Se constituía la casa principal del duque de Beaufort, quien estaba enfermo, vivía en el campo desde hacía más de una década y, según los comentarios más maliciosos, jamás recibía visitas de la familia. Su heredero, el marqués de Denver, vivía en una mansión cercana, también en Mayfair.

No obstante, no era una casa deshabitada. Una horda de sirvientes mantenía la residencia en condiciones para que cualquier Beau pudiera sentirse cómodo allí, aun sin avisar con antelación de que iría.

No sabía la vizcondesa qué esperar de aquella súbita invitación a tomar el té, pero sí sabía qué esperaba su cuñado de esa reunión.

Decían los rumores que la noche anterior no se había visto a ningún miembro de los Beaufort en ninguno de los bailes que se celebraban, lo que había molestado a las anfitrionas de la velada.

Sin embargo, esa mañana habían sido compensadas con una invitación al veintitrés de Regent Street, donde nunca se había festejado un baile. Eran pocos los que conocían la casa por dentro.

No podían saber que, desde la tarde anterior, todas las primas Beau habían estado en la mansión del príncipe Andrei planeando aquel té, revisando con lupa a cada una de las damas de las listas de *casables*, como las habían bautizado, decidiendo a quién incluir y a quién no. Como tampoco podrían saber nunca si había sido algo improvisado, pues no era frecuente convidar con tan poca antelación, ni siquiera para un té de la tarde, o si hacía tiempo que estaba organizado, pero habían preferido mantenerlo en secreto y hacerlo parecer un acto informal para que nadie creyera que, desde entonces, los sábados los Beaufort recibirían en el veintitrés de Regent Street.

Como fuera, aquella mañana, bien temprano, había llegado a la residencia de los Thomas una invitación para Claire, lo que elevaba las expectativas de los Halsey a cotas demasiado altas. Ella, en cambio, albergaba pocas esperanzas, aunque sí esperaba poder acercarse a la marquesa de Herbert.

La dama le había caído bien, había disfrutado mucho de su compañía durante el breve paseo por Hyde Park, y no era Claire una persona dada a hacer amistades rápidamente. Quería, en verdad, tener una buena relación con ella y hacerse su amiga.

Por otro lado, le convenía tener cerca a la familia Beau, ya fuera para poder contactar con frecuencia con los primos de lady Mary que todavía no se habían casado, para que le presentara ella a otros caballeros proclives al matrimonio y dispuestos a aceptar a una viuda con una niña pequeña o, sencillamente, para tener una relación cordial en Londres con una dama de edad muy similar a la suya. Eran pocas las amigas que Claire tenía y lady Mary parecía

moverse en un círculo social muy amplio.

Resignada la vizcondesa a una suerte que no podía controlar, subió la escalerilla que daba a la entrada principal. Antes de alcanzar la puerta, esta se abrió y el mayordomo le dio la bienvenida, ignorando la invitación que le tendía, franqueándole la entrada.

—Bienvenida, lady Claire —la invitó a entrar.

¿Cómo podía aquel hombre conocerla?, se preguntó.

—Gracias —respondió, sintiéndose una tonta. Nadie agradecía a los criados.

La llevaron a un salón enorme que daba a un jardín exterior y por cuyos ventanales entraba luz a raudales. Habían colocado varias mesas y sillas en la estancia —que debía de ser una sala de baile, dado su tamaño— y también tres zonas con sillones, sofás, otomanas y mesas auxiliares. Varios camareros servían té a los presentes, así como bandejas con *delicatessen* y sándwiches, pasteles y chocolates.

Alrededor de dos docenas de arbustos en altas macetas daban vida y color al lugar.

Decían que era el primer té que se celebraba en aquella casa y también en la Temporada de 1816. Sin duda, la reunión de los Beau iba a marcar tendencia en el resto de las mansiones de Mayfair y Westminster.

Se habían congregado alrededor de sesenta personas. Miró en derredor y reconoció a los Beaufort, a otros caballeros de entre veinticinco y cuarenta años de familias importantes y a muchas damas solteras. Aquello apuntaba a una selección de Almack's hecha para el duque de Avonshire, el vizconde de Sheffield y el barón de Oslow. Sonrió para sí, aliviada de haber sido invitada.

No estaba, pues, todo perdido ni para su hija Anna ni para ella.

Se acercó a lady Mary, la saludó y la presentó esta al resto de

damas de la familia. Para su alivio, no había rastro de las Cinco Virtudes. Se decía de ellas que podían ser tan dulces como sus nombres rezaban o aterradoras. Qué cambiaba su estado de ánimo era un secreto en el que nadie quería ahondar.

Acabadas las presentaciones, se dio cuenta de que no conocía a nadie allí. Maldita fuera su ignorancia social; pensó de nuevo si no debería haber llevado a su cuñada.

No sabía dónde dirigirse, así que buscó a un lacayo para que le sirviera un té. Mientras, elegiría en qué silla sentarse.

No tuvo tiempo de escoger, fue interceptada antes por una voz que, a su espalda, la llamó en voz muy baja. Sintió un vuelco en su estómago que hizo que, por muy poco, no derramara su taza, cuando le dijeron que lord Jacob Seymour, duque de Avonshire, estaba tras ella. Se volvió, esperando poder controlar su mirada nerviosa, al tiempo que suplicaba por que él no pudiera escuchar los latidos de su corazón que con tanta fuerza le martilleaban el pecho.

No podía saber que el temblor en sus manos y su tez sonrosada delataban su estado arrebolado.

—Milord.

Tomó la mano que le ofrecía. Quiso hacer una reverencia, pero no pudo, él se lo impidió tomándola de la muñeca en lugar de soltar sus dedos, como era preceptivo.

—Ha pasado mucho tiempo —siguió el duque, tratando sin éxito de suavizar la furia que se filtraba en su tono.

—Mucho, sí —contestó ella en un suspiro.

Aquellas palabras susurradas, llenas de nostalgia, superaron a Jake.

—¿Qué diablos haces aquí, Claire?

La voz era ahora seria, exigente.

—Sonríe, por favor —le suplicó la dama.

Una dama que regresaba a la capital en busca de esposo lo último que necesitaba era cotilleos a sus espaldas. El rostro del duque mostraba una furia apenas contenida que daría mucho que hablar si fuera descubierta.

No fue la única en percatarse, aunque, para su fortuna, había sido el conde de Hill quien había estado atento a su encuentro y se acercó, presto, a saludarla.

—Milady —le dijo, tomando su mano y sonriéndole, girándola un poco, obligando así a su hermano a moverse y quedar a espaldas del público. Siseó después, mirando a Jake—: Parece que estéis discutiendo, tú enfadado y ella muerta de miedo. Comportaos, por el amor de Dios.

Se obligaron los tres a relajarse.

Avonshire se había aproximado a Claire lleno de buena voluntad, la noche anterior había decidido que se acercaría a ella y la saludaría como si de una vieja amiga se tratase. Decían que el mejor desprecio era no hacer aprecio y eso pretendía demostrar él. Sin embargo, a cada paso que había dado hacia la hermosa vizcondesa un rencor que no sabía que guardara había surgido de repente y se había acrecentado hasta hacerle perder el control.

—¿Qué haces aquí, Claire? —repitió, con tono más suave.

—Tus primas la han invitado —apuntó Rob.

Quería recordarle, también, que ya lo habían hablado la tarde anterior, por lo que no debía de ser una sorpresa para él. Pero no le reprocharía nada frente a la vizcondesa. Ni frente a nadie más, tampoco. Eso sí, una vez a solas, recordaría a su hermano que ser un duque no significaba estar por encima de la cortesía social, que ni al rey se le permitían según qué excesos en público.

—Pudo negarse —se empecinó Jake.

—Nadie se niega a un Beaufort —replicó Robert, divertido,

refiriéndose a la frase que dijera la tarde anterior Mary.

Si frente a su hermana había refrenado su ácida respuesta, ante Claire no quiso hacerlo. Ni pudo, tampoco.

—Siendo aún una joven debutante, la vizcondesa ya demostró con soltura y elocuencia que es capaz de negarse a mí sin esfuerzo.

La taza de Claire cayó al suelo sin que ella pudiera evitarlo. El grito que se deslizó desde lo más hondo de su pecho pudo parecer fruto del susto, pero era, y los hermanos Seymour lo sabían, consecuencia de lo que acababa de decir Avonshire.

—Por todos los diablos, Jake.

Sacó su pañuelo Robert y se lo ofreció a la dama, disculpándose profusamente, como si hubiera sido él el culpable, haciendo que el resto del salón, que los miraba, asintiera y, con aquiescencia, siguiera en sus conversaciones. Era grosero señalar al anfitrión y nadie estaba seguro de quién era el dueño de aquella casa o el principal responsable de la reunión.

No estando el marqués de Denver, el mayor de los Beaufort parecía serlo.

—Marchaos —ordenó el conde, enfadado también—. Llévala antes de que te responda como te mereces.

—Será un placer —respondió con el tono lleno de sarcasmo Jake. Y, como si la acompañara a asearse tras el accidente, tomó a Caire de la muñeca y tiró de ella—. Por aquí, milady.

En shock, la vizcondesa se dejó llevar.

***

Llegó Jake a una de las salitas interiores en la misma planta baja, dejó pasar a Claire antes de seguirla, se aseguró de cerrar bien la puerta, tentado incluso de girar la llave, y entonces la encaró.

—¿Qué diablos haces aquí, Claire?

Se había serenado, ya no le hablaba en tono furioso, pero tampoco pretendía ser agradable con ella.

La vio meditar la respuesta. Cuando al fin pareció hallarla, se la veía decepcionada.

—Me temo que el conde de Hill está en lo cierto; nadie niega nada a los Beaufort.

Se tragó la respuesta Jake, pues no quería repetirse. Cayó el silencio en la estancia, ninguno de los dos se movió, el duque la miraba a la espera de una explicación más convincente, los ojos de la vizcondesa fijos en el suelo.

Le recordó aquella situación al duque a la última noche en Almack's, en su primer y único vals. En lugar de reavivarse la rabia, sintió una ligera tristeza, seguramente por lo que no pudo haber sido.

—Debiste haberte negado.

Como si fuera tan sencillo, quiso decirle ella.

—¿Bajo qué pretexto?

Retado, respondió enseguida.

—Enfermedad.

—Anoche estuve en el salón de los Crampton y esta mañana he salido al parque a cabalgar.

—No debiste salir esta mañana, entonces.

—Quizá no debiste venir tú, Jake —le devolvió el golpe sin sentirse victoriosa en absoluto.

Bufó con fuerza él para responder después con suavidad.

—No sabría cómo explicárselo a mi familia.

—Ni yo a la mía. Los Halsey saben que no estoy enferma, les enfurecería mi negativa a este té.

Hablaba casi sin pensar, como lo había hecho Avonshire en la frase

anterior. No obstante, ahora sí estaba alerta, porque estaba atento a cada palabra, a cada gesto de Claire. No pasó por alto que se hubiera referido a sus cuñados por su título, lo que significaba distancia. Ni tampoco que, en caso de ausentarse del té de esa tarde, ellos se habrían enfurecido, no molestado. ¿Acaso tenía mala relación con ellos? ¿Estaría en algún apuro, acaso?

Negó con la cabeza. Tenía que dejar de buscar excusas para justificarla. Había demostrado ser una trepadora social, una señorita con ínfulas. Recordar la razón de su rechazo, unido a sus deseos absurdos de mirarla con bondad, lo enervó de nuevo.

—No tuviste tantos miramientos a la hora de rechazarme a mí. Me alegra saber que, con el tiempo, has suavizado tus formas hasta el punto de parecer, incluso, considerada.

Alzó Claire al fin la mirada ante su invectiva, los ojos interrogantes.

—No fui cruel. No —lo interrumpió cuando quiso replicar—, no lo fui. Es cierto que no debí dejarte plantado en la pista de baile y me he arrepentido una y cien veces, por si sirve de algo, de haberme despedido así de ti. Lo siento.

Ojalá su rencor fuera solo por el ridículo de verse abandonado frente a todos en Almack's en mitad de un vals, se lamentó él.

—Nunca te culpé por eso, te presioné demasiado y fui torpe al proponer que nos casáramos.

—Estuve tentada cada una de esas cien veces de enviarte una carta de disculpa, pero no lo hice —le confesó, en voz bajita.

No, en lugar de disculparse, le envió unas líneas que lo humillaron. La ira se revolvió en él. Su humor parecía un carrusel, daba vueltas a diferentes velocidades y, por momentos, sin control.

—Fuiste cruel —le reprochó, refutando así su afirmación anterior —: Fuiste cruel sin necesidad, con el único fin de humillarme. Si

temías que no aceptara tu rechazo, no tenías de qué preocuparte, un caballero no insiste ante la clara negativa de una mujer, la acepta. Y fuiste muy clara aquel miércoles, no necesitabas las palabras que vinieron después.

No entendía Claire a qué se refería. Con tristeza, solo alcanzó a decir:

—¿Cómo es posible que, habiendo vivido la misma historia juntos, cada uno la recuerde de un modo tan distinto?

Pretendió salir, cansada de aquella conversación. Ahora sí podía marcharse del veintitrés de Regent Street; era obvio que no tenía nada que hacer con los Beaufort y que tendría que buscar otro modo de evitar un compromiso para su hija.

Tenía, además, la excusa perfecta para irse, pues se suponía que se había derramado el té sobre el vestido, como lord Robert había insinuado al entregarle el pañuelo e indicarle dónde asearse. Nadie sospecharía, tampoco sus cuñados, si se ensuciaba un poco de regreso a la residencia Halsey, demostrando así la razón de su regreso tan temprano.

Tiró del pomo, mas la puerta no se abrió. Vio entonces la mano masculina sobre el marco y sintió el calor de Jake a su espalda, rodeándola con su presencia.

—Fuiste innecesariamente cruel —repitió, en un susurro que le acarició la oreja.

Temió volverse.

—Nunca fue mi intención hacernos daño, pero no te mentiré: tampoco contemplé un matrimonio contigo.

Era cierto, nunca lo pensó seriamente, solo fantaseó con ello. Y lo hizo, sobre todo, durante los años que estuvo casada, imaginando su vida con el único caballero que había despertado en ella la ilusión del romance.

Escuchó la risa seca de él y esperó que se apartara, pero no lo hizo. Al contrario, se acercó un poco más.

—Quizá no fui lo bastante claro mientras te cortejaba o no lo bastante efusivo. Creía que tenía más tiempo, quise ir despacio y no presionarte. —Jake se estaba perdiendo en sus pensamientos, nunca había reflexionado al respecto—. Ni siquiera llegué a besarte —se lamentó por primera vez en voz alta.

Aquellas palabras, que llegaron a Claire por sorpresa, la hicieron entristecer. También ella había llorado durante años por un beso que nunca llegó.

Como rememorando las veces que lo anheló, a solas en la campiña siendo ya vizcondesa, una lágrima solitaria desbordó su pupila y se deslizó con suavidad por la mejilla.

Jake la intuyó, no podía verla, así que la volvió y se perdió en la tristeza de su mirada.

—Si tan solo te hubiera besado una vez —susurró, siguiendo el camino de la lágrima, que, tras dejar atrás la mejilla, llegó a sus labios llenos.

La mirada de Claire se posó también en los labios de Jake, que parecían susurrarle con nostalgia.

Se sumieron en la añoranza de los besos perdidos, de las oportunidades derrochadas.

Fue ella quien cerró la distancia que los separaba y unió sus bocas. Fue un roce suave, delicado, fruto de la sensación de vacío. No pretendía conquistar, solo probar lo que le había sido vetado.

Tampoco el duque presionó. Abrió los labios y deslizó su lengua en la dulce cavidad que se le ofrecía, rozando con mimo, temeroso de romper el momento si se precipitaba.

Acariciaron sus bocas con lentitud, memorizando el sabor del otro.

Con la misma exquisita suavidad, se separaron. Claire aún frotó su

nariz contra la de Jake con ternura antes de separarse definitivamente. Lo miró con fijeza y encontró unos ojos confundidos, tanto como lo estaban los suyos. Abrió después la puerta porque él se lo permitió, porque apartó la mano que la mantenía cerrada.

Se marchó, como aquella lejana noche, sin mirar atrás. Si lo hacía, vería Jake en los ojos de Claire tantas dudas como esperanza.

# Capítulo 8

El té acabó pasadas las siete de la tarde. Los invitados no parecían tener prisa por regresar a sus mansiones, habida cuenta de que aquella noche no habría ningún evento reseñable. Algunos, los menos, irían al teatro, otros a sus clubs. La mayoría regresaría a casa para descansar y recuperar fuerzas. La noche siguiente era el baile en casa de los Rose y se rumoreaba que iría el rey Jorge, así que nadie quería perdérselo. Aunque el baile más esperado de la primera parte de la Temporada era el que daría Rachel, la esposa del príncipe Andrei Romanov. Esa tarde habían sido varias las damas que preguntaran al respecto, deseosas de asegurarse una invitación.

Una vez el último convidado se hubo marchado, quedaron en el gran salón únicamente los primos Beau. Charlaron durante casi una hora más, mientras daban cuenta de algunos dulces, del éxito de la tarde y preguntaban, con mayor o menor discreción, a los tres solteros qué les habían parecido las señoritas. Jake trataba de mantenerse al margen de la conversación, lo cual no resultaba sencillo, dado que era uno de los ejes centrales de la charla de sus primas.

—Deberíamos castigar a Robert —dijo Rachel— por haber volcado

la taza de té sobre lady Claire Thomas. Me gusta la dama y hubiera querido que tuviera un tiempo a solas con Jake.

—Pero Jake la acompañó a una salita contigua. Sin duda tuvieron tiempo de conocerse mejor. ¿O no fue así?

De nuevo lo observaban. Quiso poner los ojos en blanco e ignorarlas, pero era un acto infantil que solo haría que insistieran con más ahínco.

—Desde luego que no —respondió en tono desinteresado—. La acompañé a la salita y la dejé con una doncella.

—Pues te perdiste en la vuelta, ya que tardaste en regresar —se burló Derek de él.

Sheffield sabía que, cuanta más atención tuviera el mayor de los primos, más tranquilo lo dejarían a él. Con sus primas presentes, la búsqueda de esposa era una batalla campal, no podía Jake enfadarse porque se atrincherara, enviándole el fuego enemigo al duque.

Sabiendo a qué jugaba Derek, miró Avonshire a su primo Nathaniel, dispuesto a pasarle la bomba de relojería que sus primas parecían rifar de unos a otros.

—El maestro de las desapariciones es el barón de Oslow. Dinos algo, Nate, ¿dónde te escondiste el miércoles? Desapareciste de mi vista en Almack's…

—Quizá porque no me mirabas a mí, sino que tus ojos tenían por dueño a cierta señorita —lo atajó.

Pero Derek sentía curiosidad, así que insistió, librando a Jake del escrutinio generalizado.

—No esquives la pregunta, Nate. ¿Dónde diablos te metiste? Pensé que habías tenido el mal gusto, o la valentía, de irte sin despedirte de nadie. Pero apareciste mucho después. Si hubieras huido, no habrías podido entrar de nuevo. Almack's es pequeño,

¿dónde estabas?

—Creo que —opinó Herbert—, si haces un plano con los posibles escondrijos del club de lady Jersey y los vendes, te volverás aún más rico.

Hubo risas.

—Exageráis —restó él importancia a su desaparición mirando a Jake, buscando una tregua.

Si el duque le dejaba en paz, también él olvidaría cómo había mirado a la vizcondesa de Halsey aquella noche, cogido con la guardia baja por primera vez.

Derek pareció comprender y quiso darles un respiro, así que preguntó por dos de las jóvenes de su lista, en las que, sin duda, no tenía ningún interés, haciendo que las Beau se lanzaran a cantar las delicias de una y la riqueza de la otra.

Robert y Jake querían hablar a solas, pero no cometerían la torpeza de desaparecer a solas, no cuando Mary podía verlos y, al día siguiente, convocarles a otro paseo por Hyde Park con nuevas ideas para torturarles.

No obstante, la condesa de Hill era una mujer avispada y sí notó la necesidad de su esposo y su cuñado de intimidad. Pidió a Robert regresar a casa, aquejada de un súbito dolor de cabeza.

Asintió él y pidió al lacayo los abrigos.

—Traiga también el del duque de Avonshire —pidió Helena al mayordomo—. ¿Me acompañarás también tú, Jake, o tienes planes?

Jake hubiera querido besarla.

—Iré contigo, Helena.

Salieron los tres hasta el patio trasero, donde el carruaje esperaba. Se subió ella y los miró, deteniéndolos con un delicado gesto de su mano.

—Imagino que preferiréis ir andando hasta casa. ¿O iréis al club?

Negó el menor de los Seymour con la cabeza.

—Lo llevaré hasta ti en menos de media hora.

Con un saludo, se despidió de la condesa e invitó a su hermano a caminar a su lado. Jake se puso a andar, sabiendo que el otro le seguiría. Pasaron cinco minutos, al menos, antes de que se decidiera a decir algo. Con una burla socarrona, afirmó:

—Tu esposa no quiere quedarse contigo a solas.

Sonrió Robert.

—Mi esposa busca momentos en los que tú y yo podamos conversar sin que ella esté cerca. Extrañamente, está convencida de que tú me echas de menos.

En lugar de un gruñido por su comentario, recibió el conde un guiño de su hermano menor.

—Tu esposa me quiere más que a ti.

Entonces sí, el mayor soltó una carcajada.

—Es posible. O quizá te ha visto fuera de ti mientras saludabas a cierta vizcondesa.

Era el momento de Jake de decidir si quería hablar sobre Claire o dejarlo pasar. Sin embargo, por eso le había pedido que pasease con él, ¿no era cierto? Se pasó la mano por el pelo, tenso.

—Quería saludarla con cordialidad —dijo, frustrado—. No, lo que pretendía era demostrarle… demostrarme a mí mismo, más bien, que el rencor había quedado atrás, que ya no tenía ningún poder sobre mí.

Robert quiso preguntarle si era poder o embrujo, pero no era el momento. Asumir que ella todavía le alteraba era más de lo que esperaba. Creía que escucharía algún tipo de explicación que culpara a la dama del comportamiento del duque. Buscó Robert una forma de justificar la conducta de su hermano, mas no se le ocurrió ninguna, o no una que pudiera decir en voz alta para tratar de

reconfortarle.

—La detesto —siseó Jake, sintiéndose mal al decirlo.

Pero era cierto, cuando pensaba en ella, se revolvía.

—Dicen que del amor al odio hay un paso.

Alzó la vista Avonshire, deteniéndose.

—¿Crees que del odio al amor podría haber otro?

Respiró hondo Hill, eligiendo bien las palabras.

—Creo que es difícil tener sentimientos templados hacia alguien a quien has amado alguna vez.

—¿Amor? No lo creo, fueron apenas dos semanas…

—Hay quien solo necesita un segundo para enamorarse; hay quien no lo logra en toda una vida.

Bufó Jake, reanudando el paseo.

—El té te vuelve filosófico —medio protestó, medio se burló.

—Y yo que creía que estaba evitando muy bien decirte nada definitivo…

No bromeaba del todo y Jake lo supo.

—Dilo —le pidió sin mirarlo—. Di lo que sea, Robert.

—Creo que estás muy enfadado con ella, Jake. No sé si es tu orgullo herido, pero no me lo parece. Nunca le diste importancia a no tener título ni te crees mejor que el resto ahora que eres un duque. Si tu enfado se debiera a haber sido rechazado por ser insuficiente, la despreciarías, pero no te afectaría. No, porque sabes que eres mejor que el título que ostentas.

Hubiera agradecido el comentario, pero no era esa la respuesta que esperaba y quedó pensativo. Se mantuvo en silencio durante todo el trayecto de vuelta. Ya en la puerta de la mansión de los Hill, preguntó a Rob:

—Entonces, ¿es amor?

—Podría ser amor. O posesividad. O tal vez deseo. Eso solo lo

sabes tú, pero no deberías tener prisa en definirlo. Quizá es mejor dejar que pasen las semanas y ver hacia dónde se dirige toda esa rabia.

Quería preguntarle si estaba recomendándole que coincidiera a menudo con ella o si era mejor alejarse y observarla de lejos. Y se moría por contarle que la había besado.

No obstante, y al mismo tiempo, quería guardarse para él todo lo que tuviera que ver con Claire, ya fueran planes o su momento de intimidad. No sabía si por respeto o porque gozaba de que hubiera algo que solo supieran ellos dos, que compartieran un secreto.

Así que palmeó la espalda de su hermano mayor, le dio las buenas noches y se marchó a casa. Tenía mucho en qué pensar. Y el sabor de los labios de Claire, todavía presente, para recordar.

***

Pasaba la medianoche cuando la condesa de Hill entró en su dormitorio. Como imaginaba, su esposo la esperaba, ya en la cama, leyendo.

—Te dije que subiría tarde.

—No dije que no te esperaría despierto. —Abrió las sábanas, invitándola a tumbarse a su lado. Cuando se acomodó Helena, volvió a taparlos y la arrebujó contra su cuerpo—. La cama sin ti es enorme.

Aunque bufó ella, buscó la mano masculina y entrelazó sus dedos con los de Robert.

—¿Qué tal tu paseo con Jake?

No le preguntaría directamente por los sentimientos del menor, los hermanos Seymour eran mejores amigos y la condesa aprendió pronto que era mejor mantenerse al margen y esperar a que fueran

ellos quienes se sinceraran cuando lo considerasen.

—Sin consecuencias, aunque tampoco esperaba que mi hermano hubiera elegido ya a una dama en concreto y fuera a pedirme opinión esta misma tarde. —Calló unos segundos, marcando el silencio antes de continuar, revelando la importancia de lo que fuera a decir—. En verdad, Helena, quería preguntarte qué opinión te merece la condesa de Halsey.

La condesa no era estúpida y había notado la tensión entre lady Claire y su cuñado. No era dada a especular, pero era eso exactamente lo que su esposo le estaba pidiendo que hiciera, así que pensó bien antes de hablar.

—Me gusta la dama. Rachel conoce a los actuales vizcondes…

—Rachel conoce a todo el mundo, más ahora que, como princesa rusa, ofrece siempre el mejor baile de la temporada.

—Como sean —le restó importancia Helena, que sentía un gran afecto hacia las primas de su marido—, vivieron algunos años en la ciudad, y sabe de la vizcondesa viuda… de Claire, a través de ellos. Afirman que es una mujer serena y discreta, y también una madre amorosa. Esta tarde, cuando se ha acercado a agradecernos la invitación y a disculparse por marcharse tan temprano, se ha quedado un tiempo prudencial a charlar con nosotras, asegurándose de no ofendernos. Parece una mujer inteligente que conoce bien su lugar. Hay algo en su mirada que invita a confiar.

—Y ¿sin embargo…?

Rob sabía que había un «pero», lo notaba en la contención de su esposa, en cómo escogía con cuidado cada palabra. Esperó a que ella reflexionase, sin presionar por una respuesta que, finalmente, llegaría.

—No sé si me gusta el efecto que tiene en Jake, Robert. Ya ocurrió en Almack’s. Cuando la vizcondesa aparece, tu hermano se tensa, la

mirada se le endurece y parece desear estar en cualquier otra parte y, no obstante, no puede moverse ni apartar la mirada. No me gustaría que se vieran envueltos en rumores malintencionados por… por la razón que sea que hace que se repelan y se atraigan al mismo tiempo. No digo que sea culpa de la dama, pero sigue sin convencerme la situación entre ambos y, desde luego, estoy del lado de Jake, sea cual sea ese lado.

Asintió el conde, pensativo.

—¿Crees que es mutuo? —Ante la mirada interrogante, especificó —: Has dicho que se atraen y se repelen. Parece que lady Claire podría tener el mismo sentimiento de incomodidad.

De nuevo caviló bien ella antes de responderle.

—No, ella no parece molesta con tu hermano. En sus ojos parece haber nostalgia. ¿Arrepentimiento, quizá?

—¿Tú crees?

Aquel parecía un campo por explorar, se dijo Robert.

—No lo sé, no me hagas caso —dijo, abandonando la seriedad de la conversación y acercándose para darle un beso en la mejilla, amorosa—. No la conozco en absoluto, no puede pretender saber qué pasa por su mente. Olvídalo.

Pero Robert no quería olvidarlo, sino todo lo contrario. Mientras su hermano no supiera cómo comportarse frente a su antiguo amor, él la vigilaría de cerca. Confiaba en no tener que volver a rescatar a su hermano, que, tras dos deslices y la charla de esa tarde, estaría más atento a sus propias reacciones. Al menos mientras hubiera público juzgándoles.

Aunque eso sería a partir de mañana, esa noche tenía planes con Helena. La tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

***

Como sospechara, sus cuñados se molestaron mucho al verla llegar tan temprano. La acusaron de torpe por haberse manchado el vestido y Arthur amenazó con prometer a Anna y acabar cuanto antes con los dispendios de la Temporada que Claire suponía. Acostumbrados a vivir en la ciudad desde que se casaran, ahora que eran los vizcondes de Halsey preferían el campo y decían que ir a Londres era una incomodidad. Ni siquiera Margarite, a quien le gustaba alternar con la nobleza, había salido todavía a ninguna fiesta. Afirmaba que prefería no verla buscar un sustituto para Samuel. En realidad, prefería que sus antiguas amistades fueran a visitarla, reconociendo su nuevo estatus, al tiempo que no se prodigaba en las fiestas, buscando dar una imagen de exclusividad.

Una actitud que a Claire le parecía ridícula.

Como fuera, agradeció aquel enfado porque le permitió cenar a solas. Quería rememorar el beso que había compartido con Jake. No había sido una caricia apasionada, sino más bien un roce destinado a ser recordado para siempre.

¿Había sido una despedida? A Claire no se lo parecía. Para ella se asemejaba, más bien, al inicio de una nueva etapa. O tal vez no, quizá lo que ocurría era que todavía no estaba preparada para decir adiós a Jake. Tal vez volver a encontrarse con él había resucitado sentimientos antiguos. No hacia un joven al que solo conoció durante dos semanas y del que poco o nada quedaba ya, pues el duque de Avonshire ya no parecía un joven lleno de energía e intensidad, pero sí era cierto que ese caballero, más maduro, había despertado en ella la ilusión del romance, las ganas de acicalarse ante la posibilidad de encontrarse en alguna fiesta, el deseo de ser acariciada… Esa pasión que solo él había sabido provocarle.

No, no podía dejarlo ir aún, no cuando acababa de encontrarlo.

¿Pensaría él lo mismo? ¿Se habría sentido conectado a ella del

mismo modo? Lo dudaba, para Jake Claire debía de ser alguien de su pasado. Quería pensar que alguien especial, con suerte; pero no única. Debía de haber docenas de mujeres en su memoria. ¿La recordaría en el presente, acaso, si la hubiera tenido en el pasado?

No lo sabía, pero iba a intentar que aquel fuera su primer beso, no el único. Lo haría por su hija, desde luego, pero, sobre todo, lo haría por ella. Y elegía a Jake porque era un Beaufort, claro que sí, pero porque era, también, el único Beaufort para ella.

# Capítulo 9

Con la idea de seducir al duque de Avonshire paso a paso, Claire se arregló especialmente para el baile de los Rose, que se celebraba en Westminster. Y Jake, que estaba ya allí para cuando el maestro de ceremonias la anunció, la encontró arrebatadora, con un vestido rosa muy femenino que dejaba a la vista una buena porción de la nívea piel de sus hombros y escote. La joven Claire había sido una dama muy hermosa; la vizcondesa viuda de Halsey le parecía una mujer fascinante.

Avonshire la vio entrar en el salón y dirigirse a un grupo de damas con una sonrisa radiante. Jake encontró sus rostros familiares, se dijo; a un par de ellas ya las conocía y a las otras dos se las habían presentado durante el té organizado por su hermana y sus primas en el veintitrés de Regent Street. Eran mujeres de alcurnia de edad similar a la de Claire. Aunque se había prohibido mirarla desde que bajara ella las escaleras, se recreó en su figura mientras descendía, escalón a escalón. Tenía que ser discreto, se recordó; no necesitaba ser el centro de los cotilleos de la alta sociedad, menos todavía el año en el que estaba buscando una esposa.

Esposa.

La palabra se le atragantó, como cada vez que pensaba en el matrimonio. Su mente regresó a la vizcondesa de Halsey y al beso compartido la tarde anterior. Si no tuvieran un pasado común, sería, sin duda, su elección y la cortejaría con ahínco. Con ahínco y con el convencimiento de que podrían vivir juntos un matrimonio satisfactorio; ser felices, incluso. Pero la realidad era que tenían un pasado, que ella había mostrado unas ambiciones desmesuradas y que su orgullo masculino no sería sacrificado con segundas oportunidades.

Se había dicho que había más mujeres, pero no era cierto. Las damas casaderas eran las que eran, no había más. Las debutantes de los años siguientes no le atraerían, tampoco, pues serían demasiado jóvenes para un caballero de treinta años, y no había viudas en su veintena esperando a regresar a los salones una vez pasado el duelo. Su madre y sus tías, por más que pudiera pesarle, habían hecho un magnífico triaje al entregarle aquella maldita lista que, para colmo, sus primas habían depurado.

No, no había más mujeres; y sí, lady Claire Thomas era la mejor elección. Por tanto, erraría al elegir a otra y tendría que vivir con dicho error.

Suspiró y regresó al salón de los Rose. Rodeado de los Beau, que parloteaban animados, se sentía tranquilo. Su hermana le tomó del brazo y, con una sonrisa divertida, señaló a Robert. Miró Jake hacia donde Mary le indicaba y sonrió también. Los condes de Hill, lord Robert y lady Helena, mantenían una charla animada y tenían ojos únicamente para el otro.

—¿Crees que Rob tendría que pedir a lady Claire Thomas un vals? —dijo la menor de los Seymour—. Después de ensuciarle ayer el vestido, es lo menos que debería hacer…

—Pero ya bailó con ella en Almack’s —le recordó Els, que se

acercaba también a parlotear—: Sería extraño que le pidiera otro vals en menos de una semana, habrá murmuraciones poco amables para Helena.

—Tal vez —siguió especulando Mary— si fuera otro miembro de la familia quien lo hiciera… resultaría educado sin resultar sospechoso, ¿no es cierto?

Jake suspiró exageradamente.

—¿Estáis tratando de forzarme a que baile con la vizcondesa?

Mary sonrió con descaro; fue Elizabeth, sin embargo, quien acertó con el siguiente dardo, aunque quizá ni siquiera supiera cuán atinada iba a estar.

—Tal vez podamos forzar a Derek. Mi hermano, después de todo, también tiene obligaciones y…

—Iré —respondió presto el duque, reaccionando al fin, simulando resignación—. Iré un poco más tarde y le pediré un vals —rectificó, al ver que esperaban que comenzara a caminar hacia la dama en ese mismo instante—. Como me habéis dicho media docena de veces, esta noche sonarán cuatro valses, dudo que el carné de una viuda se llene tan deprisa. Ahora está rodeada de otras mujeres y tendría que danzar con todas ellas.

—Eso tampoco sería…

—Perfecto —interrumpió Mary a su prima—. Ve cuando comience a sonar la orquesta. Para entonces, el gentío comenzará a ocupar la pista y algunas de sus amigas también bailarán, así podrás pedírselo a solas.

Se marcharon cogidas de la mano, una vez completada su misión. Si Jake tenía que apostar, irían a torturar a otro de los primos. Vio cómo Robert se acercaba a él y compuso una mirada quejumbrosa.

—No has sido de mucha ayuda —le espetó—, viniendo a rescatarme cuando ya no es preceptivo.

—No me pareció que la necesitases. ¿Es cosa mía o has claudicado en cuanto ha surgido la posibilidad de que Derek…?

—Oh, cállate —lo interrumpió, fastidiado. Al parecer, se había mantenido algo alejado, charlando con Helena, pero atento a él también.

—Por cierto —cambió de tema Rob, pensativo—, ¿conoces al actual vizconde de Halsey?

Se encogió de hombros el menor, poco interesado.

—¿Por qué habría de conocerle? Nos llevamos casi veinte años de diferencia, él no suele ir a White's ni yo a Boodle's y en la Cámara nuestros asientos están alejados.

—Eso pensaba, que no era cercano a nuestro círculo. No obstante, ha pedido una reunión la próxima semana.

—¿Una reunión? —Las alarmas saltaron en la cabeza del duque. No podía ser nada bueno—. ¿Ha dicho sobre qué?

—No.

—¿Vas a recibirle?

Asintió despacio Robert.

—Lo citaré en unos días, sí. No puedo negarme sin una buena razón. Quedaré en el club, no quiero que lo vean entrar o salir de mi residencia o, peor todavía, del veintitrés de Regent Street. Todos los rumores caerían sobre ti.

Jake asintió también, agradecido. Su voz, no obstante, sonó grave.

—No entiendo qué pueda querer de ti.

—Me sorprende que no haya llamado al tío William si es algo relativo a Claire y a tu persona…

—¡Baja la voz! —siseó Jake, molesto—. Y no hay un Claire y yo. —Recordó el beso y se tensó—: ¿Crees que ella habría podido enviar a su cuñado a pedir… a pedir…? —Las palabras se le atragantaban.

—¿A pedir tu mano? —se divertía Robert con su azoro—. No veo por qué no. —Rebajó la sonrisa, serio al ver que su hermano no encontraba divertida una idea tan absurda—. ¿Crees que podría hacerlo? ¿Ha ocurrido algo que haga pensar a la dama que tú podrías estar interesado en ella

—No —negó al punto, tal vez con demasiada vehemencia—. No, nada.

Porque besar a una viuda no significaba nada en absoluto, ¿no era así? Por más que hubiera recordado su dulce sabor hasta quedarse dormido, un beso no implicaba ningún compromiso.

—Como sea —vaticinó Robert—, pronto lo sabremos.

Era cierto y era preocupante. En breve, conocerían las pretensiones del vizconde de Halsey. Y la intuición de los hermanos Seymour rara vez fallaba: algo no iba bien.

***

Claire estuvo charlando durante más de media hora con algunas damas que había conocido la tarde anterior. Le resultó agradable no sentirse aislada en un salón, a pesar de estar este lleno de gente. Cuando la música comenzó a sonar, se hicieron todas a un lado. Tres estaban casadas, una era soltera y ella viuda. No esperaban que muchos caballeros se les acercaran. Los hombres solo bailaban si no podían evitarlo, dejando que muchas mujeres se mantuvieran sentadas mientras la música seguía su ritmo. Pocos eran los que, gentilmente, pedían danzas sin tener ninguna intención más allá de entretener.

Así, los más jóvenes buscaban a damas jóvenes con las que flirtear, los casados se agrupaban en otras salas y los que buscaban esposa, que eran los menos, rondaban a las debutantes. No, poco o

nada tenían que hacer aquellas cinco damas en el salón de baile.

Aburridas, decidieron salir a dar un paseo por el jardín. Podrían charlar sin necesidad de alzar la voz. La luna estaba llena y los senderos principales del enorme vergel estaban iluminados con enormes quinqués. Una caminata nocturna resultaría refrescante.

El duque de Avonshire las vio salir y las siguió. Pudo cruzarse con ellas de manera casual cuando emprendían uno de los caminos principales.

—Miladies —las saludó, cortés. Respondieron ellas con una sonrisa nerviosa e hicieron una ligera reverencia. Debió de extrañarles verlo solo, pero no dijeron nada. Se dirigió él directamente a la vizcondesa viuda, el tono firme, la mirada también—. Lady Claire, quería disculparme de nuevo por el incidente de ayer en nuestra casa.

A punto estuvo ella de preguntarle si se refería a que su hermano derramara sobre ella el té o que él la besara. Si era por el té, no tenía sentido que se disculpara en nombre del conde de Hill; si era por el beso… Si se disculpaba por besarla cuando ella había estado despierta hasta el amanecer recordando cada detalle de sus minutos a solas … Se obligó a demudar el rostro y a responder con recato.

—Está todo bien, milord, no hay nada que disculpar.

El resto se unió a las exculpaciones en un coro. Agradeció Avonshire las defensa con un gesto antes de continuar.

—Igualmente, sería un honor que me concediera un vals, vizcondesa.

A las otras damas les debió de parecer lo correcto, porque asintieron y se adelantaron, dejándolos a solas por un momento. Aún faltaban un par de piezas para el vals, supusieron todas que él anotaría el nombre en el carné de la dama, cruzarían las últimas frases de rigor y bien Claire acudiría a buscarlas, bien regresaría al salón del brazo del duque.

Ella entregó su carné a Jake, pero no le miró. Sus ojos seguían las espaldas de las otras, que estaban a punto de desaparecer por un sendero lateral.

Cuando le devolvió la libretita, entonces sí, lo contempló. Sus ojos le devolvían la mirada con intensidad.

—¿Daría un paseo conmigo?

Sin esperar respuesta, tiró de su mano con suavidad, la colocó sobre su brazo y la dirigió en sentido contrario al de las mujeres que la habían estado acompañando.

—Esto… no creo que sea conveniente.

No respondió el duque, siguió caminando hasta llevarla a un lugar tranquilo, no demasiado alejado para resultar sospechoso, pero sí con cierto grado de intimidad. La detuvo y la colocó frente a él. Por más de un minuto se dedicaron a observarse, a buscar en el otro a quien conocieran ocho años atrás.

Jake encontró la misma belleza en Claire: los ojos grandes, azules, enmarcados por unas espesas pestañas oscuras; la nariz recta, fina y graciosa, acabada en una punta respingona; la boca llena, sensual. Aunque lo más destacable continuaba siendo su piel. Tras ocho años, seguía siendo clara, tersa y llena de luz. Sí, el rostro de Claire seguía brillando. Emanaba ella, sin embargo, una serenidad que no recordaba. Siempre le pareció que estaba nerviosa, que, si la tocaba, saltaría, tan tensa la veía. Esa noche, sin embargo, parecía tranquila, como si pudiera pasar horas mirándolo sin inmutarse.

Se acercó un poco más a su cuerpo. La tarde anterior, cuando la besó, se había aproximado lo suficiente a Claire para captar su perfume, un suave olor a jazmín que se le había quedado grabado en la nariz. Necesitaba olerlo de nuevo. Quedó a menos de diez centímetros de ella, sus ojos pegados a los iris azulados que parecían responder a su mismo anhelo en tortuoso silencio.

Habló sin pensar, confesando sus dudas sin reflexionarlas, siquiera:

—¿Qué te ha traído a Londres, Claire?

Sería maravilloso que le dijera que había ido a buscarle. Su orgullo, maltratado, se sabría acariciado. ¿Podría perdonarla si afirmara haberlo añorado durante años, si le decía que lo había anhelado cada día? No lo sabía, ni quería pensarlo.

Vio cómo la mirada de la dama bajaba a sus labios y se sintió hipnotizado por el deseo que destelleó en sus pupilas. Las palabras podían mentir, los ojos no.

Claire había temido y esperado un momento a solas con él. Tras el beso de la tarde anterior, quería tener la oportunidad de unir sus labios de nuevo, pero le daba miedo ser rechazada. Cuando la detuvo frente a él en aquel pequeño claro del jardín, se embebió de Jake. Si había sido guapo, ahora destilaba un atractivo imposible en un muchacho recién llegado de su *Grand Tour*. Su mandíbula era más afilada, su mirada más aguda y su boca… Bajó la vista hasta su boca porque él habló, porque le había preguntado. Y sus ojos se perdieron en ella.

Hubiera debido meditar su respuesta, decidir con antelación qué decirle y qué callar. Pero no podía pensar, en ese momento solo podía mirar cómo sus labios se movían, los mismos labios que habían acariciado su boca la tarde anterior.

Sin una respuesta que dar y con el cuerpo de repente anhelante, se acercó a su rostro. Se puso de puntillas y alzó la barbilla para intentar llegar a él. Si Jake bajaba hacia ella, si hacía el ademán de besarla…

Vio cómo, poco a poco, los ojos oscuros del duque se deslizaban hasta su boca y sintió, más que vio, cómo se agachaba, buscándola.

Cerró Claire la distancia que los castigaba y unió sus labios,

deseosa. No necesitó él más señales. Tomó el control del beso y, a diferencia de la tarde anterior, no se contuvo. Pidió permiso con la lengua para adentrarse en la dulce boca que se le ofrecía y lamió sus labios para abrirse paso y, acariciante, tomar todo lo que ella quisiera regalarle. Suspiró contra ella y le mordió apenas el labio superior, profundizando después el beso hasta, prácticamente, saquear su boca.

Excitada, gimió y se acercó más al duque, deseosa de sentir su cuerpo. Sus manos se aferraron primero a los anchos hombros para vagar después por la espalda, la cintura y regresar hasta su cuello y su nuca, acariciando sus mechones, tirando con suavidad de los mechones.

Fue él quien rompió el contacto. Se separó con brusquedad de Caire, consciente de pronto de dónde estaba y del riesgo que suponía dejarse llevar por la pasión en el jardín de los Rose.

Viendo la mirada desolada que le devolvió al verse apartada, regresó a su boca con un beso dulce, suave, que duró unos segundos antes de retirarse definitivamente.

Eran un caballero adulto y una viuda; nadie les requeriría nada. Serían, eso sí, criticados durante aquella temporada y las siguientes por su indiscreción. Si bien la alta sociedad era permisiva con determinadas situaciones, exigía, a cambio, una discreción extrema.

—¿Jake? —preguntó Claire, incapaz de descifrar su mirada.

—Deberíamos entrar. Pronto sonará nuestro vals.

No era la respuesta que necesitaba. Claire no sabía, en realidad, qué había esperado escuchar. Aun así, se sintió feliz. Aquel beso, el duque de Avonshire, la hacía sentirse mejor y, dadas las amenazas de su cuñado, apreciaba cualquier dosis de optimismo.

Tomó el brazo que le ofrecía y regresaron al salón en silencio.

***

Los alegres tresillos llenaban el enorme salón. Las parejas se mecían con gracia al compás de la música.

—Dime con exactitud qué es lo que estoy viendo, por favor —le pidió Mary a su esposo, el marqués de Herbert.

—Es curioso que me preguntes algo así cuando hace años que debutaste, querida. Verás, los dueños de una mansión se convierten en anfitriones cuando eligen celebrar un evento. En este caso, los Rose han decidido abrir la mayor sala de su casa, la reservada a las grandes fiestas, para que unos músicos…

—¡George! —protestó, a pesar de que las comisuras de sus labios tiraran hacia arriba en una sonrisa divertida—. Sabes a qué me refiero.

—Preferiría no contestar —se excusó el marqués.

Quiso huir, pero su esposa le tomó de la mano. Ni siquiera necesitó aprehender con fuerza, solo con rozarle fue suficiente para que detuviese su huida.

—Tu hermano me cae bien, Mary, no quiero participar en ningún plan para…

—Precisamente porque mi hermano te cae bien y no quieres urdir ningún plan, dime si lo que estoy viendo es cierto. Si voy a meterme de lleno en ese plan que tú ignorarás, quiero que me confirmes que estoy eligiendo correctamente.

—Jake no te lo agradecerá.

—Jake no sabe lo que le conviene.

Rio George. Al parecer, los Seymour estaban convencidos de saber qué convenía a sus hermanos. Así había sido con él años atrás, cuando le habían advertido que mantuviera distancias y a Mary que mirara hacia otro lado que no fuera el marquesado de Herbert.

—Por favor —insistió ella, que confiaba plenamente en el criterio de su marido.

Suspiró George, vencido.

—Veo al duque de Avonshire bailando el vals con la vizcondesa viuda de Halsey. —Ante el silencio de Mary, que seguía esperando, continuó, resignado—. Veo a tu hermano sonriendo a una dama como si tuviera veinte años, no treinta. Y a la dama en cuestión mirando a tu hermano como si no existieran más hombres en la Tierra que él. ¿Te parece suficiente?

A pesar de no querer involucrarse, tenía que reconocer que su cuñado parecía… feliz. Jake, un caballero comedido que rara vez mostraba emociones en sociedad, que únicamente sonreía a su familia, bailaba con una mujer preciosa como si ambos estuvieran solos en el salón. Y no debía de ser el único que se había percatado. Miró a su alrededor y vio que los otros primos observaban también con creciente curiosidad hacia el menor de los Seymour.

—Es más que suficiente. —La satisfacción en la voz le devolvió la atención hacia su esposa—. Es mucho más que suficiente.

Que Dios se apiadara de lord Jacob Seymour, porque su hermana no tenía ninguna intención de mostrar clemencia.

# Capítulo 10

Se despertó temprano, pidió un sencillo vestido de mañana y se dispuso a pasear hasta el Serpentine sin acompañante. Sus cuñados se molestarían si se enteraban de que había salido sin una chaperona y la sermonearían, pero era ya una viuda, podía permitirse la licencia siempre que fuera acompañada de discreción.

Siguiendo una intuición ridícula, llegó al pequeño río artificial en el corazón de Hyde Park. Ocho años atrás, y durante dos semanas, en los catorce días que había compartido con Jake cuando se conocieron, habían acudido ambos a aquel lugar cada mañana para verse a escondidas. Su chaperona de entonces había sido cómplice de aquellas inocentes citas, tanto como el hermano mayor de él, dándoles la posibilidad de poder hablar y conocerse mejor sin la presión de docenas de matronas con ojos vigilantes juzgando cada gesto, cada palabra que se cruzaban.

Había llegado sin esperar encontrarlo, no habían quedado y no estaba segura de que Avonshire recordara sus antiguas citas, siquiera. No obstante, sentía el estómago inquieto ante la idea de que también él rememorara aquellos días de juventud y acudiera, aun sin haber sido citado, guiado por la nostalgia. Cuando lo vio, al

otro lado de un pequeño puente de madera, el gozo la superó y le dedicó una gran sonrisa, el rostro iluminado, los ojos a rebosar de felicidad. No temió reflejar el deleite que sentía.

Jake, como ella, se había despertado antes de las ocho de la mañana y había decidido visitar el pequeño río de Hyde Park, guiado más por la esperanza que por el convencimiento. La sonrisa que recibió de Claire a cambio de su apuesta le pareció el premio mayor.

—Buenos días —la saludó, como si fuera natural encontrarse tan temprano cuando la velada había finalizado pasadas las tres de la madrugada.

—Buenos días —le respondió ella, tímida de pronto.

Lo alcanzó y se colocó a su lado, sin saber qué más decir. Pasearon en silencio, rozándose las manos de vez en cuando, cómodos en la compañía del otro, conscientes de cada paso.

Ninguno de los dos quería hablar del pasado, que los había separado, ni del presente, que parecía tener intenciones similares. Era más sencillo no hablar o comentar menudencias de la alta sociedad que hablar de lo que sentían. Seguramente, porque ninguno de ellos estaba seguro de nada en aquel momento.

Así que caminaron más de una hora disfrutando de la quietud de la mañana y de su mutua compañía. Cuando algunos caballeros con sus monturas comenzaron a cabalgar por Hyde Park, se despidieron, alejando los cotilleos, pero también el deseo.

No había necesidad de decirlo: al día siguiente se volverían a encontrar a la misma hora.

***

Claire deambulaba por la casa, había estado leyendo para Anna hasta que se había quedado dormida. Aquella noche no había

ninguna velada imprescindible y, aunque anhelara salir a una u otra mansión de la ciudad y encontrarse con Jake, como cada noche desde que se besaran por primera vez, ese día Londres solo ofrecía charadas en alguna fiesta más íntima o el teatro, y ninguna de las dos opciones le atraía.

No, porque en grandes eventos siempre podía bailar con el duque de Avonshire o, si no se daba la ocasión, podían escaparse a pasear y besarse unos minutos en el jardín. Pero en una reunión pequeña sería imposible; a lo sumo podrían charlar. Y una conversación era precisamente lo que más deseaban evitar. Ambos lo hacían, se dijo Claire, no solo ella; había notado la incomodidad del duque, los silencios cargados de preguntas. Incluso los paseos matutinos por el parque comenzaban a resultar incómodos. ¿De qué podían hablar sin romper la burbuja en la que vivían? Se tomaban las manos cuando no los veían y, en los bailes, aprovechaban el bullicio para alejarse y se besaban. Ninguno se atrevía a más de un beso robado porque una mayor intimidad podía suponer un avance no sabían muy bien hacia dónde.

Suspiró, frustrada.

Una vocecilla interior le decía que estaba perdiendo el tiempo, que Jake nunca se fijaría en ella; que, si mantenía las distancias con ella, no era por respeto o prudencia, que la alejaba por el rencor que todavía le guardaba. No dudaba de su interés, siempre supo que Jake se sentía atraído por ella y aquello no había cambiado, nunca ocultó su deseo ni lo hacía ahora. Pero, si bien a los veintidós años aquel caballero era respetuoso en su afecto, lo que lo detenía a los treinta no era el decoro, sino la rabia.

¿Qué diablos estaban haciendo Claire, entonces? ¿Creía que el tiempo suavizaría ese rencor? ¿Tenían ese tiempo, acaso? Él necesitaba una esposa, el año siguiente debutaría la hija mayor del

anterior duque, lady Daisy, y sería Avonshire el encargado de acompañarla. Requería de una duquesa para ello.

Y ella necesitaba un esposo. Sí, un Beaufort sería perfecto porque contaría con la aprobación de los Thomas, pero si hallaba a otro hombre que se comprometiera a asegurar el futuro de Anna y, al mismo tiempo, el presente de Claire, no dudaría. No, como rezaba el dicho, los mendigos no podían elegir y ella se hallaba entre la amenaza de lord Arthur de prometer a su hija y la de ser despojada de todo lo que tenía si no cumplía con las exigencias de los vizcondes de Halsey.

Siendo esos sus mayores problemas y sabiendo cómo solucionarlos de una manera rápida y efectiva, ¿por qué seguir viéndose con Jake? Él no iba a pedirle matrimonio y, mientras lo mantuviera cerca, no podría dejarse cortejar por otro caballero. Pero alejarle le parecía una misión superior a sus fuerzas. El duque de Avonshire generó en ella necesidades desconocidas: la ilusión de un encuentro, el deseo de su contacto, el sueño de un noviazgo, y, ¿quién sabía?, tal vez la quimera de un matrimonio feliz.

Tenía que apartarlo de sí, era consciente, tanto como sabía que tendría que ser él quien la apartara. Porque, mientras quisiera estar Jake cerca de ella, Claire quería seguir creyendo que tenían una posibilidad de estar juntos.

Si era amor o una necedad, no lo sabía, pero se aferraba a ello tanto como a la creencia de que el vizconde de Halsey no era un hombre cruel y que solo la amenazaba por el deseo de que el centenario título de su casa no cayera en manos de Jorge IV, pero que jamás sería capaz de condenar para ello a la única hija de su hermano.

***

Jake decidió que aquella noche se quedaría en casa. No había ningún baile esencial y necesitaba pensar, lo que no sería capaz de hacer si coincidía con Claire en alguna de las pequeñas reuniones que se habían organizado para la velada. Porque, si decidía aceptar alguna de las invitaciones que había recibido, entonces la buscaría. Así que se había quedado en su mansión en Berkeley Square, condenado a una noche de soledad.

Su hermano Robert, sin embargo, debió intuir sus intenciones, pues le conocía bien. Así pues, a media tarde, el conde de Hill se presentó en su casa sin avisar. Y no era una visita inocente, como supo enseguida Avonshire. Tras los cuatro comentarios de rigor sobre Helena y Mary, el mayor de los Seymour preguntó al menor, a bocajarro:

—¿Sabes lo que estás haciendo con Claire, Jake? ¿O estás improvisando?

No simuló no saber a qué se refería. Pero no respondió. No lo hizo no porque no quisiera, sino porque desconocía la respuesta.

—La semana pasada, temprano en la mañana, os vi en Hyde Park —insistió Rob, especificando aun sin necesidad—, bordeando el Serpentine.

—¿Fue casualidad que nos vieras? ¿O me estás controlando?

Puso el conde los ojos en blanco.

—¿De veras crees que te espiaría? No tienes una vida tan interesante, me temo. Tamaño esfuerzo, si es que decidiera hacerlo, se lo dedicaría a Nate, cuyas entradas y salidas siguen siendo una incógnita. Pero ¿a ti? ¿Por qué lo haría, cuando es obvio que puedo preguntarte qué estás haciendo siempre que quiera saberlo?

A pesar de todo, Jake asintió. En efecto, su hermano podía interrogarle cada vez y él siempre respondería con honestidad. Aunque en aquel momento la contestación que le tiraba de la lengua

fuera un «vete al diablo, Robert».

—Así que nos viste una mañana en el parque.

—Y he dado por sentado que seguís viéndoos todas las mañanas. —Silencio—. Como cuando quedabais hace ocho años, cuando ella debutó. Cuando todos debutamos, en realidad, pues también nosotros acudíamos por primera vez a la Temporada, tras el *Grand Tour*. —Más silencio—. Y no, tampoco te espié entonces, es que tenía que acompañarte para darte una coartada —acabó bromeando, buscando alguna respuesta, aunque fuera ligera.

—Rob —le pidió.

No quería recordar lo ocurrido años atrás. Pero aquel era el punto de partida para la conversación que el conde quería tener, así que Hill insistió, aun rebajando el tono, no queriendo que el menor se pusiera a la defensiva. Cuando Jacob Seymour se sentía atacado, la conversación finalizaba en una discusión o una huida.

—Los únicos que sabemos lo que ocurrió somos Claire, tú y yo —afirmó Hill.

—Supongo.

Bufó Rob.

—Te lo estoy confirmando, Jake: nunca le he contado a nadie lo que pasó. Ni a Mary cuando me preguntó al debutar hace pocos años por qué eras tan reticente a las mujeres, ni a Helena ahora que te ha visto interactuar con la vizcondesa y se ha dado cuenta de que algo ocurre.

Alzó una ceja Jake, interesado a su pesar.

—Dudo que Helena te haya preguntado nada. Hablaría conmigo si tuviera tanta curiosidad.

Era cierto, así que el mayor no lo discutió. Prefirió seguir su guion. Si el otro quería saber qué había visto la condesa, que preguntase.

—Lo que quiero decir es que, si decidieras cortejarla, nadie podría

opinar sobre vuestro pasado porque nadie lo sabría. Ni juicios de valor ni reproches… nada. Sería tu decisión y seguramente todos la celebrarían.

—Tú lo sabes —respondió, demasiado deprisa.

Responder con una obviedad no era la mejor opción, se reprochó Jake. Robert podía recrearse en su discurso.

—Lo sé, pero yo nunca juzgaría tu matrimonio. Ni la juzgaría a ella, tampoco —añadió, antes de seguir—: Si decís que queréis… si decides darte una segunda oportunidad, tienes todo mi apoyo. Y también ella. Si es a Claire a quien eliges, entonces es a Claire a quien elijo también yo para ti.

Avonshire no sabía qué decir. Meditó mucho sus siguientes palabras.

—Seguiría sabiendo qué fue lo que pasó hace ocho años. Yo me juzgaría.

—¿Por qué habrías de ser duro contigo mismo? —le inquirió Rob con amabilidad—. ¿Te importa tanto aquel pasado como para condicionar tu presente?

Jake se encogió de hombros.

—¿Debería importarme?

—Si es orgullo herido, entonces no. Si es, en cambio, falta de confianza en la consistencia de los sentimientos de la dama, entonces, honestamente, no sé cuánta importancia tienes que darle.

Se conocían bien, Jake supo leer entre líneas.

—Hablas de la consistencia de sus sentimientos, pero no dudas de la veracidad de los míos. Eso, hermano, me parece poco amable.

—Mis disculpas, pues. Pero Jake, esta es la primera vez en ocho años, desde que ella se casó, que te veo interesado en una dama, la que sea —No, Jake no había sido un santo, desde luego que había habido mujeres; pero ninguna había despertado ilusión en él—. A los

veintidós no supe si tus intenciones, si tus sentimientos podían ser definitivos o no. Éramos unos críos que creíamos saberlo todo. —Jake soltó una risa seca al escuchar lo que Rob le decía; era cierto, habían creído saberlo todo y se habían estrellado con una sociedad estricta y exigente—. No obstante, ahora te veo con ella y veo un interés en tu mirada que no reconozco, que no existía entonces. Es algo más que interés, es… no sé describirlo.

—¿Dirías que estoy enamorado? —espetó en tono de mofa.

Robert no quiso definir los sentimientos de su hermano, no había ido allí para decirle qué sentir, sino para apoyar lo que fuera que el corazón le pidiera.

—Diría que aún te falta mucho para llegar a mi nivel con Helena —bromeó, como si fuera una competición y no su futuro lo que se apostara.

Rio Jake, relajando los hombros. No había notado cuán tenso estaba a la espera de una respuesta sobre su amor que, afortunadamente, no había llegado. Y era cierto, los condes de Hill estaban tan enamorados que, en ocasiones, verlos le producía empacho. No, no era ese tipo de amor el que él sentía. Quizá algo incipiente, quién sabía, pero no el amor maduro de Rob.

—Bueno, dame tiempo —respondió, jocoso, aceptando el reto.

Tal y como lo dijo, se arrepintió de su precipitación. Sí, en cuanto lo había pensado se había dado cuenta de que, si se dejaba llevar, acabaría tan enamorado de Claire que también él causaría empacho a otros. Pero ¿quería amar así a alguien que le había hecho tanto daño? Ya no tenía veintidós años ni era un joven despreocupado, era un duque con obligaciones que esa temporada estaba planificando el resto de su vida.

Callaron ambos, un silencio cargado de significado.

Robert sirvió un par de brandis antes de seguir hablando, dejando

a su hermano a solas con sus pensamientos durante un par de minutos. Regresó a la conversación cuando dejó las copas sobre la mesa, llenas. No necesitó especificar a qué se refería, los Seymour estaban acostumbrados a seguir dos conversaciones al mismo tiempo; a su hermana Mary le encantaba hacerlo.

—Tiempo es, precisamente, lo que no tienes, Jake.

Cayó una vez más el silencio. Robert no quiso presionar más, había dado mucho en qué pensar al menor.

Cambió, pues, de tema, y parlotearon de naderías durante un buen rato mientras se bebían sendas copas . Una hora más tarde, Robert regresaba a su casa.

Avonshire quiso servirse un poco más de licor, pero se recordó que, si al día siguiente quería ir al Serpentine, era mejor no excederse con el alcohol.

¿Quizá lo mejor sería no reunirse con ella?

Si seguía viéndola, ignoraría al resto de damas a las que, según su madre y sus tías, debía valorar también como posibles esposas. La temporada podía hacerse eterna, sí, pero podía también transcurrir en un suspiro y, como le había recordado su hermano, maldito fuera, no tenía demasiado tiempo ya.

Si no estaba casado para cuando Daisy debutara, a su sobrina, de cualquier forma, no le faltaría ayuda femenina; eran muchas las primas que se ofrecerían a patrocinarla. Recordó el compromiso que había adquirido con su tío William y se reprochó no estar atendiendo. Sería una irresponsabilidad por su parte, como tutor y como duque de Avonshire, no tener una esposa que lo ayudara a guiar a las florecillas Warrior.

¿Qué hacer?, se preguntó. ¿Estaba siendo demasiado egoísta o realmente existía una oportunidad, aun pequeña, de que fuera Claire esa dama?

Cuando se acostó, horas más tarde, seguía perdido. Tampoco al despertar halló respuestas a sus dudas. Prefirió pasar la mañana en casa. No salió, pues, a Hyde Park como había hecho durante toda la semana.

No fue a verla.

# Capítulo 11

Tampoco acudiría Jake a ningún baile esa noche. Su cabeza seguía estando hecha un lío. Seguir buscándola, compartir con ella besos y alguna caricia robada, desear más cuando no sabía qué podía ofrecer constituía el peor de los errores. No solo heriría a Claire, sino que también se haría daño a sí mismo.

Así que decidió ir a White's a leer el periódico vespertino y, si se encontraba con algún amigo, cenaría allí. Enfilaba la calle Saint James, levantó la vista y vio a Robert. Sonrió, contento, pero la alegría le duró poco. Su hermano mostraba un semblante adusto, que se oscureció más todavía al reconocerlo. Preocupado, Avonshire preguntó en cuanto le dio alcance:

—¿Qué ha ocurrido?

Miró el conde a un lado y otro de la calle, reconociendo a algunos de los transeúntes. Había demasiada gente.

—Aquí no —respondió, negando con la cabeza.

Asintió Jake y dio la vuelta, regresando con él donde fuera que lo llevara.

—¿Helena…?

—Aquí no, Jake —insistió, mortalmente serio.

Cuando llegaron a la mansión de los Hill, entregaron sus abrigos y sus sombreros al mayordomo. Pidió Robert que avisaran a su condesa de que la esperaban en el estudio. El duque se puso en lo peor. Se obligó a mantener la calma hasta que Helena entró. La sonrisa de la condesa a su esposo a modo de saludo se desvaneció enseguida; el rostro de su marido no invitaba a la alegría.

—¿Qué ha ocurrido?

Entonces sí, estando ya los tres a solas y a puerta cerrada, respondió Rob.

—He ido a White's esta tarde, quería hablar con uno de los ministros… no os aburriré. Me he encontrado allí al vizconde de Halsey. —Al escuchar aquel nombre, Jake se tensó. Esperaba que su hermano lo mirara a él, dado que estaba convencido de que su nombre habría surgido con frecuencia en la conversación; no obstante, era a Helena a quien dirigía toda su preocupación—. Me ha propuesto un matrimonio concertado ¡para nuestro hijo! —terminó, entre la indignación y la furia.

Se hizo un silencio pesado en la enorme biblioteca, Helena y Jacob asumiendo lo que acababan de escuchar, Robert tratando de contener su rabia.

—Pero… pero los Halsey no tienen hijos —razonó la condesa, tratando de entender a qué podía referirse su esposo.

Además de que el pequeño William aún no había cumplido dos años de vida. ¿De qué podía estar hablando Robert, entonces?

—Tienen una sobrina. —Por fin, se giró para mirar al duque, aclarando aun sin necesidad—. La hija de lady Claire Thomas.

Sintió Avonshire cómo un escalofrío lo atravesaba.

—¿Estaba ella…?

—¿En White's? —espetó, incrédulo, el mayor. Pero el mal tono se debía a su irritación, no a la pregunta; se forzó a serenarse, o a

intentarlo, al menos—. No creo que la vizcondesa viuda esté de acuerdo en prometer a su hija de dos años con nadie, ni siquiera con un Beaufort. —No presumía de linaje, su tono estaba cargado de ira —. Si lady Claire hubiera estado de acuerdo, imagino que me habrían invitado a una cena en su casa y ella hubiera estado presente. Así, solo me cabe pensar que el vizconde trama algo o que la dama está sometida a su voluntad.

Recordó Jake que, días atrás, había pedido lord Arthur Thomas a su hermano una invitación a verle. Intentó controlar su enfado.

—¿Por qué has quedado en White's con él? Entiendo que no quisieras invitarlo aquí, pero es un asunto complicado. ¿Os ha escuchado alguien?

—¡No había quedado con él! —Se sulfuró Hill, sabiendo que lo había acorralado, abusando de la buena educación propia y la exigida en el club—. Venía con el marqués de Quinton, creo. No lo sé, pero me ha visto y me ha pedido unos minutos. No podía negarme por más que lo hubiera deseado.

—¿Por qué querría casar a su hija con nuestro pequeño? —quiso saber Helena, que no entendía nada, preocupada.

Bufó su esposo.

—Por el título.

—¿El de condesa de Hill? —casi bramó Jake.

El tono del menor de los Seymour al preguntar hizo que los condes se volviesen a mirarle. Había una rabia apenas contenida en su voz y los ojos, achicados, parecían arder.

—No —lo tranquilizó al punto Rob, entendiendo la furia de su hermano.

Años atrás Claire rechazó la propuesta de matrimonio de un joven Jacob en Almack's. No fue la mejor idea del ahora duque hacer una proposición desesperada en el club donde más cotillas había por

metro cuadrado. Recibió una negativa firme, suficiente.

No pareció estar de acuerdo la dama con dicha contundencia, pues envió a la mañana siguiente una misiva pulcramente escrita donde explicaba las causas de su rechazo: no se casaría con el heredero de repuesto de un conde, un joven que no tenía nada que ofrecer, cuando podía casarse con un hombre —la palabra hombre subrayada, en contraposición a joven, que era como le había definido a modo de insulto— con título, fortuna y madurez. Quiso el destino que, pocos meses después, muriera uno de sus tíos, el duque de Avonshire, sin descendencia masculina de sangre y la reina Carlota concediera sus privilegios a lord Jacob Seymour, pasando de ser un caballero encantador, pero sin futuro, al mejor partido de la sociedad inglesa.

Si repetía la vizcondesa viuda ese mismo patrón ahora, si buscaba Claire para su hija lo que había rechazado ella… no estaba seguro de la reacción de Jake hacia la dama, pero sí sabía, no obstante, que le costaría superarlo.

Tenía Robert la sensación de que Avonshire parecía volver a confiar en ella, querer darle una oportunidad de enmendar lo sucedido. Y, como le dijera la noche anterior, volvía a verlo ilusionado de algún modo. Aquello, de algún modo, rasgaría el alma de Jake.

—No —insistió, pues, el conde, buscando que el otro se calmara —, es lo contrario. Los Halsey no tienen herederos varones, así que si Anna… la sobrina de lord Arthur, se casara con nuestro hijo, su descendencia podría apropiarse el vizcondado que, de otro modo, irá indefectiblemente a Prinny.

—¿Sabe el rey que conspiran contra su erario? —ironizó Jacob.

—Lo consideraría traición, de saberlo —se burló Rob.

Desearon los dos hermanos denunciar ante Jorge IV al vizconde.

Si bien no era delito, enfadaría mucho a un monarca endeudado saber que uno de sus súbditos le negaba una herencia que por ley le correspondía y que necesitaría siempre.

Helena seguía tratando de encontrar sentido a aquel despropósito.

—No entiendo muy bien cómo heredaste tú, cuñado, pero ¿no sería lo mismo si se casara lady Claire contigo, con Nate o con Derek?

Preguntó sin pensar, sin recordar que unas noches antes había hablado con Robert sobre la extraña atracción entre Claire y Jake. Tras aquella conversación se había convencido de que había una historia antigua y desconocida entre ambos. La cara de Avonshire ante su cuestión le confirmó que debía haber callado. Arrepentida, quiso paliar el impacto de sus palabras:

—Quiero decir…

—Así sería, en efecto —le contestó el duque con voz cortante.

De nuevo callaron todos. Fue Robert quien quiso aplicar algo de lógica a la situación. Era quien más tiempo había tenido para asumir aquella estupidez.

—¿Creéis que lo haría?, ¿que lord Arthur Thomas regalaría a la única hija de su difunto hermano? Su cuñada, la madre de la niña, vive con ellos, por el amor de Dios.

—La prima Rachel dejó caer, cuando acabó el té del otro día, que la relación de lady Claire con sus cuñados no es buena.

—Eso explicaría por qué siempre acude sola a las fiestas.

—No lo explica, de hecho, hay quien se pregunta qué está ocurriendo —refutó Helena—. Es la nueva vizcondesa, el luto ha acabado y han venido a Londres. Debería desear que sus amistades la reconocieran por su ascenso social.

Se tragó Jake una mala respuesta. ¿A quién le importaba si aquella dama era una esnob o no?

—Como sea —respondió, en cambio, inquiriendo—, ¿estaríais dispuestos a prometer a mi sobrino por un título?

—¡Desde luego que no!

La respuesta fue gritada al unísono.

—Así se lo he dicho a Halsey.

Lanzó entonces una mirada de disculpa a su esposa; debería haberlo consultado con ella, era, después de todo, el hijo de ambos. La condesa hizo un gesto de aprobación. ¿Qué había que hablar, después de todo? El pequeño William aún no había cumplido ni dos años.

Jake dejó de escuchar y se concentró en su rabia.

¿Sabría Claire de todo aquel complot? ¿Se habría acercado a él en busca de consolidar el título de los Halsey en caso de que los condes de Hill no aceptaran el compromiso de sus hijos? ¿O se había acercado a él, en cambio, para librar a su hija, de apenas dos años, de un compromiso forzoso?

Como fuera, lo que parecía claro era que no habían sido sus encuentros algo inocente o fruto del deseo de reencontrarse, sino que había mucho más tras ellos. Sin saber cómo sentirse, no queriendo justificar a una madre, pero tampoco maldecirla, decidió afrontar la situación con ella.

Con ella, mas no a solas, no confiaba en sí mismo, no en lo que a Claire se refería.

—Helena, ¿podrías invitar a lady Claire a cenar mañana por la noche?

Asintió la condesa, dubitativa.

—¿Solo a ella?

No quería invitar a los vizcondes de Halsey, menos todavía después de lo que acababa de escuchar. Pero si Jake se lo pedía, haría de tripas corazón.

Suspiró Avonshire.

—También a Mary y a George.

—Podría dar mucho que hablar si invitamos a una dama, y solo a una, a cenar con todos los Seymour —se vio obligada a explicar la condesa.

—Que se vayan todas las cotillas de Londres al mismísimo infierno —siseó él.

Se miraron los Hill y asintió Helena.

—Seremos discretos.

Salió ella de la biblioteca y se dirigió a su salita privada, donde se sentó en el escritorio a enviar una carta a la residencia de los Halsey y otra a la de sus cuñados, los marqueses de Herbert.

Pidió antes al mayordomo que enviara algo de cena a la biblioteca. Había dejado a los hermanos Seymour a solas en el enorme estudio, si no comían pronto, acabarían borrachos, algo inusual en ellos. Aquella extraña petición los había alterado como no creía Helena posible. Cuando un hermano se tensaba, el otro aflojaba. Esa noche, en cambio, el mal humor de ambos parecía estar al rojo vivo.

Se reunió también la condesa con el ama de llaves y la cocinera, la intuición le decía que debían esforzarse mucho la noche siguiente.

***

Llegó a la mañana siguiente a la mansión de los Halsey en Mayfair una elegante nota de los condes de Hill a nombre de lady Claire Thomas. No se atrevió a abrirla lady Margaret, pero sí la apartó de la bandeja de correo. Esperó hasta que regresó Claire del parque y pidió al servicio un té para entregársela en la pequeña salita donde solía refugiarse. Se apoyó Margaret en la puerta, bloqueando en cierto modo la salida, quieta, a la expectativa. Mientras la más joven

no abriera la misiva y revelara su contenido, no se iría la otra.

Resignada, la abrió. Leyó el contenido dos veces. La primera muy deprisa, como si fuera a hallar en aquel papel la razón por la que no había visto al duque de Avonshire en dos días. La segunda vez lo hizo más despacio.

—Es una invitación para cenar esta noche en la casa de los condes de Hill.

La observó su cuñada con el ceño fruncido.

—No sabía que hubiera un baile allí.

Suspiró Claire, no queriendo prolongar aquella conversación más de lo necesario.

—No lo hay. Es solo una cena.

La envidia asaltó a Margaret. Los Beaufort invitaban a la vizcondesa viuda de Halsey a una cena privada, pero no a los vizcondes actuales. Se tuvo que recordar que aquello era bueno para los planes de su esposo, tras el rechazo la tarde anterior por parte del conde de Hill de una unión entre ambas familias.

—Irás.

No era una pregunta.

Se encogió de hombros Claire.

—Responde ahora y enviaré a alguno de los mozos a la residencia de lady Helena Seymour con tu confirmación. —Viendo que la joven no hacía ademán de acercarse al pequeño secreter que había a un lado, le recordó—: Que tu hija tenga un buen esposo en el futuro o no, depende de si tú consigues un buen esposo ahora o no. Así que deberías confirmar tu presencia. ¿Irán todos los Beaufort?

Se sentó a escribir la respuesta. La apartó Margaret, fastidiada.

—Tu caligrafía es pésima, apártate.

Y redacto por ella su contestación.

Al fin sola, Claire releyó la carta una tercera vez.

La condesa de Hill decía que sería un honor recibirla aquella noche en una pequeña cena familiar y se disculpaba por la poca antelación con la que la avisaba.

¿Le habría ocurrido algo a Jake, algo que había significado que no lo viera en dos días, y esa noche tendría la oportunidad de coincidir al fin y recibir una explicación por su repentina ausencia? ¿La invitaban, por el contrario, para pedirle que se mantuviera alejada del duque en particular y de los Beau en general?

No lo sabía, pero una invitación a una cena familiar era algo excepcional. Excepcional y muy extraño.

No queriendo precipitar los nervios que, sin duda, llegarían durante la tarde, dejó el libro que estaba leyendo y subió al cuarto de juegos. Hubiera vuelto al parque, pero había comenzado a llover en el camino de vuelta y, en ese momento, llovía a cántaros. Pasaría la mañana con Anna, no había mejor forma de dejar que el tiempo corriera.

# Capítulo 12

Claire salió hacia la mansión de los condes de Hill con la sensación de estar viviendo un capítulo de *Orgullo y Prejuicio*. Caía una fina llovizna, pero la temperatura había bajado considerablemente y amenazaba con nevar. Si ocurría, quizá no pudiera regresar, así que había decidido declinar la invitación y quedarse en casa. Era un pretexto magnífico que le permitía no afrontar una cena que temía. Sin embargo, su cuñada había insistido en que la nieve podía ser una gran ventaja, pues, en caso de caer de manera copiosa, como se esperaba, le permitiría quedarse en la residencia de los Hill a dormir, estrechando lazos con los Beaufort. Para Claire la mera idea era un abuso, para lady Margaret era una oportunidad.

Sintiéndose una Jane Bennet forzada a la suerte del clima, pidiendo al cielo que lloviera y se evitara una nevada, alcanzó la enorme mansión. Coincidió en el vestíbulo con los marqueses de Herbert, quienes, al parecer, también acababan de llegar. Se saludaron con educación, el mayordomo recogió los abrigos y se los entregó a un lacayo.

—Los condes están en el comedor —anunció, más para la vizcondesa viuda que para el matrimonio—. Lord Jacob llegó hace un

rato.

Sin embargo, no los acompañó. Claire observó, entre escandalizada y fascinada, cómo lady Mary se dirigía al salón sin esperar a ser escoltada. No era educado, pensó. Por más que hubiera podido criarse allí, aquella ya no era su casa.

—Mi esposa tiene una magnífica relación con mis cuñados —le explicó, al tiempo que le ofrecía el brazo, lord Herbert—. No será la única transgresión a la etiqueta que verá esta noche, me temo. No sé si no debería disculparme de antemano por lo que sea que haga Mary si sus hermanos presionan su competitividad —siguió explicándole el marqués con una sonrisa traviesa a modo de disculpa.

—¿Lady Helena también…?

No supo cómo continuar. ¿qué iba a preguntar, si la anfitriona ignoraría también las normas básicas de la etiqueta británica? Era grosero, así que calló. El caballero, en cambio, adivinó sus pensamientos y le respondió con naturalidad.

—Sí, tiene una relación muy especial con mi esposa y también con el menor de los hermanos, el duque de Avonshire. —Sin saberlo, espoleó los celos de Claire, unos que no sabía ella que pudiera sentir, que hasta entonces le habían sido ajenos—. Seremos usted y yo contra la locura, así que, si se siente superada, hágame alguna seña y la sacaré de aquí.

Rio ante lo absurdo de su petición, convencida de que exageraba. Entró, pues, a la sala, riendo, y así la encontró Jake, del brazo de su cuñado, vestida con un traje azul cielo que destacaba cada curva femenina de su cuerpo y su nívea piel.

Sintió malestar al verla tan relajada cerca de otro hombre. No, no dudaba del marqués, su cuñado no tenía ojos para nadie que no fuera su esposa, pero era un hombre muy atractivo. ¿Podría caer

Claire bajo su influjo?

Por primera vez en años, se sintió inseguro. Seguramente porque, por primera vez en años, le importaba una mujer lo suficiente como para preocuparse.

***

No hubo de pasar ni una hora para que Claire entendiera que el marqués de Herbert, o George, como le había pedido que la llamara —todos habían insistido en tratarse con informalidad, sería complicado entre familiares no tutearse y extraño hacerlo solo con uno de los invitados—, no había exagerado.

Tras cotillear un poco sobre el próximo baile de los Romanov y los nervios de su prima Rachel, habían estado los dos Seymour chinchando a su hermana hasta que esta, finalmente, había saltado. Y a partir de entonces la conversación había consistido en un ágil intercambio de puyas, anécdotas divertidas destinadas a avergonzarse entre ellos y algún juego con las palabras cuyas reglas Claire desconocía.

George la había mirado a modo de disculpa, aunque parecía disfrutar viendo a su esposa. Lo mismo había ocurrido con Helena, quien le recomendó en un gesto culpable dejar que los tres hermanos se desahogaran los unos con los otros.

—Es más sencillo esperar a que se rindan por agotamiento —le susurró a modo de broma— que tratar de que se comporten como adultos.

Disfrutó Claire del ambiente. Sus hermanos eran mucho mayores que ella y todos varones; para cuando tuvo edad de sentarse en la mesa con ellos, estaban todos ya en la universidad. Su esposo fue también veinticinco años mayor, así como sus cuñados, que

superaban los cuarenta años cuando los conoció. Nunca había conocido un hogar abarrotado de gente que se tratara con cariño.

No, se corrigió, no era una multitud; en realidad eran solo seis personas, pero alborotaban tanto que parecían docenas. Herbert, una vez más, pareció leerle la mente.

—Imagínate cuando se juntan todos los primos. Entonces se vuelve casi aterrador —le dijo, simulando horror.

Rio ella, haciendo que se detuviera por un segundo la conversación para observarla. Alzó su copa, no sabía si brindando por los Seymour o pidiendo perdón por la interrupción, y bebió. Robert continuó hablando.

No sabía qué había esperado de aquella velada, pero había llegado convencida de que la conversación, la que fuera, giraría en torno a ella. Se ilusionó cuando vio la naturalidad con la que todo se conducía. ¿Acaso Jake había pedido a su familia que la conociera? ¿Quizá, como ella, estaba valorando un futuro juntos? Ilusionada, pasó la cena embebiéndose de él. El afecto en su mirada cuando respondía a sus hermanos, las ligeras arruguitas en sus ojos cuando sonreía, el sonido de su voz, grave, cuando bromeaba, las miradas cómplices a sus cuñados… Años atrás había visto a un caballero divertido, bromista. En ese momento veía a un Jake feliz. Y deseaba formar parte de aquella felicidad, ¡lo deseaba tanto!

Si era amor o no lo era… No había dudas, se sinceró: estaba enamorada de él. Si lo que sintió años atrás no perduró, si pudo hacer su recuerdo a un lado y centrarse en su matrimonio… Ahora no lo lograría. Mientras él quisiera flirtear con Claire, mientras existiera una posibilidad, se aferraría a ella.

Y si finalmente la alejaba, se aferraría a su recuerdo.

—¿Claire?

Volvió su mente al salón. Por un momento, el menos adecuado, al

parecer, se había dejado llevar.

—¿Sí?

Habían acabado de cenar. Apenas había probado ella los postres, concentrada en el duque de Avonshire.

—¿Nos acompañarías a otra sala? Los caballeros sin duda querrán fumar.

Iba a asentir cuando Jake se adelantó, poniéndose en pie y ofreciendo la mano a la invitada.

—Creo que daré un paseo con Claire, Helena.

El resto calló. Robert entendió que sería su hermano, pues, quien le contara lo ocurrido con lord Arthur. Helena se sentó de nuevo, la cabeza baja, atisbó la vizcondesa a ver una mirada compasiva. Los Herbert no parecían saber qué ocurría, Mary sonreía, un gesto que contrastaba con la tensión de la condesa de Hill. George miraba, interrogante, a sus cuñados, el rostro demudado, prudente.

—¿Claire? —insistió el duque.

Por un momento la idea de que le pidiera matrimonio pasó por la mente de la dama. La desechó. Algo en el rostro de Jake no invitaba a la esperanza.

Asintió, tomó la mano que le ofrecía, dispuesta a colocar la suya en el fuerte brazo. Avonshire, sin embargo, entrelazó los dedos con los suyos y la acompañó fuera de la sala.

En cuanto salieron al pasillo, sintió el cambio de temperatura.

—Espera —le dijo, quitándose la chaqueta y envolviéndola con ella.

La acompañó por varios pasillos hasta una puerta de roble enorme de doble hoja que resultó ser la biblioteca. Dentro, dos fuegos caldeaban la estancia. O era el lugar en el que los caballeros deberían haber acudido a fumar y beber brandi o aquella reunión había sido orquestada con anterioridad; las chimeneas encendidas y

a pleno rendimiento no podían ser casualidad. Se quitó la ancha prenda al sentir el calor y se la devolvió. Jake la cogió, mas no se la puso: la dejó, doblada, en el respaldo de una silla.

—Ha comenzado a nevar —susurró.

Estaba nerviosa, a solas en una habitación con un caballero en mangas de camisa. No, con Jake, con el hombre con el que se había besado durante varios días y que hacía dos que había desaparecido. Con quien la había invitado a cenar con su familia y ahora la miraba con una seriedad preocupante.

—Deberías sentarte —la invitó el duque—. ¿Quieres un oporto?

Convencida de que no podría soportar la tensión, que rompería a llorar, atajó:

—Preferiría saber qué está pasando.

El duque no sabía cómo comenzar. En principio iba a ser Helena quien se lo contara. Una vez se separaran las damas de los caballeros, Mary regresaría y, a solas, la condesa le explicaría lo deleznable de la proposición de su cuñado.

Ahora se daba cuenta de hasta qué punto se había precipitado la noche anterior. ¿Invitarla a cenar? No tenía sentido. Si era Helena quien iba a revelárselo, bien podía haberlo hecho con una taza de té y sin nadie más presente.

Se moría por verla tras dos días de añoranza y, enfadado al pensar que podía estar siendo utilizado, había decidido afrontarla. Sin embargo, en ese momento, asustada como se la veía, se arrepentía de toda la situación. En la cena había estado relajada, sonriente, observándolo de hito en hito a pesar de que su familia estaba allí. Se podía leer el interés que mostraba en él.

Por un loco momento había pensado que podía ser así, que podían estar juntos como familia por siempre. Pero el recuerdo del pasado rechazo y las ambiciones de los Thomas pesaban demasiado.

—¿Jake? —La voz sonó a ruego.

Quería servirle un oporto, esperar a que se sentara y tratar de calmarla. Pero no quiso hacerla sufrir por más tiempo, se la veía muy frágil.

—Tu cuñado habló ayer con mi hermano.

Se dio cuenta de que se había explicado mal, que quizá la frase podía llenarla de dudas. Sin embargo, pareció comprender. Se dejó caer en el sofá que tenía detrás y quiso decir algo, pero su boca se abrió y se cerró de nuevo sin emitir sonido.

Sin saber qué hacer, regresó a su plan inicial y llenó dos copas, ambas con brandi. Al parecer, ella necesitaría algo más fuerte que un vino dulce. Le ofreció el vaso y vio cómo se lo llevaba a la boca. Solo cuando lo bebió y notó el fuerte sabor a alcohol pareció recobrar el sentido.

Tosió, la garganta ardiendo, y miró el líquido.

—Es brandi —le explicó, aun sin necesidad.

Lo dejó Claire en la mesa. Respiró hondo y, finalmente, preguntó.

—¿Qué quería hablar lord Arthur con Robert?

A Avonshire no se le pasó que hablaba con más formalidad al referirse a su cuñado que al hermano de Jake. ¿Sería por deferencia o por distancia? Recordó que, según Rachel, Claire tenía mala relación con los Thomas. ¿Estaría, pues, en desacuerdo con ellos? ¿Podía ser posible que no estuviera planeando nada en realidad, que se hubieran encontrado tras años separados y que la atracción que una vez sintieron hubiera resurgido, sin más subterfugios?

No era el momento de indagar.

—Creo que lo sabes.

—Jake, por favor.

Suspiró. Tampoco era, al parecer, el momento de averiguar hasta dónde podía estar Claire dispuesta a llegar para salvar el título de los

Halsey.

—Le ha ofrecido a tu hija en matrimonio.

No sabía qué reacción esperar, pero no que, sin que ella dijera nada, las lágrimas anegaran sus ojos. No sollozaba, no protestaba; su rostro había demudado, su voz enmudecido, y solo podía llorar en silencio, desolada.

Agobiado ante lo que veía, se acercó y se sentó a su lado, pasando una mano por su delgada espalda, buscando consolarla. Se volvió la vizcondesa hacia él y se refugió sobre su ancho hombro. La rodeó Jake entonces con ambos brazos y la abrazó durante varios minutos, esperando a que se calmara.

Se separó de él poco a poco, se obligó Jake a apartarse y le alcanzó el vaso de nuevo. Esa vez bebió con prudencia. El calor que el líquido ambarino le regaló la ayudó a calmar los nervios. Preguntó al fin, medio en broma medio en serio:

—Entiendo que la cena de esta noche no ha sido una celebración anticipada del compromiso.

Negó con la cabeza él.

—Robert y Helena ni siquiera lo valoraron.

Sintió alivio. No sabía qué haría a continuación lord Arthur. Si no podía casar a Anna con el hijo de los Hill, quizá se atreviera a prometerla a otros nobles más afines al monarca. O a otros Beaufort… Se quedó sin aire ante la idea de que pudiera proponérselo a los Herbert, que tenían también un hijo varón. ¿Sería lady Mary también poseedora de la prebenda de los Beaufort, siendo mujer? Recordó entonces que eran varias las primas Beau casadas y que algunas tenían ya hijos.

Avonshire pareció leerle la mente.

—Ningún miembro de mi familia lo valoraría. El matrimonio de nuestras madres fue una lección bien aprendida para todos acerca

de los enlaces arreglados. Claire… Claire, mírame. —Cuando tuvo su atención, le preguntó con voz grave—. ¿Qué crees que hará Halsey a continuación?

Negó ella con la cabeza. No lo sabía. Habló a borbotones, pensando en voz alta.

—Su deseo es preservar el título. Está convencido de que Anna es la solución. Tal vez se acerque a algún amigo íntimo del rey Jorge, esperando que, a la larga, este le otorgue el título si se une a su familia por matrimonio.

—¿Sabías de sus intenciones? —Compuso un tono neutro, no quería que adivinase su decepción.

—Creí haberlas detenido. Le prometí que intentaría salvar yo el vizcondado. Que yo… —calló de repente, dándose cuenta de cómo iba a interpretar él aquellas palabras, pero ya era tarde. Ya habían sido dichas en voz alta.

Jake podía entenderla, se dijo; había visto el terror en sus ojos cuando supo de la petición de mano para su hija. Podía entenderla, pero eso no significaba que pudiera perdonárselo todo.

—¿Por eso te acercaste a mí? ¿Por los Halsey? —Le costó más mantener despreocupada su voz.

Claire no quería mentirle. ¿Podía decirle que no era solo por Anna? ¿Tenía derecho a hacerlo después de haberlo rechazado años atrás? ¿Tenía, acaso, el valor? Seguro que él la creía una oportunista. Se sintió mal, por su hija y por ella.

—Me gustaría irme a casa.

—Claire…

—Por favor.

Accedió, compadeciéndose de ella, que parecía a punto de romper a llorar de nuevo.

—Esta conversación seguirá mañana.

Asintió la dama, aunque no estaba seguro de que lo hubiera oído, siquiera.

# Capítulo 13

Regresaron al salón. Se hizo el silencio en cuanto entraron. Supuso Jake que, durante su ausencia, Robert habría explicado a Mary cuál era la situación. No le preocupó, confiaba plenamente en la discreción de su hermana y de Herbert.

—Lady Claire aqueja un fuerte dolor de cabeza —explicó, justificando el rostro demacrado de la dama—. Helena, ¿podrías pedir que el cochero la lleve a su casa?

Nadie respondió por un momento. Fue Mary quien al fin habló, aunque no respondió a su hermano, sino que miró a la vizcondesa viuda con una sonrisa forzada.

—Está nevando. El coche ya no puede transitar con seguridad. Podrías ir caminando a casa, dos palafreneros podrían acompañarte. —Se volvió a Jake—. Tú mismo podrías hacerlo, también. Pero se arriesga a un resfriado.

Helena se puso de pie. Lady Claire permanecía en un silencio ausente. Se acercó a ella y la tomó de la mano, tirando de la viuda hasta situarla frente a un pequeño secreter.

—Siéntate aquí, escribe. Si te das prisa, podemos mandar una carta a los Thomas avisándoles de que pasarás la noche en nuestra

casa.

Tan aturdida estaba que casi dijo que aquella había sido la intención de su cuñada desde el principio. Agobiada, se sentó en la silla, tomó la pluma, la mojó en tinta y escribió una primera frase. La condesa seguía a su lado. Avergonzada, Claire levantó la vista.

—Tengo muy mala letra —se disculpó, mostrando su caligrafía—. Mi esposo solía regañarme por lo difícil que era leer mis misivas.

Robert no pudo evitar hablar, sorprendido.

—Estaba convencido de que tenías una caligrafía impecable.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. ¿Acaso no se preguntarían todos cómo podía saberlo él? Claire caería enseguida en la cuenta: únicamente si había leído la carta de rechazo que envió ella años antes a su hermano, podía saber qué tipo de caligrafía era la suya. Esperó Robert una mirada de reproche por parte de la viuda, recibió, sin embargo, una de duda, antes de que asintiera, creyendo comprender.

—Oh, no —sonrió, al fin—. Si habéis recibido alguna nota o invitación de los Halsey esta temporada, la habrá escrito lady Margaret, la actual vizcondesa. Su caligrafía sí es perfecta, lord Arthur suele decir que su esposa es como una pequeña imprenta.

Regresó al papel que tenía delante, garabateó un par de frases más y tomó la arena secante. Iba Helena a coger la carta para entregársela a algún sirviente, pero se le adelantaron sus hermanos, que se acercaron prestos al escritorio. Fue Jake quien tomó la carta.

—Yo se la entregaré al mayordomo —sentenció, para extrañeza de todos.

Y, como si la situación no fuera ya rara, Robert decidió acompañarlo.

Mientras salían ambos Seymour, aún alcanzaron a oír a Mary ofrecer a Claire una manzanilla bien caliente.

—Seguro que te ayuda a calmar el dolor de cabeza. ¿O prefieres un vaso de leche con miel?

En cuanto se cerró la puerta, se detuvieron Robert y Jake y desplegaron la carta sin ningún remordimiento por su indiscreción. Observaron, incrédulos, la pésima caligrafía. Casi rieron, tan ridícula era. El mayordomo, que había escuchado abrirse la puerta del salón, esperaba, estoico, cerca de ambos. Como si no le sorprendiera ver al conde de Hill y al duque de Avonshire, a quienes conocía desde niños, leyendo una misiva que, si la vista no le fallaba desde esa distancia, no habían escrito ellos, pues la letra que se veía era pequeña y torcida. O como si fueran necesarios dos caballeros para entregar una hoja.

—¿Milord? —preguntó el sirviente al conde, mirando lo que llevaba en la mano.

—Eh, sí. —Carraspeó—. Sí, por favor, envíe a algún mozo a la mansión de los Thomas a entregar esto lo antes posible. Si la nieve cae con más fuerza, que pase allí la noche y regrese en la mañana.

Asintió el mayordomo y se marchó, dejando a los dos nobles en el pasillo, quietos, sin avanzar hacia cualquiera de las estancias y sin volver al salón. El duque se apoyó en la pared, indolente. Suspiró y miró a su hermano.

—¿Crees que Claire pidió a su cuñada que redactara aquella maldita carta años atrás? Porque yo no lo creo posible.

Robert negó con la cabeza.

—¿Crees siquiera que sabe de aquella carta?

Se tensó Avonshire.

—¿Qué quieres decir?

Hill respondió despacio.

—Piénsalo. Cuando le he dicho que tenía conocimiento de su bella caligrafía no se ha avergonzado, no ha recordado aquello que,

suponemos, escribió, ni ha pensado que, tal vez, me diste a leer aquella carta, una que, sin duda, ahora mismo debería avergonzarle dado que ha mostrado un interés abierto en ti. Parecía, sin embargo, sorprendida, como si no lograra entender cuándo he leído yo algo de su puño y letra.

El corazón del menor latía deprisa y con fuerza.

—Pero ¿qué razones habrían impulsado a lady Margaret a intervenir hace ocho años?

—¿Quién sabe? Hasta donde Rachel sabe, la nueva vizcondesa proviene de una buena familia y, a pesar de que en aquel entonces no tuviera un título, se le abrían bastantes puertas en la capital. Quizá supo de vuestro incipiente romance y decidió cortarlo de raíz. Quizá… y estoy especulando, Jake, pero tal vez no quiso que la tentases a fugarte, como de hecho hiciste, y envió aquella carta para evitar el ridículo de Halsey de ser abandonado a dos días de la boda.

Avonshire no respondía, solo escuchaba e intentaba ordenar las ideas que le asediaban la mente. Robert no presionó más, no quería dar esperanzas a su hermano. Sabía que este quería creer en lady Claire y, en aquel momento, parecía posible que la joven fuera inocente de aquel brusco rechazo.

Aun así, se casó con otro hombre, pero si su hermano quería ser comprensivo al respecto, Robert no tenía nada que añadir.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza Mary.

—¿Qué hacéis ahí parados como pasmarotes? Lady Claire no se encuentra bien, llamad al ama de llaves y que la acompañe al dormitorio azul, ya que se os ve tan serviciales esta noche.

Jake tiró de su hermano hacia el comedor, ignorando que habían sido despachados con un recado cual mozos de cocina.

—Yo la acompañaré —se ofreció Jake mientras entraban de nuevo en la gran estancia.

Los otros dos Seymour no señalaron lo inadecuado de que acompañara a una dama a su dormitorio. Tampoco dijeron nada Helena o George cuando la vizcondesa asintió y se dejó llevar. Jake y Claire eran adultos y, por lo que habían visto todos en la mesa, dos adultos muy interesados el uno en el otro.

***

Abrió la entrada del dormitorio Jake y, con el brazo, la invitó a entrar. Pasó él después y cerró de nuevo. Esperó, apoyado contra la madera, a que Claire decidiera si quería echarle o no. Pasaron unos segundos antes de que reparara ella en su presencia. Había dado por sentado, al parecer, que habría cerrado la puerta, quedándose en el corredor, tan concentrada estaba en su situación.

Lo miró, todavía ensimismada. Finalmente se encogió de hombros y se sentó sobre el mullido colchón, volviendo a sus pensamientos. El duque buscó el sillón al otro lado de la alcoba, alejándose de la cama y, por ende, de la tentación. Esperó en silencio a que Claire dijera algo, lo que fuera.

Habló ella al fin, aunque pareciera que lo hacía sola, no para explicarse sino para ordenar todo lo que hervía en su cabeza.

—Los Halsey han estado siempre muy orgullosos de su título, que Samuel muriera antes de poder dar un heredero y que Arthur y Margaret sean incapaces de engendrar uno es la gran pena de la familia.

—¿No hay más herederos varones, ni siquiera uno lejano?

Negó ella.

—Han revisado de arriba abajo y de derecha a izquierda el árbol genealógico de los Thomas y solo han hallado dos descendientes de un bastardo de hace tres generaciones. El duodécimo vizconde fue

bastante prolífico, al parecer. Pero la Corona no aceptará al nieto de un bastardo. Tampoco los Halsey, pues uno de ellos es herrero y el otro carpintero. No —siguió explicando en voz baja—, ni mi cuñado querría dejar las tierras y sus riquezas a quien no entendería cómo manejarlas, ni Prinny renunciaría a una herencia inesperada para dejarla en manos de un comunero.

—Así, todo pasa por Anna.

—Todo pasa, en realidad, por los Beaufort —le corrigió—. No son muchos los apellidos que puedan ser heredados por mujeres, como el marquesado de Marlborough, y la posibilidad de heredar a través de familia política es excepcional.

—En realidad —explicó Jake— solo los hombres podemos heredar los títulos de familiares políticos y solo ha ocurrido en una ocasión. —No necesitó especificar que era él—. No estoy seguro de que Anna, siendo mujer, pueda transmitir a un Beau el título de su padre. Y, Claire— la llamó—, estoy seguro de que tú, como esposa, no podrías otorgárnoslo a ninguno de nosotros.

Se había vuelto a mirarle cuando la interpeló con su nombre, no era la primera vez que lo hacía, pero había urgencia en su voz, la necesidad de llamar su atención. La frase que había seguido había sido un jarro de agua fría.

—¿No? —indagó con suavidad, como si fuera a conseguir que él cambiara su respuesta solo porque se lo estaba pidiendo.

—No—confirmó Jake con una disculpa en la mirada.

Cayó el silencio durante un buen rato.

—¿Crees —le preguntó, pues él conocía mejor que ella los entresijos de la alta sociedad— que el rey podría conceder el título a alguno de sus amigos?

—Sus amigos ya tienen títulos, Claire.

—Brummel, por ejemplo, no tenía ninguno y, de no haberse

enemistado, creo que, una vez rey, Jorge lo hubiera hecho duque.

Negó con la cabeza Avonshire.

—Puede que Jorge sea un irresponsable con su vida, pero no lo es, ni le permitirán serlo, con la Corona. No, no le regalará un título a nadie, menos uno que posee unas riquezas que necesita. Si alguien le ha contado ya la situación de los Thomas, no tardará en llamar a palacio a tu cuñado para tranquilizarlo y asegurarle que hará un buen uso del título —terminó, con ironía.

La vizcondesa asumió todo lo que había escuchado y asintió, más tranquila.

—Si es tan evidente que nadie puede evitar que el título caiga en manos de la Corona, entonces Anna está a salvo.

Jake alzó la ceja.

—¿Lo está? ¿Se conformará Halsey?

—Si la única solución sois vosotros y nadie prometería a sus hijos con mi niña… si ni siquiera es seguro que Anna pueda heredar el vizcondado de Halsey, entonces sí.

Jake tenía mucho que objetar, pero prefirió callárselo. No quería volver a hundirla. La dejaría descansar y, al día siguiente, le haría ver la realidad de su situación. ¿Debía hacerlo?, se cuestionó. ¿Quién era él, después de todo, para aconsejar a Claire sobre cómo organizar su vida y la de su hija?

Era el hombre que, años atrás, le había pedido matrimonio, se dijo. Era el caballero que, al parecer, no fue rechazado por no tener un título, sino por un compromiso previo que ella no supo o no pudo romper. Era, en fin, quien con mayor pasión la deseaba y eso tendría que bastar. Tampoco él quería pensar más allá de aquella noche.

Se puso en pie y se acercó a ella, despacio. No ocultó la necesidad que tenía de besarla, dejó que su rostro mostrara su deseo sin reparos. Se levantó también la dama, no sabía si a detener su

avance o a alentarlo. Cuando estuvieron frente a frente, nada dijeron. Jake bajó la vista a sus labios, recordando su dulce sabor. Volvieron sus pupilas a los iris azulados de ella y, viendo que, como los suyos, ardían de pasión, asaltó su boca con deseo, como si Claire fuera la fruta prohibida, la más sabrosa de todas.

Tampoco ella ocultó sus ganas. Lamió los labios que la besaban y rodeó los anchos hombros con sus finas manos, acercándolo. No quería pensar en lo que ocurriría al día siguiente, no quería ser responsable de nada. Quería a aquel hombre y se hallaba en una situación más que propicia para tenerlo, no lo dejaría escapar.

—Jake —le susurró.

A modo de respuesta, el duque continuó acariciando con su lengua el delicado cuello, las finas clavículas, la delicada piel que iba descubriendo. Tiró de los lazos del vestido, deshaciéndolos para poder quitárselo. Cuando los hubo deslazado, deslizó la prenda hacia abajo hasta que quedó la tela enredada a los pies de la mujer.

Las manos de Claire, lejos de mantenerse ociosas, siguieron su ejemplo. Desabotonaron el chaleco y tiraron de las cintas de la camisa, pasándola por la cabeza del hombre, deleitándose después con el calor de su piel desnuda, deslizando las uñas por el pecho y la espalda, acariciando las líneas de sus costillas, sintiendo cómo el cuerpo masculino se encogía de placer ante su contacto.

Volvió Jake a su boca para devorarla, tirando de la camisola hacia arriba. Rompió el beso únicamente para sacársela, regresando a sus labios con un hambre feroz. Deseaba mirarla, deleitarse con su belleza, pero la urgencia de su cuerpo no se lo permitía. La pegó a él, tomándola de la cintura, frotándose contra su pelvis, buscando alivio para su enardecido miembro.

Cuando notó Claire la masculina desesperación, se dejó caer sobre el colchón, arrastrándolo con ella, suspirando de alivio momentáneo

cuando sus torsos sin ropa se tocaron. Se izó el duque sobre sus brazos.

—Mis pantalones —le pidió sin pudor.

Tampoco ella simuló escandalizarse. Era una dama viuda, sabía bien qué ocurría en el lecho. Buscó el único botón delantero y abrió la cinturilla, tirando después hacia las caderas no solo del pantalón, sino también de los calzones, acabando de bajar ambas prendas con el pie. Ya desnudo, se dejó caer con cuidado sobre el cuerpo femenino, acoplando cada curva, deleitándose con la suavidad de su piel, con cada suspiro, con cada beso. Le acarició los pechos, sintiendo contra las palmas sus cúspides endurecidas, las pellizcó hasta hacerla gritar y siguió con el dulce tormento de sus manos hasta alcanzar el secreto entre sus piernas. Lo rozó, buscando la pequeña protuberancia, que halló ya húmeda. Excitado, introdujo un dedo en ella, haciendo que se retorciera de gozo.

—Me vuelves loco —le dijo contra su boca.

Acompañó la caricia con un segundo dedo, queriendo prepararla de la forma más placentera. Cuando se hundiera en ella, apenas podría aguantar sus ganas y quería que Claire disfrutara tanto como él.

A fin la sintió perdida, notando que empujaba con sus caderas hacia la mano que le daba placer. Entonces sí, se apartó un poco de ella y la miró a los ojos.

—¿Puedo? —le preguntó.

Necesitaba su aprobación, no quería dudas.

Obnubilada por la pasión, la dama casi suplicó.

—Jake, por favor…

—¿Puedo? —insistió el duque con voz ronca, al límite.

Claire lo miró unos instantes, buscando en sus ojos lo mismo que sentía ella. Asintió, al fin:

—Puedes.

Sin más palabras, se enterró en ella. Quiso hacerlo poco a poco, notando su estrechez, pero cuando con manos dulces Claire tiró hacia él, buscándolo con sus piernas para rodearle la cintura, se dejó llevar.

Comenzaron entonces un baile atávico, meciéndose al unísono el uno contra el otro, tratando de ir despacio mientras la pasión los engullía. Un minuto más tarde sus cuerpos rugían y alcanzaban juntos el gozo, gimiendo sus nombres antes de dejarse llevar por el olvido.

Relajados tras la pasión compartida, se abrazaron y dejaron que el sueño se llevara lo que les quedaba de conciencia.

# Capítulo 14

Jake despertó al alba. Sintió el peso de Claire sobre su hombro. Bajó un poco la cabeza para poder ver su rostro. Con los ojos cerrados, dormía plácidamente. Lejos había quedado, pues, la angustia de la noche anterior. Besó la rubia coronilla y sonrió, feliz sin motivo aparente.

Escuchó un ruido ligero en el corredor, seguramente la muchacha que encendía las chimeneas por la mañana debía estar reponiendo carbón en los alcabores. No entraría a la alcoba de una invitada, o eso esperaba. Se levantó, cuidándose de no despertar a Claire, se vistió deprisa y se acercó al fuego. Tomó un atizador y removió la base, haciendo que las llamas se reavivasen, añadió un par de troncos de leña y miró a la dama que todavía descansaba, prometiéndose que no sería la última vez que la viera así.

Pasó por el dormitorio en el que solía dormir antes de que su hermano se casara y que ahora rara vez usaba, se cambió de ropa —llevar la misma de la noche anterior implicaría hacer saber que no había pasado por su propia alcoba— y bajó a desayunar. No le sorprendió encontrar allí a Robert. El mayor de los Seymour solía madrugar desde niño.

—Rob —lo saludó.

—Buenos días, Jake.

Se sentó frente a él, esperó a que le sirvieran un plato a rebosar con su desayuno favorito y pidió al criado que los dejara solos.

—¿Hablaste con ella?

Dudó Jake qué contar y qué callar. En ese segundo de titubeo supo Robert qué había ocurrido.

—Sí y no. Anoche se convenció de que, si Halsey no puede casar a lady Anna con un Beaufort, entonces están a salvo. Si hoy se dará cuenta o no de que el hecho de no poder salvar el título puede hacer que el vizconde crea lícito desentenderse de ellas…

—Imagino que se lo dirás tú. Aunque creo que Claire es lo bastante inteligente como para darse cuenta sola en cuanto supere el choque de saber que el muy desgraciado pretendió vender a la pequeña.

Jake se encogió de hombros con estudiada indiferencia.

—¿Por qué habría de decírselo yo?

Imitó su gesto su hermano, restando importancia a lo que iba a decir después.

—Porque anoche dormiste con ella.

Chistó el duque, asegurándose aun sin necesidad de que nadie pudiera oírlos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú, tu rostro al entrar, tu ligera sonrisa cuando hablas con ella, tus ojos que…

Se sonrojó Jake.

—Ahórrame eso, por favor.

Rio Robert. El otro, en cambio, se puso serio.

—Tal vez por eso debería alejarme. No puedo pretender ser su amigo cuando soy su amante.

Asintió el mayor, absteniéndose de preguntarle si quería ser mucho más que eso.

—¿Escribió ella la carta?

Sabía que se refería a la carta de ocho años atrás.

—No lo sé.

Escogió bien las palabras el conde.

—¿Quieres saberlo?

Negó con la cabeza el duque.

—Creo que prefiero dejarlo pasar.

«De acuerdo», se dijo Rob. Era hora de dejar el pasado atrás.

—No pudo hacerlo ella —dijo Hill, poniendo voz a cada pensamiento de su hermano—. No parecía saber por qué creíamos conocer su caligrafía, no la escribió ella y, sobre todo, Jake… Jake —lo interpeló para que lo mirase y viera el convencimiento de sus palabras en sus ojos— porque Claire no haría algo así, porque no es una dama cruel. Ni creo, tampoco, que pensara de ese modo.

Agradeció el duque escuchar aquello. Siguió planteando dudas, deseando que su hermano las resolviera para él.

—Me rechazó.

—No podía tomarte en serio, Jake, no siendo tan joven. Siendo los dos tan jóvenes, en realidad. Además, ¿puede una dama negarse a un matrimonio ya concertado, a un buen matrimonio, conveniente para sus padres, que va a celebrarse en apenas dos días? No es que falte valor, es que no parece viable para una dama. —Viendo que tenía toda la atención de su hermano, siguió—. Mary tenía poco tiempo. Si George no hubiera llegado a pedirle en matrimonio, ¿qué crees que habría ocurrido? Y Jane fue a Edimburgo a casarse sin importar con quién. Afortunadamente se encontró con Malcolm en la frontera, pero, en caso contrario, hubiera hecho lo necesario. No sabemos cuánta prisa tenía Claire por casarse, pero su padre ya

había llegado a un acuerdo con lord Samuel Thomas y la Temporada apenas había comenzado. Algo debía impulsar sus prisas.

Tardó en responder Jake.

—Supongo que fue así.

—Fue así —sentenció Robert, dando por terminada la conversación—. Anoche cayó una buena nevada, pero al parecer se ha derretido una buena capa esta mañana. ¿Quieres cabalgar al parque?

El menor no necesitó pensarlo: aire gélido en el rostro y una buena carrera. Imaginaba que Claire dormiría hasta tarde, así que asintió.

—Vayamos.

***

Claire abrió los ojos y miró a su alrededor, tratando de reconocer la habitación. Le costó unos segundos recordar dónde estaba y volvieron entonces también las imágenes de la noche anterior. Estiró el brazo por la sábana, agradeciendo estar sola. Despertar con Jake habría sido complicado; la timidez y la vergüenza habrían imperado.

La cama seguía caliente, no debía de hacer mucho tiempo que se había ido. Olió su almohada y reconoció un suave perfume amaderado, la colonia que el duque usaba. Se embebió de ella y sonrió como una joven enamoradiza.

Permaneció unos minutos más allí, disfrutando de sus recuerdos. Finalmente tiró de la campanilla de detrás de la cama y esperó a que llegase una criada. Se vestiría y se marcharía lo antes posible. No podía enfrentarse a Avonshire, ni a ningún otro Beaufort, de hecho. Necesitaba pensar.

Y, ante todo, necesitaba pensar en Anna. ¿Debía enfrentar a su

cuñado? ¿O era mejor simular ignorancia y vigilar sus movimientos mientras buscaba una alternativa?

Entró una joven con una bandeja, que se presentó como Laura, y la ayudó con su ropa. Sirvió la muchacha agua en la jofaina y dejó que Claire se aseara mientras servía el desayuno en la mesa camilla que había cerca del enorme ventanal que daba al jardín. Se mantuvo todo el tiempo en silencio, lo que Claire agradeció, sumida como estaba en sus propios pensamientos.

Una hora más tarde llegaba a la mansión de los Thomas. Era temprano, podía salir a pasear por Hyde Park, pero estaba cansada y, además, podía encontrarse con Jake. ¿Habría salido esa mañana a buscarla, tras dos días de ausencia? ¿Había significado algo para él la noche anterior?

Subió a su dormitorio, alegando dolor de cabeza, y pidió al ama de llaves no ser molestada. Aun así, su cuñada entró a su alcoba un par de horas más tarde para entregarle una carta del duque de Avonshire. De nuevo, lady Margaret se quedó hasta que la abrió, esperando una explicación.

—Me invita esta tarde a dar un paseo —resumió con tono molesto.

Por dentro, en cambio, su corazón le martilleaba el pecho, ilusionada como estaba ante la idea de un nuevo encuentro.

Asintió la vizcondesa y la dejó sola. A punto estuvo Claire de pedirle que dejaran a Anna en paz, que ella solucionaría todo el maldito asunto del título de la casa Halsey. Pero no quiso hacerlo porque de repente se sintió fuerte, creyó que podría contar con los Beaufort y que lograría lo mejor para ella y para su hija lejos de sus cuñados.

***

Cuando una de las criadas avisó a Claire de que el duque de Avonshire la esperaba, se dirigió al vestíbulo abrigada con una capa de pieles tan larga que resultaba incómoda, murmurando entre dientes lo ridículo de salir a pasear tras una mañana de intenso frío. Estaba nerviosa tras lo ocurrido la noche anterior, temía más que anhelaba la conversación que pudiera estar por llegar.

—Milady —la saludó Jake al verla bajar la escalera de mármol, tomando su mano para ayudarla con los dos últimos peldaños.

—Milord —respondió ella, evitando mirarle a los ojos.

Se despidió de los Thomas con tirantez, pronunciando las frases de rigor. Siendo un duque quien visitaba su hogar, los vizcondes de Halsey se habían afanado en recibirle. Ya solos al pie de las escalinatas de la puerta principal, un carruaje lujoso y grande les esperaba aparcado en la calzada. Claire miró la calesa con precaución.

—¿Prefieres pasear con este frío? —le preguntó Jake al detectar sus recelos.

No, Claire quería evitar el clima gélido y estaba segura de que habría ladrillos calientes para los pies dentro del vehículo. No obstante, aquel coche era demasiado… demasiado… En un lugar tan espacioso podían hacerse ciertas cosas con comodidad; resultaba por su tamaño tan inconveniente como pudiera serlo un carruaje pequeño, que invitaría a la cercanía.

—Es enorme. —No era un elogio, era obvio que la dama desconfiaba.

Rio Jake ante la mirada escamada.

—¿En qué estás pensando, Claire? —Las mejillas de la vizcondesa enrojecieron al instante. El duque se arrepintió de su broma, no queriendo tensar el ambiente antes siquiera de haber comenzado la conversación—. ¿Prefieres pasear? —repitió, dispuesto a despedir al

cochero.

Preferiría no haber acudido a aquel paseo, se dijo ella. Todavía no había ordenado sus pensamientos ni se había reconciliado con la idea de lo que pasara la noche anterior. Pero no podía elegir. Avonshire no parecía compartir su incomodidad; Claire no sabía si admirarle por ello o detestarlo.

—Vayamos en el coche —respondió al fin, deseando alejarse del frío, que comenzaba a calarle a través de la capa.

Como supusiera, el cubículo se mantenía caliente. Nada más acomodarse en el mullido asiento, se quitó las pieles y esperó a que también el duque se sentara. Una vez cerrada la portezuela y subido el palafrenero al pescante, la calesa comenzó un suave paseo, supuso ella que sin ningún rumbo.

Lograron mantenerse en silencio apenas dos minutos. El lugar se sentía diminuto a pesar de su amplitud y los recuerdos de la noche anterior pesaban demasiado para Claire. Quiso seguir su discurso donde la habían dejado antes de… antes de hacer el amor, terminó la frase en su mente, volviendo a sonrojarse. Recordó que habían estado especulando sobre las opciones de lord Arthur para mantener el título y cómo utilizar a la pequeña Anna para ello.

—No estoy segura de que mi cuñado vaya a dejarnos tranquilas, creo que anoche fui demasiado optimista —espetó sin introducción alguna, como si el duque tuviera que recordar cada detalle que fuera relevante para ella.

Ni una frase educada ni referente al clima, nada. Claire se había centrado, no sin cierta grosería, en lo que le importaba realmente.

Jake no le reprochó sus palabras. Al contrario, agradeció ir directos al grano. Después de haber yacido juntos la noche anterior, no estaba de humor para una conversación educada sobre la intensa nevada o el frío.

—Tampoco yo creo que vaya a rendirse así como así.

Una frase poco comprometedora. Prefería escuchar lo que Claire tuviera que decir, antes de exponerle lo que había planeado, tras consultarlo con Robert aquella mañana, para su hija y para ella.

—Si hay una posibilidad de salvar la casa Halsey, nos usará. Si no la hay, no le seremos útiles y quién sabe si no nos echará de la mansión de Norfolk y nos enviará a alguna de las residencias menores, a una casita perdida en la campiña con una sirvienta y una asignación irrisoria. No me importa vivir con estrecheces —se justificó, mirándolo al fin a los ojos, aunque apartara la mirada al punto, tímida—, pero Anna es la hija de un vizconde y merece la oportunidad de tener una buena vida. Puedo educarla yo, eso no sería un problema. No obstante, para presentarse en sociedad hace falta una buena suma y también influencias. Solo en el caso de que… —Calló de pronto.

No continuaría hablando porque especular con la muerte de parientes era de mal gusto, pero estaba claro que dependería de quién fuera el tutor de Anna cuando esta cumpliera los dieciocho años. Si recaía la responsabilidad en el rey Jorge, significaría una cierta ventaja para ella, pues al ser considerada la ahijada del monarca sería bien valorada por la nobleza. Si, por el contrario, todavía vivía lord Arthur, entonces ni siquiera su presentación en la corte estaba asegurada.

Pero no necesitaba decirlo en voz alta, el duque conocía bien la situación de una dama debutante. Había participado de las temporadas junto a su hermana y sus primas durante los últimos cinco años y el siguiente año acompañaría de salón en salón a las florecillas Warrior, las pequeñas de los Beau, que estaban a su cargo.

Se aclaró la voz antes de lanzar su propuesta, inseguro de cómo

iba a tomársela Claire:

—Puedo legar para tu hija Anna una cantidad suficiente que le asegure vestidos suficientes para cinco temporadas y una dote. Voy a hacerlo para Daisy, Violet, Jasmine y Lily. Puedo hacerlo de manera discreta también para ella.

Claire no esperaba escuchar algo así y se sintió una obra de caridad. No era lo que había buscado al hablar con él sobre sus problemas… no había esperado nada, en realidad. Habló sin pensar, siguiendo la lógica, no pudiendo contener un enfado que no tenía justificación.

—Daisy, Violet, Jasmine y Lily son tus primas y tus pupilas —contestó con tono seco, Claire—, es lo que se espera de ti. —Se percató entonces de lo defensivo de su tono y volvió a mirarle, arrepentida—. Lo siento, en realidad te lo agradezco, pero nadie entendería que hicieras algo así, mi hija y yo nos convertiríamos en la comidilla de todos. Y también tú, que no habrías hecho nada malo.

«Nadie cotillearía al respecto si tú te casaras conmigo», fue la idea que atravesó la cabeza de Jake. Una idea, que, aunque no fuera nueva, sí era la primera vez que tomaba forma y parecía real; una que no le espantó, como hubiera debido al pensar en el matrimonio como una opción próxima.

Si no lo dijo en voz alta, fue por temor. No el temor a declararse, sino a la negativa que, sin duda, vendría detrás. La vizcondesa no había contemplado siquiera esa posibilidad, quizá porque no estaba interesada en el matrimonio, siendo una viuda; no tenía la necesidad que sí acuciaba a Avonshire de pasar por el altar.

El duque se sintió mal; improvisó una respuesta diferente y se arrepintió cuando la primera palabra salió por su boca.

—Nadie se atrevería a criticar un legado a Anna si fuera tu esposo

quien lo hiciera. —Maldita fuera su suerte, ¿por qué seguía mencionando el matrimonio—. Quiero decir —improvisaba, y eso no era bueno—, si te casaras con un buen hombre, un caballero que aceptara a Anna como su propia hija, entonces sería posible. —Claire lo miraba con estupor mientras él tenía la sensación de que su boca había dejado de lado al cerebro—. Podría ayudarte a buscar un esposo. He estado investigando algunos nombres, ¡no para ti!, para mis primas Warrior, pues Daisy debuta el año que viene… Podría ampliar el círculo y…

¿Y qué?, se gritó a sí mismo, ¿y buscarle un esposo a la mujer con la que hice el amor anoche?, ¿a la dama a la que me declaré hace ocho años?

Era un burro, se dijo. El duque de Avonshire, admirado y respetado por la flor y nata de la alta sociedad inglesa, era en realidad un burro. Se aborreció.

La vizcondesa no sabía qué decir. ¿De verdad le ofrecía un marido tras la noche anterior? ¿Un marido que no era él? El peor pensamiento cruzó por su mente y el enfado, la rabia que había ardido tras escucharle, cristalizó en palabras.

—Si te preocupa que lo que hicimos anoche tenga consecuencias, no te precipites. Me costó mucho quedarme encinta y, si fuera el caso, desaparecería, no cargaría a nadie con mis responsabilidades.

—¿Qué diablos…? —A Jake le costó entenderla—. ¿Pero qué diablos…? —repitió, confuso.

Deseó poder aniquilarla. De todo lo que había fantaseado con hacer en aquel carruaje durante el paseo, el asesinato no había estado en la lista y, de repente, resultaba atractivo.

—Milady —la saludó con la cabeza, a modo de despedida, sin venir a cuento.

Y, para el pasmo de la vizcondesa, se bajó del coche sin mirar

atrás.

—¿Qué demonios…? —dijo ella esa vez, pasmada.

—Henry, da otra vuelta por la ciudad, que milady pueda calmar su cabeza, que parece que no funciona como debería, y llévala después a la mansión de los Thomas de nuevo. Yo regresaré andando.

Quiso gritar Claire que no era su mente la que necesitaba reflexionar, sino la del asno insensible de Avonshire. Pero se quedaría con las ganas, la ancha espalda había desaparecido por una callejuela y no haría el ridículo frente al cochero.

—Gracias, Henry —dijo con voz queda a través del ventanuco que daba al pescante—. Aceptaré encantada ese paseo.

E intentó disfrutar del recorrido por una Londres nevada durante la siguiente hora. Sería mejor hacer tiempo en vez de regresar a casa demasiado pronto y enfadada, su cuñada la hartaría a preguntas.

# Capítulo 15

La noche anterior al baile de Rachel ninguna de las Beaufort salió de visitas o las recibió. Acudieron temprano en la mañana a la embajada rusa, donde vivían los príncipes Romanov, y pasaron todo el día revisando cada detalle del gran evento que se iba a celebrar al día siguiente. Para la alta sociedad londinense, lady Rachel Romanova, esposa de uno de los hijos del zar de todas las Rusias, era la anfitriona por excelencia y sus invitaciones se consideraban un tesoro, tanto las codiciaban. Mary, Rachel, Esther, Elizabeth y Sarah, todas Beau, así como Helena y Blanche, casadas con dos de sus primos, estaban todas ellas sentadas alrededor de una mesa camilla. El príncipe había pasado a saludar a su esposa, la había besado, se había referido al resto de las mujeres como las Damas de la mesa redonda, las había saludado con cariño y se había marchado, prudente, antes de que alguna de ellas pretendiera hacerle participar en algo o, peor, que le pidieran que opinara sobre algún aspecto.

Picoteaban las mujeres algunos dulces y charlaban sobre naderías, el día había sido intenso y se relajaban en su mutua compañía antes de regresar a sus hogares. Rachel lamentaba no poder siquiera agradecerles la ayuda con una buena cena. Los salones de la

enorme mansión estaban ya decorados y vestidos, no podían usarse sin riesgo a estropearlos.

—Venid a comer en un par de días—les pidió.

—Mañana, cuando todo acabe, cierra la casa a cal y canto durante una semana y dedícate a pasar tiempo con Andrei —le corrigió Esther, que era su hermana y también su mejor amiga—. No creo que lo hayas visto en toda la semana más de dos horas al día y, por cómo te ha mirado, es obvio que te echa de menos.

Asintieron las demás, sonrientes.

—Será, sin duda, una velada memorable. Hasta julio todos los bailes se compararán con este para saber si están a la altura. Y este año, además, sin nadie a quien casar, podremos disfrutarlo muchísimo más. —Els rectificó antes las miradas de extrañeza de sus primas—. Quiero decir que no hay ninguna señorita Beau a la que casar. El año que viene, con Daisy, estaremos más ocupadas.

—Los chicos no parecen interesados en ninguna dama —se quejó Sarah, que había sido muy tímida al ser la menor, pero que, una vez casada, había ganado en seguridad y participaba cada vez más en las reuniones familiares—. Creía que, tras un mes, alguno de ellos habría mostrado alguna preferencia ya.

—¿Puedes culparlos? —los defendió Helena con una sonrisa de disculpa—. ¿Quién de nosotras se hubiera casado siguiendo a rajatabla una lista de los caballeros más adecuados, anotados uno tras otro?

—Jane y yo prácticamente lo hicimos así —dijo Mary por las demás. No había queja en su tono ni buscaba compasión—. Os aseguro que no hubo lista porque a las Cinco Virtudes no se les ocurrió, pero sí una charla complicada e individualizada en el despacho del tío William.

Helena conocía la urgencia con la que las mayores se casaron.

Cruzó los dedos mentalmente, esperando que la suerte se aliara con su cuñado, como lo había hecho con su cuñada, también.

—Ojalá Jake realice un matrimonio tan bien avenido como el tuyo, Mary.

Si no mencionaba a Nathaniel ni a Derek era porque ellos no tenían una necesidad acuciante de casarse, a diferencia del menor de los Seymour, ni tenían ya treinta años, tampoco. Desde luego, deseaba que el destino fuera benévolo también con ellos.

—Creí que había algo especial entre él y lady Claire Thomas —protestó Els, centrándose en Jake—. Aposté con mi esposo que aquel sería el siguiente matrimonio Beau. Me da mucha rabia estar equivocada, y no solo porque vaya a perder —se justificó ante las miradas acusadoras; todos sabían cuán competitiva era—, sino porque la dama me gusta, me gusta de verdad. Y hubiera jurado que a mi primo también le gustaba lady Claire Thomas.

Mary se moría por compartir su teoría de que había alguna cuestión en el pasado aún no resuelta entre ellos y también su convencimiento de que habían dormido juntos dos semanas antes, en casa de los condes de Hill, la noche de la nevada. Cruzó una mirada con Helena, que debía de sospechar lo mismo que ella. No, se dijo, quizá la condesa de Hill supiera más que ella… Pero ninguna de las dos hablaría, no era su historia para compartirla con el resto. Que fuera el duque quien eligiera qué contar y qué callar.

—Tal vez Jake necesite un empujoncito en la dirección adecuada —propuso Esther con voz conspiradora.

Las otras damas se acercaron a la mesa, confabuladoras, sin percatarse de tan divertido gesto.

—Dios —se alarmó Blanche—, y os quejáis de vuestras madres. Pero sois todavía más perversas.

Hubo risas, pero las palabras de Esther habían calado y las mentes

de las Beau trabajaban ya buscando un remedio para casar cuanto antes al menor de los Seymour con la vizcondesa viuda de Halsey.

—¿Y si lanzamos a Nate hacia lady Claire? Jake no apreciará la competencia.

—¿Y cómo conseguirás que Nate esté más de una hora en un salón para que espolee los celos de su primo? Porque no sé qué diablos está haciendo, pero aparece y desaparece de las veladas sin que nadie sepa cómo ni cuándo lo hace. Incluso en Almack's.

—Hay una apuesta al respecto en White's. —Se sonrojó Els tras sus palabras—. O eso me ha dicho Andrew…

La curiosidad casi obsesiva de la condesa de Harlech por lo que ocurría en los clubs masculinos era bien conocida por su familia.

—¿Se lo pedimos a Derek, entonces? —Miraron todas a Mary y a Helena, quienes mejor conocían a la víctima de sus conspiraciones—. ¿O la competencia de uno de sus primos hará que Jake se aleje definitivamente de lady Claire?

—Derek no participará en nada que pueda enfadar a Jacob, no le gustan los conflictos. Tal vez podamos reclutar a Nate si hacemos que le parezca divertido pinchar al mayor de los solteros. —Apuntó Rachel—: Por otro lado, diría que Jake y la vizcondesa ya se han alejado. El miércoles no hablaron, y no coincidir ni un segundo en un lugar tan pequeño como Almack's significa que se están evitando.

—Y que tú lo notaras significa que los estabas vigilando, Rachel —la regañó en tono de mofa su hermana.

—Lo peor es que no creo que sea la única que lo estoy haciendo —se justificó—. Y no, no me refiero a nosotras, sino a nuestras madres. Están alejadas de todos los salones y no preguntan, y eso es mucho más que inusual: es preocupante. Debe de haber espías de las Cinco Virtudes en cada mansión. Si no ayudamos a Jake, lo harán ellas.

Y eso significaría que las madres habrían ganado a las hijas en el juego de casar a los solteros. Se convencieron, pues, de la necesidad de mediar entre el primo Jake y, con suerte, su futura duquesa, Claire, para evitar que sus tías cayeran encima del pobre duque de Avonshire.

***

Esa noche todos los Thomas asistirían al baile del príncipe Andrei y su esposa. Según habían leído en los periódicos los últimos cuatro años, en las temporadas anteriores aquella velada había sido el acontecimiento más alabado y aquel año, sin duda, ocurriría de nuevo.

Claire hubiera deseado quedarse en casa, inventar un pretexto para no acudir, pero sus cuñados iban por primera vez a un evento social desde la muerte de Samuel y no podía no acompañarlos, supondría mostrar abiertamente las desavenencias familiares.

Se miró al espejo antes de bajar al vestíbulo, faltaban todavía cinco minutos para las siete, cuando habían quedado todos en la puerta principal, donde les esperaría el carruaje que los trasladaría hasta la embajada de Rusia. La doncella se había esmerado, dada la importancia de la fiesta, y se veía más hermosa de lo que nunca había estado. El cabello, ondulado con unas tenacillas, recogido en un moño bajo que dejaba caer mechones por la nuca con supuesto descuido; la piel, siempre limpia, luminosa gracias a unos polvos que usaba por primera vez; el vestido, elegante, maduro y femenino; y las joyas, más ostentosas de lo que prefería, dando luz a su presencia.

No, no era una debutante, no tenía la hermosura de la juventud, pero sabía que muchos caballeros la mirarían. No quería que lo

hicieran, solo uno le interesaba y solo a ese hombre deseaba gustar. No pretendía atenciones no requeridas.

Sin embargo, ese hombre que la desvelaba no parecía no sentir lo mismo que Claire, pues la evitaba de manera evidente.

Desde que Jake, en un acto insólito, saltara de su propio carruaje tras animarla a casarse con otro caballero… No, no había sido así. Había saltado tras ofrecerse a ayudarla a buscar un esposo, uno que no sería él. Bien, pues desde entonces no había vuelto a hablar con él. Era cierto que no había ido al parque para ver si coincidían y que, en los últimos diez días, Claire había salido de la casa lo menos posible, solo al teatro y a Almack's, donde había conseguido sortearle, evitando que sus caminos se cruzaran, una proeza de la que enorgullecerse en un local diminuto y abarrotado.

El plan de esa noche era exactamente el mismo: alejarse del duque de Avonshire, quien, como familiar de los anfitriones, estaría presente desde el inicio y se quedaría hasta el final; todos los Beaufort lo harían, sin duda. No debía de ser difícil sortearlo, dado que él tampoco parecía interesado en acercarse a ella. Se esperaban, al menos, doscientos cincuenta invitados, así que Jake estaría entretenido saludando, como noble del más alto rango, a los recién llegados de mayor importancia. Y los Halsey, por más que presumiera su cuñada, no pertenecían a tan selecto grupo.

Llegaría, agradecería la invitación a los príncipes si se daba la ocasión, se dejaría ver durante unos minutos y, en cuanto se le presentara la posibilidad, saldría a los jardines de la mansión. Se decía que eran hermosos e inmensos, podría por tanto entretenerse durante una hora, al menos, sin que nadie pensara que esquivaba a quien no quería ver. Después se iría a casa y nadie la echaría de menos.

Solo serían un par de horas, se animó, al tiempo que daba una

última vuelta sobre sí misma, frente al espejo, asegurándose de no poder ser criticada.

Se reprochó, no obstante, su estupidez. ¿Cómo había podido ser tan estúpida para ilusionarse ante la idea de una segunda oportunidad con él? ¿Habría tenido, acaso, una primera oportunidad cuando debutó? Recordó todas las voces que le advirtieron, ocho años antes, de que no se dejara llevar por el ímpetu juvenil de lord Jacob Seymour. Tampoco debía, al parecer, confiar en el ímpetu madurado del duque de Avonshire, pues era igual de traicionero.

No renegaría de la noche pasada con él, había sido hermosa y un recuerdo que atesoraría. Y, además, resultó muy placentera. Pero no repetiría. Suponiendo que se diera la ocasión, le rechazaría. ¿Quién creía lord Jacob Seymour que era ella, una viuda dispuesta a dormir con el primero que se lo pidiera? Una vocecilla le dijo que era así como, literalmente, se había comportado, pues Claire era viuda y Jake el primero que había sido explícito en su deseo de poseerla.

La vergüenza la humillaba, la posibilidad de venganza le daba fuerza.

Pasaría la noche de forma discreta. La noche y toda la temporada en lo que a cierto duque se refería. Su principal labor ese año era vigilar que lord Arthur no intentara casar a la pequeña Anna. Con quién quisiera casarse Jake no era del interés de Claire.

El estómago se le encogió y le temblaron las manos al pensar en él casándose con una dama, demostrándole que, tal vez, sí le importaba un poquito, después de todo. Obviando el malestar que la idea le producía, escuchó el reloj sonar y bajó. La noche iba a comenzar.

***

Jake llegó a casa de su prima una hora antes de que lo hicieran los invitados, como Rachel había pedido a todos los Beau. Él era, en aquel momento, el miembro de mayor rango, pues el tío William, cabeza de familia, sería el marqués de Denver hasta la muerte del duque de Beaufort. También irían las cinco hermanas de este en muestra de apoyo a la princesa Rachel. Ninguna de las Cinco Virtudes había salido esa Temporada, se sabía que estaban en la ciudad porque había acudido a Berkeley Square a tomar un té en Gunter's en un par de ocasiones. Pero todavía no habían sido vistas en ningún baile aquel año, lo que extrañaba a muchas damas, siendo que tenían tres sobrinos solteros y con título y fortuna rondando por los salones.

Toda la familia estaba ya allí, se percató Jake, feliz de verlos a todos juntos. Andrei, solemne, recibía a los hombres y les aconsejaba que se alejaran de su esposa; Rachel, serena a pesar de las bromas que su marido pudiera hacer, iba pidiendo a cada uno de sus primos y tías que se ocuparan de determinadas personas que eran de especial interés esa noche. Prinny se acercaría a saludar a Andrei, desde luego, aunque se marcharía pronto, según había anunciado. Había también algunos altos mandatarios europeos a los que agasajar, además de Liverpool y algunos miembros de su gabinete.

Avonshire se dedicaría precisamente a ellos hasta que la orquesta comenzara a sonar. Les habían pedido su prima, a él y a muchos de los Beau, que, por favor, sacaran a bailar a las damas que no solían entrar en la pista, ya fuera por su aspecto o su edad. Para una mujer era difícil asumir acudir a un baile y no ser invitada a danzar.

¡Fantástico!, se dijo Jake, pensando en la noche que le esperaba. Entre el conde de Liverpool y sus ministros, y las mujeres de la edad de su madre a las que tuviera que entretener, en la pista o con una

limonada en sus límites, no tendría tiempo para determinada vizcondesa viuda que, aquel mismo miércoles, le había dejado claro que no estaba interesado en él. Desearía haberle gritado que unas noches antes sí había tenido toda su atención.

Y ¿cuál había sido su delito para ser condenado a su ostracismo? Ofrecerse a ayudarla de la manera más altruista.

Le ofrecía dotar a su hija y, aunque entendía su renuencia, se lo había tomado bastante mal al principio, por más que después se hubiera disculpado y le hubiera agradecido el gesto.

Así que le ofreció también la opción del matrimonio. Solo tenía que haber dicho Claire que quería que fuera él el hombre al que tomar por esposo y Jake se hubiera arrodillado y se lo habría propuesto. No, no había llevado un anillo aquella gélida tarde en la que la había invitado a pasear en carruaje, pero se lo hubiera pedido igualmente. En cambio, ella… ¡ella había insinuado que pretendía desentenderse de la responsabilidad de la noche anterior! Que buscaba otro hombre al que cargar con un posible embarazo.

¡Él! Él , que era un caballero consecuente. Por supuesto que sabía que intimar con una viuda no era sinónimo de matrimonio, pero un embarazo sí lo era. Cuando no se había apartado de ella en el último momento antes del éxtasis, cuando había seguido dentro de Claire, era porque estaba bien con las consecuencias que pudieran llegar.

¿Qué había pensado ella? ¿Qué dejaría que otro hombre criara a su hijo?

La rabia seguía hirviendo cada vez que lo recordaba, así que no, mejor no se acercaba a cierta dama en toda la velada. ¡En toda la temporada, de hecho!

# Capítulo 16

Tuvo la ocasión de saludar a los anfitriones y agradecerles la invitación. Después, lady Margareth vio a una conocida y Claire vio la oportunidad de separarse de los Thomas con discreción. Tomó una copa de limonada y miró a su alrededor. Había más de doscientas personas en el salón, exquisitamente decorado, y todavía llegarían más, si no se equivocaba. No le sorprendía en absoluto que durante toda la semana no se hubiera hablado de nada más, las damas a la expectativa de la grandeza de aquella noche. Se hizo a un lado, evitando a sus pocos conocidos, y se dedicó durante varios minutos a admirar la magnificencia de aquel baile. La sublime ornamentación que se replicaba en dos salones menores, la elegancia de los invitados, engalanados y enjoyados con excelencia… todo allí parecía sacado de un cuento de hadas. Ella misma, de jovencita, soñó con casarse con un noble de alta cuna y con celebrar fastuosas veladas como aquella en la enorme mansión de su esposo en Londres durante la temporada. Se preguntó si, de haber conocido a Jake unas semanas antes y no cuando su padre ya había llegado a un acuerdo con Samuel, podrían haber tenido una oportunidad real de romance. Ahora Claire sería la duquesa de Avonshire y, sin duda,

organizaría los bailes más fastuosos.

Pensar en lord Jacob Seymour arruinó su buen humor. Negó con la cabeza, dejando atrás sus pensamientos, y se obligó a salir de su pequeño retiro. Tenía que saludar a los nobles que ya conocía, esperar a que le presentaran a otros y, en fin, dejarse ver antes de desaparecer por los jardines sin que nadie se percatara de su retirada. Una vez hubiera sido aprobada su presencia por los invitados, se olvidarían de ella.

—Lady Claire —la saludó una voz a su espalda, asustándola.

Dio un pequeño brindo involuntario y a punto estuvo de caérsele la copa que portaba en la mano. Se volvió hacia aquella voz profunda y se encontró frente a frente con unos ojos verdes y una sonrisa encantadora.

—Lord Oslow —lo saludó, haciendo una ligera reverencia.

Él respondió al gesto con un ligero cabeceo, antes de pedirle:

—Llámeme Nathaniel, por favor.

Lord Nathaniel Montague, barón de Oslow, le ofreció el brazo, dispuesto a devolverla al salón y, a su lado, al escrutinio de todos. Era primo de la anfitriona, no debía negarse y, aun así, a Claire no le apetecía toda la atención que iba a acaparar en su compañía.

—No creo que sea apropiado —se quejó, tratando de evitar lo que parecía inevitable, pues había mucha determinación en la mirada del caballero.

—Ah, milady, vamos a pasar varias horas juntos en un salón atestado de desconocidos, creo que será mejor sentirnos relajados el uno al lado del otro, dado que los demás nos van a hacer sentir incómodos, sin duda.

Le hubiera dicho que usar su nombre de pila no la haría sentir cómoda en absoluto, pero había demasiadas incógnitas en la sola frase que había pronunciado aquel hombre, así que obvió su petición

de informalidad e inquirió:

—¿Pasaremos la velada juntos usted y yo, milord?

¿Qué pretendía lord Nathaniel? Era un honor, sin duda, ser atendida por un Beaufort en el baile más importante de la Temporada, pero era un honor que no merecía ni le correspondía. No entendía nada y temía que Avonshire estuviera detrás de aquella extraña, casi desagradable situación.

—Mi prima Rachel… supongo que la conoce, es la anfitriona de esta noche y la princesa…

—Sé quién es lady Rachel —lo cortó, sonrojándose al punto por su osadía.

Rio él, una carcajada que atrajo la atención de quienes estaban cerca. Por un momento, la mirada de Claire se cruzó con la de Jake y unos ojos azules oscuros la miraron, admonitorios. Se sintió mal sin razón.

—Imagino que debe saber quién es —prosiguió Nate, simulando no haber leído el cruce de miradas entre ellos—, pues es ella quien me ha pedido que sea su acompañante esta noche y me asegure de que se siente feliz.

Lo miró con fijeza, valorando la verdad de sus palabras.

—Debe de tratarse de un error —apuntó con seguridad.

A punto había estado de decir que no le creía, pero tildarle de mentiroso hubiera sido imperdonable.

—Error o no, es mi deber hacer que usted se sienta cómoda —le explicó en tono jovial—, así que, si me hace el favor, lady Claire…

Volvió a ofrecerle el brazo y ella no pudo negarse una segunda vez. Se apoyó en él y se dejó dirigir por la enorme estancia. Le fueron presentados varios invitados notables y pasó más de una hora sonriendo e intercambiando impresiones con las personas a las que iba conociendo. Tenía que reconocer que, si había de pasar

horas en sociedad, la compañía del barón de Oslow suponía un privilegio. Era un caballero atento y educado, que irradiaba buen humor y que gustaba a todos.

Sonaron los instrumentos de la orquesta. En breve comenzaría el baile. A su pesar, se había sentido tan bien que había perdido la noción de tiempo, enviando al traste su intento de marcharse lo antes posible sin parecer grosera.

—¿Y bien, milady? ¿Deseará bailar?

¿Lo deseaba? No, supo. Había llamado la atención de muchos al ir del brazo de uno de los solteros más elegibles de la ciudad. No quería enardecer las especulaciones con un baile. Y si se quedaba en el salón, acabaría aceptando varias danzas más.

—Preferiría, si puedo elegir, un paseo por los jardines. —Deseaba volver a su plan original, desaparecer un buen rato, regresar, dejarse ver de nuevo e irse a casa—. Pero no es necesario que me acompañe, ya le he acaparado durante demasiado tiempo. Entendería que usted…

No pudo seguir hablando; Nate tiró de ella hacia un lateral de la estancia.

—Vayámonos ahora que nadie nos mira.

—Deberíamos esperar a que los príncipes abran el baile —lo amonestó. Sería imperdonable no hacerlo.

Se volvió un momento hacia la pista el barón y después negó con la cabeza.

—No lo creo. A Andrei no le gusta la atención excesiva, agradecerá dos pares de ojos menos sobre él. Y Rachel no sabrá quién observa y quién no; cuando baila con su esposo se olvida del resto del mundo, siempre ha sido así.

Volvió a tirar de ella, alejándola finalmente del salón. Claire se dejó llevar por un amplio corredor. En un momento dado, entraron

en una estancia de pequeñas dimensiones. Preocupada, se apartó de él cuanto pudo.

—Milord, no creo que esto sea adecuado —se quejó, apurada.

¿Qué pretendía aquel caballero llevándola a un cuarto diminuto para estar a solas? ¿Había confiado demasiado en él y su probidad?, ¿la había engañado con su supuesto humor despreocupado?

Nate la miró sin comprender durante unos segundos. Después entendió a qué se refería la dama y enrojeció un poco. Verlo azorado hizo sonreír a Claire, un gesto cómico que rebajó la tensión.

—Es un atajo —le prometió con tono de disculpa por no haberse explicado antes—. Para ir a los jardines podríamos haber cruzado el enorme salón en el que estábamos e ir desde allí a la parte este, donde están los parterres. Por aquí, salimos sin que nadie nos vea, al evitar cruzar la pista de baile y accedemos, además, a la parte norte, la zona de los rosales. Es la más bonita y tranquila. Antes de que me diga que no es adecuado, déjeme explicarle que yo también necesito un poco de calma tras dos horas ahí adentro, que el camino está bien iluminado y que mantendré con usted una distancia más que decorosa.

Fue el turno de Claire de sonrojarse. Al menos, era un caballero y no se sentía acusado de excederse en la confianza, por no decir algo peor.

—Gracias.

Esa vez no le ofreció el brazo, cumpliendo su promesa de alejarse. Abrió la cristalera de la pequeña estancia y le cedió el paso.

—Andrei dice que esto debía haber sido un pequeño almacén con ventilación, pero que él prefirió que fuera su ruta de escape cuando deseara fumar sin que se le cruce nadie de la embajada. No tardó en enseñárnosla a los hombres de la familia, para cuando deseamos huir de nuestras primas.

Asintió ella, creyendo que bromeaba, y salieron al jardín y a la noche. Pasearon en silencio unos pocos pasos, aliviados al sentir el aire libre, disfrutando del silencio. Pero poco duró aquella paz, fueron interrumpidos por una voz claramente amonestante:

—No deberías estar aquí, Nate.

Una voz que ambos conocían bien. Se volvieron para saludar al duque de Avonshire.

Jake había divisado a Claire en cuanto ella había entrado en el salón acompañada de los Thomas. A pesar de estar enfadadísimo con la vizcondesa, su corazón se había acelerado como cuando era joven al verla. Iba enfundada en un vestido verde con abalorios dorados de seda que realzaba su sensualidad. Era preciosa, siempre lo había sido, reconoció.

Al no perderla de vista, había sido consciente del momento exacto en que Nate la había ido a buscar a un extremo del salón, donde ella parecía querer ocultarse del resto, y también de cómo, tras una pequeña charla, su primo había ofrecido el brazo a la vizcondesa viuda. Así cogidos, la había estado paseando por el salón sin rumbo fijo, presentándole a una parte de los invitados, sonrientes ambos, cómodos al parecer con su compañía.

Y, claro, en cuanto la orquesta había dado aviso de que el baile comenzaba, Jake también había sido testigo de cómo se escabullían por una salida lateral. Disculpándose con el ministro del Interior, el duque los había seguido.

Solo al escuchar la conversación en el cuartito, la salita que solo los primos conocían, había rebajado algo su enfado Jake, dado el hecho de que ella fuera reticente a quedarse a solas con Nate.

Inicialmente, la rabia le había llevado a pensar que Claire pretendía atrapar a Nate porque era también un Beaufort y, por tanto, tan válido como él para las intenciones del título de los Halsey

y la seguridad de Anna. Obligándose a razonar, había admitido que era su primo quien se había acercado a la vizcondesa y, queriendo defenderla, dudaba mucho el duque de que aceptara ella un matrimonio forzoso, no cuando unos días antes había montado en cólera al ofrecerle él la posibilidad de un esposo. De haber cambiado de idea Claire, ¿acaso no habría pensado en él primero?

Y ¿qué diablos estaba haciendo Nate acercándose a una de las damas de la lista que sus tías habían organizado para Jake; a la única dama, además, en la que había mostrado interés? Oslow podía ser puñetero, a veces, pero no un suicida.

Fue la voz de este, precisamente, la que lo devolvió a la realidad, al responder a su pregunta:

—En realidad, este es el lugar correcto para que yo esté, Jake. Pregúntale a Rachel si no me crees —se defendió de un modo pueril.

Ninguno de los dos se chivaría a una de las Beau de nada.

—Entendí que debías estar… que todos nosotros deberíamos estar ahí adentro —. Señaló hacia la enorme mansión, titubeando. ¿Qué estaba pasando allí?, ¿qué se le escapaba?

Asintió el barón.

—Así es para vosotros. A mí, en cambio, me han encomendado que me preocupe exclusivamente de la vizcondesa viuda de Halsey —le informó, al tiempo que la aludida ahogaba un gemido de embarazo.

La voz del barón sonaba seria, sus ojos, en cambio, parecían reírse de él. Se tragó Jake una palabrota. Nate no era tonto, si le habían ordenado algo así, tenía que saber por qué se lo pedían.

—Coincido con el duque en que debe tratarse de un error —explicó Claire—. No sé cómo…

—¿Quién ha sido? —exigió saber Jake, ignorándola, al menos por el momento.

Nate se tragó una carcajada. Le diría, encantado, la lista de conspiradoras y se entretendría viendo la venganza.

—Veamos… Rachel, desde luego… —comenzó a enumerar.

—Desde luego —repitió enfurruñado Avonshire.

—Y también tu hermana y Esther. Y Els, Els ha sido bastante…

—Suficiente.

Se sentía avergonzado. No por sus primas, de las que encontraría el modo de vengarse, sino por Nate y por la situación, porque Claire estuviera escuchando todo aquel despropósito.

—Al menos no se lo han pedido a Derek —bromeó su primo a modo de burla.

Por todos los Beaufort era sabido que, de los varones, Derek era el más apuesto según las damas de la familia.

Gruñó, sabiendo que se reía de él.

—Lárgate.

—Pero…

Objetaba Oslow a Jacob, pero, al mismo tiempo, se estaba despidiendo con un cabeceo de Claire.

—Desde ahora te sustituyo —le informó sin necesidad el duque—. Y si alguna de las dichosas metomentodo preguntan por ella…

—La dama se ha ido a casa aquejada de un dolor de cabeza.

No dijeron más. Reinó el silencio hasta que la figura del barón desapareció por completo. Solo entonces la voz de Jake resonó en el jardín, indudablemente enfadada:

—¿A qué se supone que estás jugando, Claire?

# Capítulo 17

Enfadada, respondió sin pensar.

—¿A qué se supone que estáis jugando vosotros conmigo, Jake?

Se sintió mal al decirlo, pues había sido invitada a aquel elegante baile que, tal vez, no mereciera por rango y, además, sería escoltada durante toda la velada por un Beaufort. Aun así, sentía que la charla que acababa de escuchar consistía en algún mal chiste a su costa.

Avonshire suspiró y se pasó la mano por el pelo, exasperado.

—Deberías preguntar a mis primas. —Contaba con que la dama no se atrevería a interrogarlas al respecto—. Si has entendido algo de la conversación con Nate, es obvio que son ellas las que tienen la respuesta a tu pregunta. Y a mis dudas, también.

Puso los brazos en jarras, sintiéndose retada. Como si no fuera lo bastante valiente para enfrentarse a ellas. Lo que, tal vez, tuviera un punto de verdad… Aun así, tomó el guante que le había lanzado, tan molesta se sentía:

—Rachel estará demasiado ocupada esta noche como para entretenerla con nuestro malestar. Tal vez tu hermana Mary sí quiera hablar conmigo. Si no, lady Beckett podría…

—Olvídalo —le exigió, preocupado, tirando de ella y adentrándola

en el jardín.

Pasearon durante unos minutos, dejándose imbuir por el silencio y el fío de la noche, calmándose. Volvió ella a preguntar, más tranquila ahora:

—¿Por qué han enviado tus primas al barón de Oslow a cuidar de mí? —Ahogó un gemido de vergüenza al pensar en la respuesta más plausible—. ¿Acaso saben…? Imagino que los Seymour habréis advertido al resto sobre la propuesta de lord Arthur de casar a Anna y ellos podrían pensar que yo…

—Mis hermanos jamás contarían nada sobre ti, Claire, ni tampoco sobre tu hija —le aclaró con solemnidad—. Y si no quieres que nadie sospeche que tratas de pescar a un Beau, no deberías dejarte ver con ninguno de nosotros, menos todavía en un trato tan cercano e informal.

Volvió a indignarse. Ahogó un grito quejumbroso. Aun así, levantó la voz.

—¡Yo no pretendo pescar a nadie ni he elegido la compañía de ningún Beaufort!

—Eso es obvio. —El tono del duque fue duro.

Se detuvo, presa de la furia.

—¿Qué es obvio? ¡Jake, te he preguntado qué diablos es obvio! —juró, dejándose llevar por la ira.

—Que no quieres casarte con un Beaufort. Eso es lo obvio.

Abrió los brazos, incrédula, como pidiendo a los cielos que le regalaran paciencia.

—¿Acaso he tenido opción alguna vez de casarme con un Beaufort, para que afirmes con seguridad que no lo haría?

Fue el turno del duque de indignarse.

—¡Te pedí matrimonio!

Por un momento, la vizcondesa quedó muda. Respiró hondo y

bajó el tono, queriendo ser razonable.

—Apenas hacía dos semanas que nos conocíamos, Jake, y mi padre ya había llegado a un acuerdo con el vizconde de Halsey. Cúlpame de no haber confiado en la profundidad de tus sentimientos, si es que la propuesta fue hecha desde el corazón y no desde la precipitación o el orgullo. De haber sido otras las circunstancias, te habría dicho que sí, pero las cosas fueron como fueron y no tuve ninguna posibilidad de casarme contigo. —Lamentó la pena que se filtraba en su voz y que, sin duda, él reconoció—. No tuve otra opción —repitió.

Sabía que ella tenía razón, que la realidad de ocho años atrás había sido otra, que no fue el amor lo que en aquel entonces le impulsó a pedirle que huyeran juntos a Gretna Green, sino la pasión y la competitividad al verse apartado de su lado por otro hombre. Esa temporada, sin embargo, sí era su corazón el que la reclamaba.

—¿Y qué me dices de la carta? —la acusó, arrepintiéndose al momento de sus palabras. No quería desenterrar el pasado, prefería centrarse en el presente—. Olvídalo.

—¿Qué carta? —quiso saber Claire—. ¿Qué carta? —repitió.

—Deberíamos pasear —cambió de tema Jake, apoyando la mano ligeramente en su cintura para impulsarla a caminar.

Recibió un manotazo. La dama se volvió hacia él, frente a frente, y le sostuvo la mirada como no había hecho las últimas veces que se habían visto. Una mirada a rebosar de determinación.

—¿Qué carta?

Su voz no admitía excusas. Era la clase de voz que advertía de que, si no recibía la respuesta que merecía, finalizaría la charla y regresaría al salón, o a su casa o donde fuera, pero lejos de él.

—Recibí una carta al día siguiente de nuestra última noche en Almack’s, una carta firmada de tu puño y letra…

—Yo nunca…

—O eso creí entonces —siguió, sabiendo qué iba a decir ella, dándole la razón—, que la habías escrito tú.

Callaron un rato. En algún momento del silencio, incluso, echaron a andar de nuevo, vagando por los senderos sin rumbo.

—Yo nunca te escribí una carta.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Hubiera reconocido tu caligrafía —explicó.

Y bastó para que ella entendiera que le creía. Pero eso no significaba que fuera a dejarlo pasar, era tan testaruda como decidida.

—¿Qué decía la carta?

Jake valoró mentirle, pero finalmente decidió no hacerlo. Parecía un momento propicio para sincerarse y habían pasado ya casi ocho años.

—¿Básicamente? Que no escogerías como marido a un joven sin título.

Se detuvo y lo miró, ojiplática.

—¿Creíste eso de mí?

Se pasó la mano por el pelo y pensó bien la respuesta, no queriendo ofenderla, pero tampoco restar importancia a lo que significó aquel rechazo para él.

—En aquel momento hubiera creído cualquier cosa que te convirtiera en una villana y a mí en tu víctima. Era preferible creer que tu rechazo se debía a mi falta de nobleza y no a ningún defecto en mi carácter.

Sus palabras, honestas, la ablandaron.

—Me hubiera casado contigo —susurró.

Fue el duque quien se detuvo entonces.

—¿Y ahora ya no?

Alzó las cejas la dama, confundida.

—Ahora no me lo has pedido —respondió con lógica, dándose cuenta demasiado tarde de que parecía quejarse por ello—. Quiero decir…

—En el carruaje —replicó, exasperado de pronto—. Te dije que podía buscarte un esposo y tú te enfadaste.

Lo miró como si, de repente, hubiera perdido la cabeza. Le replicó en el mismo tono impaciente:

—Me ofreciste buscarme un esposo, no dijiste que te ofrecieras tú para el papel.

—¡Se sobreentendía! —le contestó, crispado.

Rio Claire, una risa seca, molesta como estaba por su presunción.

—Si aquello era una petición, entonces, Avonshire, ¡enhorabuena!, te has superado. Hace ocho años, en Almack's, me lo pediste en el lugar menos propicio, frente a las matronas más importantes de la alta sociedad, en voz susurrada, proponiendo una huida a Escocia. Y la semana pasada, al parecer, volviste a pedir mi mano, esta vez sin explicar que serías tú el novio. Jake —lo aleccionaba aun sin pretenderlo—, si es así como piensas declararte a tu futura esposa, me temo que vas a terminar soltero.

—¡Pues cásate conmigo! —le espetó, enfadado.

Claire paró en seco y lo miró.

—¿Me lo estás proponiendo?

¿Lo estaba haciendo?, se preguntó Jake. ¿Debían casarse? Se volvió cauteloso:

—Piénsalo, necesitas un esposo para facilitarle la vida a Anna.

—¿Tanto quieres el título y la fortuna de los Halsey? Aunque ni siquiera sé si el rey te concedería…

—¿Te parece que necesite lo que los Halsey puedan ofrecerme,

Claire? —preguntó con altanería.

—¿Entonces?

—Tengo que casarme —le dijo, como si eso lo explicara todo—. Tengo que casarme y eres la mejor candidata de mi lista.

—¿Has hecho una lista? —preguntó, irónica—: Me parece muy ordenado, aunque te confieso que me sorprende que me incluyeras en ella.

—No es mi lista —se defendió—. La han hecho las Cinco Virtudes.

Ahora sí, la risotada fue sonora.

—¿Tienden tu madre y tus tías a decirte con quién te debes casar?

—¿Acaso no te lo dijo a ti tu padre?

—Una dama no tiene opción.

—¿La tengo yo, acaso?

No, ninguno de los dos la tenía, reconocieron.

—Cásate conmigo —insistió—. De verdad que no se me ocurre nadie mejor.

Debería sentirse eufórica, se dijo Claire. El hombre al que amaba le estaba pidiendo matrimonio y sería, además, la solución a todos sus problemas. Sin embargo, se sentía triste como no lo había estado ocho años antes.

—Supongo que sería la mejor solución para tus problemas y también para los míos —dijo más para sí que para él.

A Jake le valió su respuesta.

—Casémonos, entonces. En la iglesia de Saint George, en un mes a contar desde hoy mismo. Mañana visitaré a los Halsey y les pediré tu mano. Y pasado mañana te irás de su mansión, quédate en casa de Mary y aléjate de ellos, aleja a Anna de ellos, más bien. Mi tío William se encargará de los esponsales y los términos económicos. Casémonos —dijo con voz firme, convencido—. Y ahora será mejor que te marches. Si salimos por aquella puerta, un sirviente te pedirá

uno de los coches de Rachel y te acercará a la mansión de los Halsey. Yo iré desde allí al salón a disculparte con lord Arthur y le diré que mañana después de comer iré a visitarle formalmente. Lo entenderá.

Todavía sin saber bien qué había ocurrido, Claire se vio en un coche de vuelta a casa, prometida y, de algún modo, ilusionada.

***

Como prometiera, al día siguiente, después de comer, visitó al vizconde de Halsey. Nadie podía saber que la noche anterior, al dejarla a ella en un carruaje, había regresado al salón, reunido a sus hermanos, a su madre y al marqués de Denver y les había expuesto su matrimonio. Tras las felicitaciones pertinentes, había expresado la necesidad de que el matrimonio se celebrara en un mes y todos ellos se habían repartido las tareas. Así, la reunión con lord Arthur fue sucinta, pues todo estaba cerrado ya. El vizconde solo tenía que dar su consentimiento y, dado su afán por mantener el título de los Halsey vivo, no puso objeciones.

Así, veinte minutos después de su llegada, una criada pidió a Claire que bajara a la salita amarilla, donde el duque de Avonshire le esperaba para una charla a solas. Antes de entrar, lord Arthur asomó la cabeza desde el estudio, al otro lado del corredor, y le sonrió, un gesto calculador que la puso tensa.

Llamó a la puerta y esperó a que Jake respondiera para entrar, algo extraño cuando era él la visita, pero que le pareció necesario.

Se miraron, tímidos. Le ofreció un té, nerviosa.

—Acabo de tomar uno, gracias. Siéntate, por favor, así podré sentarme yo también.

Hizo Claire lo que le pedía. No sabía cómo preguntarle de qué

había hablado con su cuñado. No, lo que no sabía cómo averiguar era si estaban o no prometidos. Afortunadamente, Jake parecía más sereno y fue directo al asunto.

—A última hora de esta mañana mi tío William, el marqués de Denver —no era necesario especificarlo, pero lo hizo igualmente— ha enviado un contrato al vizconde de Halsey con nuestro acuerdo nupcial. Lo ha leído y firmado. Nos casaremos el día veinte del próximo mes en Saint George, si no tienes otra parroquia de preferencia. Mañana se leerán los primeros esponsales y en la edición vespertina del *Times* de hoy saldrá anunciado nuestro compromiso. —Había planificado todo al milímetro para que ella no pudiera negarse. Parecía tranquilo, pero era presa de los nervios, de las dudas, temeroso de que Claire hubiera cambiado de opinión en las últimas horas—. Mañana por la tarde te mudarás a casa de mi hermana. Anna y tú lo haréis. Los Halsey dejarán de ser los tutores de la pequeña. Y Mary se encargará de hacerte sentir parte de nuestra familia. Vuestra familia, desde ahora.

No se le ocurrió nada más que añadir, así que tomó aire, a la espera de lo que su prometida quisiera contestar.

Tardó mucho ella en hablar. Finalmente, solo dijo:

—De acuerdo.

Pero su tono era resignado y su mirada estaba triste.

Jake se acercó hasta ella y le tomó la mano.

—No sé qué esperabas de tu matrimonio, Claire, pero démonos una oportunidad. Tenemos un mes para encontrar mejores razones que la conveniencia para casarnos. Mañana te mudas, vayamos al día siguiente por la mañana al parque Anna, tú y yo. Pasemos un rato juntos y conozcámonos mejor los tres.

Asintió ella en el mismo tono.

—De acuerdo.

Le dio un ligero beso en los labios y se marchó con una sensación agridulce. Tras varias veladas de caricias y besos a escondidas y una noche de pasión, parecían, de pronto, dos desconocidos.

# Capítulo 18

Como cada mañana desde que Claire se mudó a la residencia de los Herbert, Jake acudió de visita. Su hermana no simulaba sentirse atendida ni anfitriona, así que, después de saludarla —solía buscar el duque antes a Mary—, iba en busca de su prometida y de la hija de esta. Algunas mañanas se les unía también George, el vástago de los marqueses de Herbert. La pequeña Jane, la hija menor de su hermana, era todavía muy pequeña y no caminaba siquiera.

Pasaba la mañana explorando con Anna, ya fuera inspeccionando cada estancia de la casa o cada parterre del jardín. La niña gritaba de emoción, se escondía tras las piernas del duque si estaba oscuro y, en fin, lo buscaba a cada paso.

La emoción inundaba a Claire en cada gesto de cariño que Jake y Anna compartían. La pequeña no había tenido una figura paterna, lord Arthur no le había prestado atención, y había hecho del duque de Avonshire su héroe.

Él, por su parte, parecía tener un especial vínculo con ella. Apenas se conocían una semana y, por momentos, Claire sentía pequeños arrebatos de celos, tan segura se sentía su hija con aquel hombre que, en ocasiones, parecía incluso olvidarse de su propia madre.

Si había amado a Jake antes, verlo con Anna hacía que sus emociones se multiplicaran. La idea de ser una familia, de tener más hijos con él, le henchía el pecho y le hacía preguntarse si merecía tanta felicidad.

Aquel día, no obstante, sería distinto. La pequeña había pasado una mala noche, con tos y fiebre, y se había quedado en la cama. Jake y Claire tendrían que pasar la mañana a solas, algo que desde que se prometieran les resultaba incómodo.

Decidieron salir a dar un paseo por Hyde Park. Él había estado ya allí dos horas antes, cabalgando, pero lo propuso igualmente. En cuanto Mary supiera que estaban solos, aparecería al punto, temerosa de que pudieran intimar. ¿Intimar? Si apenas les venía justo mirarse, protestó el duque para sí. ¿Acaso el compromiso había enfriado la pasión?

Aunque, si era honesto, habían dejado de besarse, de acariciarse, después de hacer el amor. No, sabía que ella había gozado, no pensaba que le huyera desde entonces, lo que habría dejado su hombría muy dañada. El problema estribaba en que después habían discutido en el carruaje, ella había entendido que la animaba a casarse con otro hombre, él había dejado de coincidir con ella… y, aunque en el jardín de Rachel había intentado aclararlo todo, había precipitado un acuerdo de boda y dejado demasiados temas inconclusos. Ahora parecía casi imposible discutir nada al respecto.

Claire caminaba a su lado, ajena a los pensamientos del duque, consciente de que siempre que se quedaban a solas era igual: él se ensimismaba y parecía retroceder, alejarse de ella aun sin moverse de su lado.

Así, preocupado él por la falta de cercanía por parte de Claire y ella por la distancia que Jake parecía querer fijar entre ambos, llegaron al parque. Se encaminaron hacia Rotten Row, un sendero

que terminaba cerca del palacio que el rey Jorge estaba construyendo para su madre.

Decidida a hablar con él, de lo que fuera, pero queriendo romper de una vez el tenso silencio, se lanzó a parlotear.

—No sé bien cómo agradecer a tu hermana su hospitalidad. A los marqueses, quiero decir. He pensado en un regalo, pero no se me ocurre ninguno, parecen tener todo lo que quieren —se quejó desde el cariño.

Jake pensó que así era, que Mary y Herbert tenían todo lo que podían desear: se tenían el uno al otro y parecía ser suficiente. El destino les había regalado, además, dos hijos sanos. La envidia lo atrapó.

Quería lo mismo para Claire y para él. Aprovechando que ella parecía estar relajada, le comentó:

—Elige algo para los pequeños, nada hará más feliz a mi hermana. Y, siendo honestos, es ella quien está contigo, mi cuñado se refugia en White's ahora que en su casa hay dos damas viviendo y un montón de primas Beau acudiendo a organizar una boda.

Rio ella. No era cierto, la boda la estaban organizando la madre y las tías de Jake y apenas le consultaban. Era la misma Claire quien había celebrado que las Cinco Virtudes quisieran encargarse de todo; ella no tenía confianza suficiente con nadie en la ciudad para que la ayudara a preparar su enlace y las primas de su prometido parecían muy ocupadas con la temporada y sus familias. Las cinco hermanas Beaufort estaban siendo respetuosas y pidiéndole opinión en todo, pero Claire se dejaba llevar.

Así que el marqués de Herbert no se marchaba a su club, pero, eso sí, se encerraba en su estudio a trabajar, por lo que sabía.

—Creo que encargaré una joya bonita para la pequeña. Apenas tiene ocho meses, pero siempre puede usarla cuando crezca un poco

más.

Asintió Jake, decidido a tomarle la mano en cuanto tomaran uno de los senderos menos transitados. Con la sonrisa de Claire parecía que la distancia entre ellos se acortaba.

—Quizá podría acompañarte a comprarla.

Se negó ella, quería pagar Claire la joya y Avonshire, galante, no se lo permitiría, esgrimiendo cualquier excusa sobre su boda. Sería una alhaja más humilde, sí, pero sería, asimismo, su regalo, no el del duque. Seguro que él ya había dotado a la niña de una buena joya cuando nació. Y a saber qué más.

—No, por favor, quiero ir yo sola.

Malinterpretó él su respuesta y olvidó el propósito de tomar su mano, decepcionado al verse apartado de nuevo.

—Deberíamos volver —le pidió, sintiéndose rechazado—. En breve llegará mi abogado a casa.

Asintió la dama, triste por tener que separarse. Aprovecharía, al menos, para comprar un colgante bonito para la bebé. Se entretendría así y no pensaría en el hecho de que su prometido y ella se habían convertido en dos extraños.

***

Fue el mayordomo quien avisó de que el conde de Hill le esperaba en su estudio. Robert se había puesto cómodo y leía la prensa con una taza de té en la mano, apoltronado en un sillón enorme.

—Buenos días —lo saludó Jake al entrar. Regresaba de Hyde Park, de su paseo habitual.

—Buenos días —respondió el mayor de los Seymour sin levantar la vista del periódico. Parecía especialmente interesado en lo que leía.

—Si has venido por el *Times*, puedes llevártelo a tu casa y

terminarlo allí —se burló.

—«Llama poderosamente la atención el afecto que ha desarrollado en tan poco tiempo el duque de A. por su prometida y por la hija de esta, fruto del matrimonio de lady C. con el difunto vizconde de H»…

—¿Por qué se molesta el escritor del artículo en indicar solo la inicial cuando todos sabemos de quién está hablando? —se burló Jake, sirviéndose una taza de té y acomodándose frente a su hermano.

—Tu matrimonio ha despertado mucho interés.

—Todavía no me he casado.

Rob se puso serio al escucharle.

—¿Tienes dudas?

—No —respondió sin mirarle, con seguridad.

—¿Las tiene ella?

—Espero que no.

Pretendía sonar divertido al tiempo que seguía removiendo el azúcar sin mirarle, pero había un punto de preocupación en su voz que alarmó al mayor.

—¿Entonces…?

—Entonces nada, solo constato que todavía faltan tres semanas para que me case.

—Se diría que te estás impacientando —se burló de él, impenitente.

Suspiró Jake.

—Es posible. —Se pasó la mano por el pelo en un gesto que comenzaba a convertirse en una costumbre, conforme sus nervios se acrecentaban—. Debí pedir una licencia y haberme casado al día siguiente del baile de Rachel. Así todo habría pasado ya.

—Si te sirve de consuelo, creo que hiciste lo correcto al no casarte con prisas, sino esperar a que se publiquen los esponsales en tiempo

y forma. *La ton* quedó sorprendida ante vuestro anuncio, precipitar el enlace hubiera sumado rumores.

—¿Rumores? —inquirió, molesto—. ¿Qué malditos rumores?

Alzó las manos Rob indicando que él era únicamente el mensajero.

—Hay quien recuerda vuestro corto entendimiento de hace ocho años y comenta que debisteis casaros entonces, hay quien afirma que ella está en estado de buena esperanza y que por eso no esperaréis a organizar una boda fastuosa a finales de julio, como se esperaría de un duque.

Gruñó, agobiado. Hasta que heredara el ducado, nunca había estado en el foco de atención, solía ser a Robert a quien más señalaban. Los últimos años de su vida habían sido sofocantes durante cada Temporada y ese año, con la aparición de Claire, temía que la presión lo superase. O, peor todavía, que fuera ella quien se sintiera más agobiada con tanta atención sobre su persona.

—Supongo que por eso Mary está protegiendo el dormitorio de Claire como si fuera el propio, para evitar… —calló, avergonzado.

Rio Hill, divertido.

—También es mejor así. Asegúrate de que tu heredero nazca pasados nueve meses desde la boda y deja que sean Nate y Derek los que carguen con las miradas de las cotillas a partir de ahora.

Un hijo con Claire; la idea le gustó muchísimo. Sonrió de manera involuntaria. Viendo Rob que su hermano se había relajado, le preguntó con voz sobria:

—Jake, ¿te casas por los motivos correctos?

Avonshire no quería evitar la respuesta. Eran muchos los motivos adecuados para casarse, pero Hill se refería solo a uno. Asintió, esquivo.

—Me caso por los motivos correctos.

—Y ella, ¿se casa por los motivos correctos?

Se volvió a mirarle.

—Creo que eso queda entre Claire y yo, Rob.

—Si quieres saberlo, solo tienes que decírselo tú primero —le aleccionó, ufano—. No me mires como si quisieras golpearme, solo declárate. Es obvio para todos los que os observan durante más de tres segundos que estáis enamorados. Así que solo tienes que confesarte tú primero.

Aquel era un asunto que atañía únicamente a Claire y a él, agradecía la preocupación de su hermano, tanto como la de su hermana Mary, que estaba siendo de mucha ayuda con Claire, pero también la mayor guardiana de su virtud, si es que una viuda tenía una virtud que ser guardada… Como fuera, no hablaría de temas de pareja con nadie más. Como tampoco Rob hablaba de cuestiones íntimas que se refirieran a Helena o Mary sobre George.

Perezoso para abrir las carpetas que le esperaban sobre la mesa, Jake se acercó a la estantería y eligió uno de sus libros favoritos, dando la conversación por concluida.

Su hermano no tardó en marcharse. Aunque, por el placer de fastidiar, se llevó el *Times* con él.

Ya solo, Jake apartó el tomo que había escogido y lo dejó sobre la mesa. Tomó la taza, pero la notó fría. Tiró de la campanilla, pidió una tetera caliente y se limitó a mirar por el ventanal que daba al jardín interior de la mansión.

Sentía que había un muro entre ellos ahora. Cuando estaban con la pequeña Anna todo era sencillo, se mantenían atentos a cada paso, a cada palabra de la niña, con la que él tenía cada vez una mejor relación. En apenas una semana le había tomado muchísimo cariño y se moría por que se mudaran a vivir con él. Había comprado muñecas para Anna que, esperaba, fueran su deleite.

Cuando se quedaba a solas con Claire, en cambio, todo parecía

más complicado. Si durante las dos primeras semanas de aquella temporada había sido sencillo buscar momentos a solas para pasear tomados de la mano o para besarse, ahora le costaba hablar con naturalidad, incluso.

¿Estaría ella arrepintiéndose?

# Capítulo 19

Claire bajó a tomar el té con Mary, como cada tarde. Cuando bajó a la salita de la marquesa, fue recibida con una sonrisa, lo que la llenó de calidez. Hacía muchos años que no se sentía bienvenida en ningún sitio. Si alguna vez había sido así, ya no lo recordaba.

—¿Se ha dormido Anna?

Asintió. Un par de veces había merendado con ellas, cuando estaba demasiado inquieta para dormir la siesta.

—Ha sido una mañana muy movida para ella, creo que ha explorado cada rincón del jardín como si nunca hubiera estado en él. —Era el rincón favorito de la niña.

La mirada de la marquesa se llenó de ternura.

—George —se refería a su hijo, los marqueses de Herbert tenían un niño de dos años y una niña de ocho meses— ha disfrutado también llevándola de aquí para allá como si fuera su muñeca; su hermana todavía no camina y no puede jugar con ella. La niñera no ha logrado que se quede dormido, no paraba de preguntar por su tío. Finalmente lo he dejado con la niñera, que le está leyendo La Ilíada.

—Anna también ha preguntado si regresaría esta tarde.

Mary compuso un gesto de orgullo.

—Es bueno que Jake y Anna se lleven tan bien. —Dudó antes de seguir—. Espero que vosotros dos os podáis llevar también.

Claire se giró a mirarla, extrañada. Era el primer comentario personal que le hacía en la semana que hacía que vivía allí. No estaba acostumbrada a compartir sus pensamientos con nadie, no había tenido amigas de su edad hasta que ingresó en la academia de señoritas a los quince años y, cuando se casó, se vio aislada. No sabía cómo responder a la invitación para sincerarse por parte de la marquesa. Esta la vio dudar, notó su embarazo y se disculpó al momento.

—No pretendía ser una crítica, no quería ofenderte.

—No lo has hecho —respondió con tono serio, no porque se hubiera sentido incómoda, sino porque, en realidad, no le había molestado en absoluto el comentario—. No me he sentido cuestionada, de verdad que no.

Mary la creyó. No sabía qué podía añadir que le hiciera entender que hablaba movida por la preocupación por su boda.

—Un matrimonio se construye con el tiempo.

—¿Fue así con tu esposo? —quiso saber la vizcondesa, entonces, haciendo una pregunta tan personal.

Mary sonrió al recordar sus principios con George.

—En realidad estuvimos enamorados desde el principio. Quizá era más un sentimiento apasionado, no nos conocíamos tanto como para amarnos como lo hacemos ahora, pero partíamos con la ventaja de querer aquel matrimonio. De desearlo.

—Yo deseo casarme —se justificó.

—¿Deseas casarte con mi hermano? ¿O necesitas casarte?

Alzó las cejas Claire, sorprendida.

—Deseo casarme con tu hermano, claro. —¿De veras tenía que

preguntarlo?—. ¿Acaso no es evidente?

Negó con la cabeza la otra. Prosiguió ella:

—Tal vez no sea malo que la alta sociedad no sepa de mis sentimientos. Quiero decir, el amor no es una cuestión que se trate públicamente.

Claire compuso al punto un gesto de disculpa. Los Herbert, y también otros Beaufort, se comportaban de manera afectuosa frente a otros.

—Quizá sea bueno para *la ton* que tu amor no sea evidente, pero no sé si a Jake le guste tanta distancia.

¿Qué quería decir con eso? ¿Su prometido no sabía que estaba enamorada de él? Bueno, no se lo había dicho, pero tenía que ser obvio. ¿Por qué, si no, se casaría con él? ¿Por qué se habían besado, dormido juntos aquella noche, incluso, antes de prometerse? ¿Acaso una dama viuda volvería a casarse si no era por amor? Había tenido la suerte de poder vivir un matrimonio sereno, no necesitaba arriesgarse a un esposo que la tratase mal, no cuando gozaba de cierta libertad ahora y, con los años, dicha libertad podía ser aún mayor.

¿Sería esa la razón por la que él se mostraba tan distante con ella y no trataba de besarla, siquiera?

Pero tampoco él le había hablado de amor, se disculpó a sí misma.

Recordó el rechazo de años atrás, la carta que supuestamente ella le escribió y la extraña conversación en el carruaje. Y también sus palabras después de decidir casarse: «Démonos una oportunidad. Tenemos un mes para encontrar mejores razones que la conveniencia para casarnos».

Quizá tenía que ser ella la valiente, dados todos los rechazos que él había recibido. ¿Era así la búsqueda del amor, un acto de valentía? ¿Se le habría declarado Jake, una vez más, a su extraña manera, al

hablarle de darse una nueva oportunidad?

—Voy a salir, Mary —dijo, antes de arrepentirse

***

Llegó a las escalerillas frente a la entrada principal de la residencia del duque de Avonshire, pero nadie abrió. Dubitativa, subió hasta el último peldaño y, finalmente, tomó la aldaba y golpeó la madera. Era la primera vez que necesitaba llamar, lo habitual era que el mayordomo abriera. Se preguntó cómo lo harían para saber quién llegaba y cuándo.

Finalmente, un criado abrió y la miró, tan sorprendido como ella por la extraña situación.

—¿Milady? —preguntó con estoicidad.

—¿Está su excelencia el duque?

—¿Tenía una cita? Milord no nos ha avisado y en esta casa no se recibe —le dijo en tono de disculpa.

Debería haber seguido su impulso y haber rodeado la mansión, buscando la entrada de servicio.

—¿Podría decirle que la vizcondesa viuda de Halsey está aquí?

Afortunadamente, su título le franqueó la entrada. Claro, se dijo, que sabrían cuál era el nombre de la prometida de su señor, ¿no? ¿Cómo era posible que todavía no hubiera estado allí? Negó con la cabeza: todo en su compromiso parecía haberse hecho a destiempo.

El mozo le cedió el paso al instante y le pidió su abrigo y sus guantes. Alguien debía de haber estado escuchando, porque mientras entregaba las prendas, aparecieron el mayordomo y el ama de llaves, se presentaron y la escoltaron hasta una salita. Milord acudiría enseguida. Y tan pronto estuviera caliente la tetera, traerían un servicio completo.

Llegó Jake, alarmado.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Está todo bien?

Ni siquiera la saludó como era debido. Ni iba, tampoco, vestido como era debido, en mangas de camisa y sin corbata. Estaba tan atractivo que robaba el aliento.

—No, todo está bien.

En realidad, nada estaba bien, se corrigió, pero había ido hasta allí para darle la vuelta a la situación.

Aliviado, Jake indició que tomaran asiento. Se dio cuenta Claire de que no había trazado ningún plan, ni siquiera sabía cómo comenzar a explicarse. Así que improvisó, esperando que se le diera mejor que a él.

—¿Sabes? He tenido que llamar a la puerta, no me han abierto.

Se excusó al punto.

—No volverá a ocurrir, se da el caso de que…

—De que, a pesar de que soy tu prometida, nunca he estado aquí. Sí, lo normal es presentarme al servicio el día de la boda, pero no que mi primera vez en tu residencia sea ese mismo día.

El duque no supo qué decir. Era la frase más larga que había pronunciado ella desde que se prometieran, y parecía que iba a seguir siendo una charla fluida, así que asintió y dijo:

—Al parecer, nos hemos saltado algunos pasos.

—Nos hemos saltado muchos en algunos aspectos —enrojeció al decirlo y supo Avonshire que se refería a su noche prohibida, esa que no había dejado de recordar— y, en otros, apenas hemos iniciado nada.

Le reconoció el valor: él habría sido incapaz de exponer con tanta honestidad la situación que estaban viviendo.

—¿Quieres que te presente a…?

—Ya lo han hecho ellos, Jake.

—De acuerdo —respondió en voz baja, sin saber qué más decir.

Callaron unos segundos, indecisos. Prosiguió ella.

—Seguramente la relación no fluye porque somos incapaces, siquiera, de mantener una conversación como dos adultos.

—Seguramente —confirmó, avergonzado.

—Y creo, aprovechando este momento de sinceridad, que se debe a que tu capacidad de explicarte correctamente es bastante limitada.

Alzó la vista y la miró a los ojos. Buscaba un gesto de burla, algo que no le hiciera sentir tan ridículo. Viendo que ella hablaba en serio, se sonrojó con violencia.

—Tal vez —comenzó, a la defensiva; carraspeó y suavizó el tono —… Tal vez se deba a que… —dudó, ¿a qué se debía?

Al fin, ella sonrió:

—¿A que…? —quiso ayudarle.

—¿A que tu belleza me eclipsa? —bromeó Jake. El humor siempre le había servido para salir del paso.

Rio Claire y en ese momento llamaron a la puerta. Entraron dos doncellas junto con el ama de llaves con un servicio de té. Hizo ademán de servirlo, pero supuso que querrían impresionarla siendo la primera vez que visitaba la casa y que iba a casarse con lord Jacob, así que sonrió y esperó.

En ese tiempo, mientras simulaba mirar con interés la pericia de las muchachas, pensó en cómo continuar. En cuanto estuvieron de nuevo a solas, prosiguió:

—El día que dimos un paseo en tu coche…

—Lo lamento —la interrumpió—, aquel día fue un desastre. Yo fui un desastre. —También él había aprovechado la pausa para ordenar sus ideas—. Quise ofrecerte una salida a tus problemas sin que te sintieras obligada por lo ocurrido la noche anterior. Porque habíamos hecho el amor —especificó, aun sin necesidad.

Se ruborizó Claire, al tiempo que asentía.

—Y yo estaba agradecida, sé que no lo pareció porque me enfadé, pero te agradecí mucho que me ofrecieras tu ayuda. No supe mostrarlo…

—Sí lo hiciste, es solo que después de mis palabras imagino que estabas demasiado enfadada…

—Decepcionada —lo interrumpió—. Hablaste de matrimonio y creí que te declararías. ¡No esperaba una declaración de amor! —dijo de corrido, avergonzada—, pero creí que lo harías.

—Debí hacerlo —pensó Avonshire en voz alta.

—Tampoco tú estabas obligado por la noche anterior.

Se acercó a ella, sentándose a su lado.

—Quería hacerlo. —Se aclaró la voz, volviéndola más grave, solemne—. Claire, yo…

—Quería una declaración de amor —se le adelantó—. Quizá en ese momento no estaba segura de lo que sentía, pero sí sabía qué deseaba que sintieras tú. Y no quería que fueras el caballero andante que salva a la damisela en apuros, sino un hombre enamorado que protege a su amada. Jake, yo…

La acalló con un beso, un beso a rebosar de cruda pasión, de necesidad reprimida. Respondió enardecida, pegándose al robusto cuerpo del duque, queriendo coserse a él para siempre. Gimieron en sus bocas, respirando los suspiros del otro, las respiraciones aceleradas; se lamieron los labios y se los mordieron, desesperados por cerrar toda distancia entre ellos.

—La puerta —pidió Claire entre beso y beso, en un momento de lucidez.

—Nadie entrará —le aseguró Jake, tumbándola en el sofá, colocándose sobre su cuerpo.

Pegados el uno al otro, parecieron apaciguar su necesidad por

unos instantes y se miraron a los ojos.

—Te he echado de menos —dijo Avonshire con voz ronca.

—Nunca dejaré que vuelvas a añorarme —le prometió Claire, besándole, sellando así su juramento.

Acarició la ancha espalda al tiempo que las manos masculinas buscaban los tersos senos, que amasaron con fruición. Empujó la dama su cuerpo hacia arriba, buscando calmar las ansias entre sus piernas, sintiendo el miembro enardecido de su prometido contra ella, ahogando un gritito de placer. La temperatura de sus cuerpos subió de repente y sobraron las ropas. Impacientes, tiraron de las telas sin conseguir apartarlas. Finalmente, Jake soltó un improperio, se apartó, se puso en pie y tiró de Claire.

El uno frente al otro, se quitaron la ropa, ayudándose con los botones, sin dejar de mirarse a los ojos ni un solo momento. Ya se detendrían después en cada curva, en cada rincón de la piel de su amante; en ese instante solo importaba compartir las miradas ardientes, mostrando el fuego que los engullía.

Olvidada cualquier timidez, se quedaron desnudos y volvieron a tumbarse. Se besaron, se devoraron los labios. La mano de Jake bajó hasta el centro del cuerpo de su amada y acarició la pequeña protuberancia oculta, ahogando sus propios gemidos cuando la sintió responder, húmeda, a sus roces. Quería acariciarla hasta que se dejara llevar, quería ver cómo… una mano dulce y suave rodeó su virilidad y olvidó cualquier fantasía, se aferró a la realidad del momento y entró en ella.

La escuchó retener la respiración.

—¿Estás bien?

—No te detengas —le suplicó al tiempo que asentía.

No necesitó más alicientes. Embistió contra su cuerpo con firmes movimientos que los llevaron pronto al éxtasis. En el último

momento, antes de que al placer los derribara, Jake se dejó llevar:

—Te amo —le confesó en éxtasis—. Te amo.

Claire quiso responderle lo mismo, pero la felicidad le cerró la garganta. Se abrazó a su cuerpo, se aferró a él. No importaba no responder en ese primer instante, tenían toda una vida juntos para confesar cuánto se amaban.

***

Regresaron a la realidad unos minutos después. Sonrieron, felices, al encontrarse en los brazos del otro, desnudos y saciados.

—Te amo —repitió Jake, la respiración ya acompasada. No quería que dudara Claire de sus sentimientos, confesados en un momento de gozo—. Mi hermano dice que solo es necesario un instante para enamorarse, y creo que eso me ocurrió a mí contigo. Te vi, ocho años antes, y supe que te amaría siempre.

Claire se avergonzó al recordar cómo lo rechazó.

—Si me hubieras dicho esto aquella noche, en Almack's, hubiera huido contigo.

Frotó la nariz con suavidad contra la de ella.

—Lamento no habértelo dicho entonces.

No sabía cómo continuar. Tampoco ella. Al fin, Claire pensó que no había palabras correctas para aclarar su pasado, solo palabras sinceras.

—Todos a mi alrededor me dijeron que eras demasiado joven para asentarte, que no debía tomar en serio tu cortejo, que no era más que el capricho pasajero de un lord recién llegado a Londres. Aunque pueda parecer una excusa, yo solo era una niña recién salida del aula que no sabía nada del mundo. Me habían prometido ya y no pensé que pudiera cambiar mi destino.

Jake la abrazó con fuerza.

—Y no puedes hacerlo, porque yo soy tu destino —le susurró al oído, besando el punto donde el pulso latía, un poco más abajo.

—Te amo, Jake —dijo, emocionada—. Quizá tú te enamoraras antes, no lo sé, pero te prometo que yo te amaré como pocos saben amar a partir de ahora.

Y lo abrazó con fuerza, sellando así su promesa.

Su destino.

# Epílogo

Derek y Nate, apartados en la medida de lo posible para evitar ser interceptados por sus familiares, miraban a Jake con una sonrisa mientras este saludaba a los invitados. Había sido una boda íntima, solo los Beaufort y un par de invitadas por parte de la nueva duquesa de Avonshire.

—Deberíamos invitarle a cenar antes de que se marche al campo, Nate. —Rio el barón—. Ha conseguido entretener durante dos meses a todas las mujeres Beau, primero con su extraño noviazgo, después con el compromiso sorpresa y los preparativos de la boda.

—Solo le invitaría a una cena si hubiera relegado su boda hasta el final de la Temporada, como se esperaría de un duque. Faltan todavía siete semanas para que Londres se quede vacía y me temo que vas a tener toda la presión sobre tus hombros, Derek.

Se volvió el vizconde de Sheffield, curioso.

—¿Por qué sobre mí? Tú eres dos años mayor que yo, deberías ser el siguiente.

—Porque yo voy a desaparecer de la ciudad.

Se volvió el menor, dudando si creerle o no.

—Llévame contigo —le rogó en tono jocoso.

Negó Oslow con la cabeza.

—Me temo que no voy a desaparecer solo, sino con cierta señorita.

Entonces sí, Derek se puso serio, gesto en absoluto habitual en él.

—¿Realmente vas a desaparecer?

Se encogió de hombros Nate.

—Es posible.

—No sé de qué me extraño, si llevas dos meses escabulléndote de todos los bailes a los que acudes, marchándote sin avisar o despedirte. Algún día tendrás que explicarme…

—Cuando acabe la temporada, te invitaré a cenar. Y ahora, si me disculpas…

—¿No irás a marcharte, Nate? ¿Nate?

—Regresaré en un par de horas.

—¡Qué demonios…! —gritó a la espalda de su primo que se alejaba.

Porque o mucho se equivocaba el barón de Oslow, o cierta espía francesa estaba en su casa en ese momento tratando de abrir su caja fuerte…

# Nota de la autora

Vaya!, así, sin darme cuenta, han pasado tres años desde la última vez que me senté frente a un *word* en blanco para escribir una historia. Quien dijo que escribir es como montar en bici se equivocaba: la fluidez se pierde y cuesta arrancar cada escena.

¿Lo he disfrutado? A ratos; otros, ha sido frustrante. Para escribir estas cincuenta mil palabras he tenido que borrar otras tantas; así, sin exagerar.

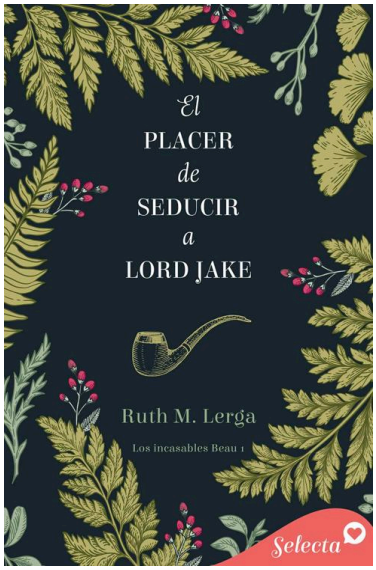
Espero que vosotras hayáis podido disfrutar de la historia de Jake más que yo… Si no es así, os prometo que la de Nate irá como la seda, ahora que ya he roto mano.

Quiero daros las gracias porque durante estos tres años habéis seguido preguntando cuándo publicaría algo nuevo. Me habéis acompañado en una etapa complicada y sois vosotras quienes me habéis vuelto a sentar frente al portátil. Mil gracias por devolverme al redil, ha sido un placer sentirme tan bien acompañada.

Y también lo ha sido reencontrarme con Lola, con Almudena, con Laura… con las brujas de los bolis verde, rojo y azul, que me ayudan en cada página.

Un beso enorme a todas: ¡¡MUAAAKAAA!!

**En este duelo de pasiones encontradas ¿quién tiene la ventaja, una viuda decidida, un duque esquivo o el amor que los arrastra?**




Las circunstancias han obligado a **lady Claire**, una viuda joven, a regresar a los salones de Londres para buscar esposo. Reencontrarse con **Jake, su primer amor**, es una sorpresa deliciosa y está **decidida a reavivar las llamas que una vez ardieron** entre ellos.

La familia de **lord Jacob Beaufort, duque de Avonshire**, lo está presionando para que se case. Volver a encontrar a **su primer amor ha sido un desastre** y ya pueden arder las llamas de la pasión o del infierno, pero no sucumbirá a la seductora viuda que lo tienta.

**Para Claire seducir a lord Jake es el fin y no importan los medios…**

**Ruth M. Lerga** nació en Sagunto… no hace tanto tiempo. Lectora voraz, pasión inculcada por su madre, comenzó a inventar historias siendo una niña, pero no se animó a escribirlas hasta que una larga convalecencia la obligó a permanecer quieta durante más de dos años.

Como resultado de aquel período surgió la serie de Una noche en Almack's, cuya primera novela, *Cuando el corazón perdona* , fue galardonada con el Premio Vergara.

Disfruta escribiendo Regencia, como demuestra en su última saga, *Los Knightley* , pero también contemporánea, ya sea ambientada en España, con la serie *Enredos con la ley* , o en otros países cuando se esconde tras el seudónimo de *Brandy Manhattan* .

Cuando no está escribiendo o leyendo intenta jugar al ajedrez, hacer fotografía o montar a caballo… hasta que una hora después regresa a por más letras, necesitada de nuevas historias. Solo la separa del teclado su otra gran pasión: sus sobrinas.



Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2025, Ruth M. Lerga
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-46-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

El placer de seducir a lord Jake
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ruth M. Lerga
Créditos